UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

BINDING LIST OCT 15 1926

Hugo Wast

#7088



Fuente Sellada

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/fuentesellada00wast

Fuente Sellada

Novelas de Hugo Wast

El Vengador	70°	millar	$ 2.50
El Amor Vencido	85°	»	» 2.50
La Corbata Celeste.....	30°	»	» 2.50
Ciudad Turbulenta			
Ciudad Alegre.....	70°	»	» 2.50
Valle Negro	40°	»	» 2.50
La Casa de los Cuervos	85°	»	» 2.50
Fuente Sellada	72°	»	» 2.50
Flor de Durazno.....	95°	»	» 2.50
Novia de Vacaciones.....	27°	»	» 2.50
Alegre	25°	»	» 2.50

EN PREPARACIÓN

La que no perdonó

TEATRO

Flor de Durazno (drama en tres actos) $ 1.50

LS
W3237fu

HUGO WAST

FUENTE SELLADA

71º. Millar

2033,3
25. 5. 26

BUENOS AIRES
Tall. Gráf. "Bayardo" 447 - Juan B. Alberdi - 451
1923

ADVERTENCIA DEL AUTOR

La primera edición de esta novela, fué hecha en Paris por la Librería Ollendorff, en 1914.

Circunstancias diversas, agravando mi invencible repugnancia por toda labor meticulosa, me impidieron prestarle la atención a que me obligaba el interés que despertó en el público y la crítica.

Así resultó aquella edición con errores inverosímiles, que me afligieron durante años, porque fué estereotípica y en cada nueva reimpresión se reprodujeron las fallas.

Recuerdo una espeluznante, en el capítulo XVI: "Sintió una alegría infantil al ver colgados en la pared multitud de antiguos alumnos".

El tipógrafo o yo (deveras ignoro quién fué el culpable) nos comimos la palabra "retratos", por cuya omisión la apacible sala de los jesuitas de Santa Fe, llegaba a parecerse a la guarida de un reyezuelo del Dahomey.

En la última edición, de 1921 — 63°. al 67°. millar — los errores tipográficos no son tantos, pero en cambio hay en algunos pasajes un verdadero desbarajuste de líneas, repeticiones, trabucamientos y supresiones.

Los versos del capítulo XVII han llegado a ser ininteligibles. Esto me ha decidido a realizar una revisación

más atenta del original y de las pruebas, dándome ocasión de enmendar el texto en muchas partes.

Todas las enmiendas han sido hechas con el criterio de lograr una mayor condensación y naturalidad, que son, a mi ver, las condiciones primordiales del estilo novelesco.

He tenido siempre un horror muy grande a la afectación, y tendiendo a la sencillez, no siempre he podido librarme de la más necia enfermedad del estilo, la afectación de la sencillez.

Toda simulación es la negación de la cualidad simulada.

Durante años, he perseguido con una tenacidad que no se ha fatigado aún, la difícil sobriedad, que desdeñan los estudiantes de retórica, mientras les dura la crisis de la cursilería (de que muchos jamás se curan).

Aspiraba por este medio, a la mayor claridad del relato, sin la cual se amengua la animación, cualidad esencial de la novela.

"Cuando he escrito estos versos, — explicaba Víctor Hugo, a alguien que le pedía la interpretación de unas metáforas — sólo existían Dios y yo, que pudieran comprenderlos. Ahora, no hay más que Dios."

La mediocridad enfática, que es siempre oscura, me parece peor que la vulgaridad.

Me siento incapaz de producir esas páginas sorprendentes, en que la frase chisporrotea, y corre en zig-zag, y cae sobre el ala, y se remonta de nuevo con las ruedas para arriba, y al terminar el párrafo hace un onomatopéyico looping-the-loop.

Se me acalambra la mano de sólo pensar que podría imponérseme una labor semejante: a Dios gracias, que tampoco entra en mis gustos.

Todo artificio retórico perjudica la verdad de una obra, especialmente si es una novela, y prolongándose,

vuelve insoportable su lectura.

El autor que se deleita con sus párrafos, así como el orador que se escucha a sí mismo, no conmueven, porque no aparecen arrebatados por su propio asunto.

El lector se resiste a creer en la sinceridad de un autor, a quien lo sorprende "haciendo estilo", y cazando giros rebuscados, trastrocando el orden usual de la oración y desenterrando arcaísmos para simular riqueza de vocabulario.

El estilo es tanto más real, cuanto menos se siente su presencia.

Dudaríamos hasta del dolor de una madre que nos describiera la muerte de su hijo con frase culterana; porque lo artificioso es enemigo de lo verdadero, y sin verdad no hay emoción.

No quiero decir con esto que un autor pierde el tiempo que emplea en labrar su estilo. Esto justamente significa todo lo contrario: que el estilo en literatura, no es una cualidad externa, visible, casi material, sino una condición fundamental, y por lo mismo no se limita a una perfección diccionaresca, ni a un chisporroteo puramente verbal.

Si tales proezas retoricistas fuesen estilo, tendríamos que condenar como faltos de esa eminente cualidad, a los más grandes autores antiguos y modernos, a Homero como a San Agustín, a Cervantes como a Shakespeare, como a Moliére, como a Sarmiento, cuyas páginas no han pasado nunca por un modelo de corrección externa.

Siempre será buena la definición de Buffon: "el estilo es el hombre".

De lo cual se desprende que en esta materia lo primordial es la riqueza interna de la frase, por el valor de sus conceptos, por su vigor plástico, por su claridad, por su vitalidad, por su interés, por su fuerza

emotiva; porque esas cualidades son las que denuncian la originalidad, esto es la potencia creadora de un autor; y si ellas no existen, si no hay un hombre detrás del estilo, éste no vale nada, porque es vacío, aunque sea retumbante o melodioso, como las campanas de un sábado santo.

Menéndez Pelayo, crítico asombroso por su ciencia y su buen gusto, sostiene esta doctrina, en su estudio sobre la cultura literaria de Cervantes, con las siguientes palabras:

"Han dado algunos en la flor de decir con peregrina frase, que Cervantes no fué "estilista"; sin duda los que tal dicen confunden el estilo con el amaneramiento. No tiene Cervantes una "manera" violenta y afectada, como la tienen Quevedo o Baltasar Gracián, grandes escritores por otra parte. Su estilo arranca, no del capricho individual, no de la excéntrica y errabunda imaginación, no de la sutil agudeza, sino de las entrañas mismas de la realidad que habla por su boca. El prestigio de la creación es tal que anula al creador mismo, o más bien le confunde con su obra, le identifica con ella, mata toda vanidad personal en el narrador, le hace sublime por la ingenua humildad con que se somete a su asunto, le otorga en plena edad crítica algunos de los dones de los poetas primitivos, la objetividad serena, y al mismo tiempo el entrañable amor a sus héroes, vistos, no como figuras literarias, sino como sombras familiares que dictan al poeta el raudal de su canto".

La obsesión del estilo, en principiantes que paladean los primeros sorbos de la retórica, o en escritores de cultura espasmódica, conduce a una singular confusión de conceptos, en lo que se refiere a su elegancia.

Por ser ésta una cuestión de buen gusto—facultad más rara de lo que se cree—el dirimirla no está al al-

cance de todos los que plumean, como el resolver acerca de la elegancia de un vestido, no es de la competencia de cualquier modista, y nuestras damas aristocráticas lo saben muy bien.

Sólo puede sentarse una regla general, que abarca todo el problema:

La elegancia del estilo no consiste en la cargazón opulenta de las frases, como no estriba la elegancia del vestido en la abundancia de flecos y perendengues. ¡Ay, de la que se equivoca!

Las gentes de verdadero buen gusto disciernen la elegancia de un traje, como los buenos críticos la elegancia de un estilo, en la sobriedad de sus adornos y de la clásica pureza de sus líneas.

Esta regla no falla nunca. Lo difícil es lograr esa elegante sobriedad, que es como un sello de eternidad puesto en la obra de arte. Pero todo autor debe perseguirla con paciencia, porque no es una cualidad instintiva, sino una obra de cultura y en cierto modo de aristocracia intelectual.

Los autores que he admirado y a quienes habría deseado parecerme, huían de esa retórica visible, con que a menudo se disfraza la falta de una originalidad de fondo; y en este sentido esos autores carecían de estilo.

Hablando de Maupassant, dice Faguet: "El estilo es un gesto. Un impasible, un impersonal, no hace gestos, ni tiene estilo. Maupassant no lo tenía. Nada que hiciera decir, delante de diez líneas citadas aisladamente: "He ahí Maupassant". Y por eso es tan grande escritor. Como lo ha dicho Taine: la desaparición del estilo, es la perfección del estilo".

Ningún elogio me ha estimulado más que el de este aspecto de mi obra, pues me demostraba que no habían

sido absolutamente vanos mis esfuerzos, persiguiendo esa cualidad.

Perdónese por ello a mi vanidad, (vicio del que ya he perdido la ilusión de librarme, si no es cuatro horas después de sepultado) si aprovecho esta ocasión para mencionar la crítica del eminente escritor peruano D. José Gabriel Cosio, acerca de mi novela "El Vengador", rindiéndole, al pasar, un testimonio de mi agradecimiento.

"La técnica literaria no puede ser más simple ni más precisa; casi no hay episodios secundarios que quiten interés y animación al asunto principal, y por muy quisquilloso y predispuesto que sea el crítico para buscar lunares a la obra, no hallará ningún artificio en la estructura y la sucesión de los episodios, ningún énfasis en el lenguaje, siempre pulcro y fluido, ningún amaneramiento en el estilo, siempre llano, propio y preciso, nada que delate esfuerzo y afán de sorprender con imágenes peregrinas, fantasías de relumbrón o frases contorsionadas en mareantes pirotecnias. Pocos novelistas americanos, tal vez ninguno, tendrán como Hugo Wast esta bella cualidad de la parsimonia literaria, de la ausencia de afeites y de las sonoridades retóricas.

"La belleza nace y esplende, antes que de la palabra, más o menos contorneada, antes que de las sinuosidades y morbideces del estilo, de las situaciones mismas y de esa hondura emocional que se sorprende ante un paisaje graciosamente bosquejado, o ante un conflicto del corazón, delicadamente descrito; pero sin que estas figuras se escapen del cuadro que las encierra en un bello conjunto artístico. De aquí el notable contraste entre la parvedad de la forma y la grandeza del contenido artístico. Hasta lo patético adquiere en las novelas de Hugo Wsat la forma sencilla, y bastan pocas líneas para que lo trágico sacuda el alma en marejadas emocionales. En lo pintoresco no son las descripciones las que

buscan los motivos, son los motivos que exigen las descripciones, para que el ambiente y el paisaje destaquen mejor los personajes y las situaciones; de aquí el verismo y la realidad que campean en sus novelas. Con qué sencillez y verdad pinta el novelista, al comenzar "El Vengador", la posición y el carácter de un casero: "Cuando la luz disminuía en el zaguán, donde trabajaba hacía quince años, Basilio Cascarini, el zapatero, sacaba a la vereda su mesita y su banqueta. Mas no lo hacía para seguir echando medias suelas y tacos. Abandonaba el tirapiés y el martillo, atiborraba de tabaco negro su cachimbo ahumado, y con un betún que él mismo preparaba, y cuya fórmula guardaba como un alquimista guardaría el secreto de la trasmutación de los metales, se ponía a lustrar los botines recién remendados. Los alineaba luego en el umbral y prevenía a cuantos entraban y salían del caserón: "Guarda con mis botines". Para describir el incendio en que ardían las joyas y riquezas del palacio de Beatriz, la mujer de Fraser, le bastan estas cinco líneas: "Las gentes acudían de todos los rumbos de la ciudad a ver el espectáculo impresionante de aquel palacio que ardía como una tea y se derrumbaba en medio de la arboleda crepitante, retorcida por la mano potente del fuego."

He creído indispensable esta advertencia, para disculparme de muchos errores, propios en su mayoría, pero también ajenos, de que he procurado librar esta edición, por haberlos visto espontáneamente, o porque otros me los hayan hecho ver.

Y al manifestar cuánto me complace esta cooperación, agradezco a los que así contribuyen a mejorar mis libros, y les pido que no me tasen su ayuda.

Buenos Aires, Enero 1.º de 1923.

H. W.

I

En la puerta de calle aguardaba mamita Rosa la llegada de su yerno y de su nieta.

Una lámpara a kerosene, suspendida en el zaguán, proyectaba un cuadro de luz sobre la vereda, y alumbraba débilmente el interior de la casa, dejando entrever el gran patio, con su aljibe de mármol en el medio.

Aquella era la única luz de la cuadra; los focos de las esquinas se habían apagado.

Las otras casas del barrio, atrasado y familiar, tenían cerradas las puertas, ya porque sus dueños se recogieran temprano, ya porque se hubieran ido a la plaza a gozar de la retreta.

De cuando en cuando oíanse voces de gente que pasaba; y al enfrentar la casa de mamita Rosa, ésta distinguía un grupo de niñas con trajes claros, remolcando a una pareja de damas cautelosas.

Saludaban en coro y mamita Rosa contestaba:

—¡Para servir a ustedes!

Panchita, la hija solterona de mamita Rosa, afligida como ella, por la tardanza, y más nerviosa o más ocupada, iba y venía del comedor, donde estaba dispuesta la mesa para los viajeros; pero ante la oscuridad de

la noche, parecíale mal quedarse a la puerta.

—Mamá, ¿por qué no esperamos adentro?

Temiendo que fuera alguna desgracia lo que así atrasaba el tren, Panchita se fué a su cuarto, prendió una lámpara y ágil como una ardilla, trepó sobre la mesa de noche. Rebuscó entre envoltorios empolvados, encima de un gran ropero de caoba, una vela bendita, y la dejó encendida sobre una cómoda, frente a una Virgen del Perpetuo Socorro.

Acababa de ejecutar su devota acción, cuando oyó el rodar de un coche. Corrió a la puerta a tiempo que se detenía una victoria, tirada por dos caballucos de largos pescuezos; y a la luz rojiza de los faroles, vió descender a su cuñado don Pedro Rojas, de botas, con un guardapolvo de seda cruda y un poncho al brazo.

—¡Jesús, hijo, que se han demorado!—dijo mamita Rosa, abrazándolo. — Ya nos tenían alarmadas.

—Un descarrilamiento — explicó Rojas, besando los dedos de la viejita que lo bendecía, y apretando la mano de su cuñada, que esquivó el abrazo.

—¿Y la niña? — preguntó Panchita.

Otra voz contestó desde el carruaje:

—¡Aquí viene! ¡dormida sobre mi hombro; da pena despertarla!

Las dos mujeres se asomaron.

Al oir hablar de ella la niña se recordó, saltó a la vereda y corrió a besar a la tía y a la abuelita, que la estrechó largamente contra su pecho.

Era una chicuela de nueve años, vestida de luto, con los cabellos obscuros cortados en melenita, el color fresco de los niños criados en el campo y la boca y los ojos alegres.

En el zaguán se detuvo admirada y medrosa, ante la novedad de aquel patio que encuadraban cuatro hileras de columnas.

Juan Manuel, su compañero y amigo reciente, sobre cuyo hombro se durmiera, le apretó la cabecita entre las manos y la besó en los cabellos.

—¿Se acabó el sueño, Evangelina?

—Sí, porque he dormido mucho. ¿Esta casa es de mamita? ¿Es muy rica mamita?

Juan Manuel se echó a reir. Una luz de inteligencia brillaba en su frente de veinte años.

—Al contrario, es muy pobre — le murmuró al oído; — pero no se lo digas, porque se entristece; antes era rica.

Tomó en sus brazos a la niña y se la llevó corriendo al comedor, una larga pieza, de cielo raso de lienzo con viejas pinturas.

Un quinqué, colgado del techo y cubierto por una gran pantalla de porcelana celeste, permitía ver en un lado dos rinconeras de caoba, cargadas de diversos objetos, y un antiguo sofá de cerdas, mueble de honor, donde se invitaba a sentar a las visitas. En el otro extremo había un aparador de tres cuerpos, que guardaba la vajilla, en que aún quedaban algunas piezas de plata, restos de la pasada prosperidad.

Ante la mesa puesta, el sueño de Evangelina se disipó y atacó briosamente los platos sencillos de la abuelita, el puchero con charqui-zapallo, las torrejas de arroz, el asado de marucha, y como postre, los pelones cocidos y un dulce de sandía cayota.

Tenía mamita Rosa más de setenta años, y aún conservaba su nombradía de dulcera y amasadora.

La fama de sus confituras de batatas, de sus budines de fuente, de sus empanadas con la pretina para arriba, como ella las hacía, sosteniendo que así debían ser porque así las fabricaban en Córdoba, su ciudad natal, era extraordinaria.

Y no existía ejemplo de eclesiástico copetudo que

llegara a Santa Fe, así fuera el Superior de los Jesuítas o el Arzobispo, que ella no lo mandase a saludar, obsequiándole de paso, con un enorme budín, empedrado de confites de plata, o con una hornada de pan regalado.

Sociable y culta, a la antigua, conservaba sus relaciones con regalos y cumplidos; y dos veces al año, por Santa Rosa y por Navidad, reunía a sus parientes a comer un pavo asado, en su mesa, alargada para la ocasión con tablones suplementarios.

Viuda desde joven, la muerte fué barriendo a su lado todos sus cariños: su gran casa, de enormes salones, de gruesas paredes de tapia, de anchurosos patios, había sido en otro tiempo el hogar de cuantos parientes o amigos llegaban a Santa Fe. Allí se apeaban, allí descansaban, y allí solían quedarse los años de la vida, usufructuando su cordial hospitalidad.

Algunos meses antes había muerto su hija menor, la esposa de don Pedro Rojas, dejando tres hijos, un muchachón de diez y ocho años, fuerte y rústico como un ñandubay de los bosques donde creció, una niña algo menor, de no más finos modales, y Evangelina, que en medio de ellos era como una flor rara.

Mamita Rosa miraba a don Pedro, que comía a la cabecera de la mesa sin alzar la cara del plato.

¡Cuánto había cambiado desde el tiempo en que se enamoró de su hija!

Era un mozo a la moda, estudiaba en la universidad, pasaba los inviernos en Buenos Aires, y las vacaciones en la estancia que su padre poseía al norte de la provincia, en las selvas chaqueñas; allí fué donde le nació la afición por el campo, que le hizo cortar la carrera, y sepultarse con su hija, en plena luna de miel, en aquellos montes, que la viejita, se imaginaba poblados de fieras y peligros.

Raras veces volvió a verla. Poco antes de morir presintiendo su fin, escribió a mamita Rosa:

"Mamá, si muero, hágase cargo de mi Evangelina. Sus otros dos hermanos no querrían salir de aquí donde han nacido y tienen apegado el corazón. Ella, al contrario, es como yo, y estas cosas no le llenan el gusto. Es muy niña, pero su carácter está ya madurado por la vida que aquí hacemos".

¡Las cartas que le costó a mamita Rosa el decidir a su yerno a que hiciera el viaje y le trajera la niña!

Encontró en ella el reflejo lejano de su hija, cuando tenía la misma edad, y su viejo corazón encendióse en un gran cariño.

La chicuela, viendo que la miraban, interrumpió su conversación con Juan Manuel. Don Pedro había posado el cuchillo entre los dientes del tenedor y no hablaba. Panchita, al lado de mamita Rosa, silenciosa también, dejaba rodar el pensamiento por las obras de ese día.

Entró la negrita con la sopera de los humeantes pelones cocidos y la abuela comenzó a servir.

De la plaza llegaba a retazos la sinfonía de "Semíramis", tocada por la banda.

—¿No vas a la retreta, Juan Manuel? — preguntó mamita Rosa, que tenía noticias de que el joven andaba noviando.

Juan Manuel no contestó de pronto; pensó en Clara Rosa, la niña a quien festejaba, enfadada con él hacía dos días. Se la imaginó paseando despreocupadamente con el grupo de sus amigas, mirando a todos los mozos, que las miraban, y un profundo desgano inspiró su respuesta:

—No, mamita; prefiero quedarme aquí, con ustedes.

Evangelina pareció alegrarse; y le preguntó en voz baja:

—¿Para qué es eso que hace mamita?

Juan Manuel miró a la viejita que desmenuzaba la miga de su pan, formando un montoncito, que invariablemente, al fin de la comida, llevaba a las palomas.

El joven explicó el objeto de aquella manía de la abuela.

Recogidos los platos y dobladas las servilletas, mamita Rosa juntó las manos y rezó un Padre nuestro, al que contestaron Panchita, Juan Manuel y Evangelina. Don Pedro permaneció mudo y serio.

Se levantaron, y mientras mamita Rosa se iba al segundo patio, sombreado por obscuros eucaliptos y por bajas higueras, donde dormían esponjadas las gallinas, los otros se fueron al corredor, a hacer la tertulia al fresco.

Evangelina eligió una sillita de paja, y acomodándose al lado de su amigo, apoyó en sus rodillas la cabecita y se durmió.

La brisa perfumada en las huertas vecinas, llenas de naranjos en flor, llevó hasta ellos el acorde final de la sinfonía de Rossini.

Juan Manuel volvió a pensar en la retreta, donde las muchachas, en grupos bulliciosos, circulaban alrededor de la plaza en sentido opuesto a los jóvenes.

Habría sido la ocasión de arreglar su pleito con Clara Rosa; mas prefirió quedarse allí, escuchando los relatos de mamita Rosa.

Y en aquel ambiente familiar, parecióle que su alma florecía con un nuevo y extraño sentimiento, como si llegase hasta ella la primavera, que en los jardines abría los botones de rosa y en las huertas los azahares.

II

La tarde calurosa que envolvía en sopor los barrios tranquilos del sur, invitaba a buscar los rincones frescos para dormir la siesta.

Juan Manuel, sentado a la ventana de su cuarto, sombreado por una gran parra llena de racimos, que el buen tiempo iba dorando, luchaba contra el sueño que invadía todas las cosas.

Era sábado, y en esa semana sólo dos veces había pasado por la casa de su novia, que a esa hora le aguardaba en el balcón.

Dieron las cuatro y salió. El sol tostaba la calle polvorosa, no adoquinada aún. Juan Manuel recordó los tiempos en que con otros pilluelos, después de la cena, salía a revolcarse en aquellos colchones de tierra. Entonces vivía su madre, sobrina de mamita Rosa, que solía ir todas las tardes de visita, y él, que gustaba de las cosas que hacían soñar, muchas veces se quedaba en el comedor oyendo sus relatos.

Mamita Rosa no venía ya a su casa, quizá porque su padre, que en el fondo quería bien a la dulce viejita, abstraído en sus negocios, no la recibía con demasiado afecto.

La casa de Clara Rosa no estaba lejos, pero su barrio

era más aristocrático, y todo en ella, desde el zaguán con altos frisos de mármol de San Luis, hasta los patios de pulido mosaico inglés, exhibía un lujo que no acertaba siempre a ser elegante.

A tal punto aquel ambiente imprimió carácter en la niña, que llegó a hacerla incapaz de concebir la vida fuera del marco que le habían deparado la fortuna y el abolengo de sus padres.

Una oculta humillación nacía de todo ello para Juan Manuel; pero la soportaba, arrastrado por una corriente de fuerzas sutiles. Era vanidad y era costumbre, porque desde niño conocía aquella tortura; era quizás alguna ambición que ni a sí mismo se confesaba; y era, sin duda, amor.

Amor, porque Clara Rosa sugestionaba a manera de una princesa de leyenda oriental. En aquel tiempo tenía quince años, y como una aurora que llega impaciente, se anunciaba su hermosura.

Esa tarde Juan Manuel la sorprendió cambiando sonrisas con uno de sus rivales, que acababa de pasar al pie de su balcón. Tembló de celos, mas no se resolvió a volverse desde la esquina, y pasó también él. Y ella, sin duda para castigarlo, por no haber ido a la retreta, fingió no verlo ,y se entró, cerrando de golpe su ventana.

En otras ocasiones todo se arreglaba publicando él unos versos dedicados a ella, en revistas locales, y dejando ella caer su abanico, desde su balcón, al verle llegar, para indemnizarlo con una sonrisa, cuando se lo alcanzara.

Pero esa vez consideró seriamente que no era el amor lo que le hacía rondar la calle, sino la vanidad y la costumbre, y resolvió cortar sus festejos.

Al pensarlo así, una misteriosa dulzura embargó su alma. ¿Con qué otra pasión la llenaría?

Juan Manuel caminó unas cuadras hacia el río, que estaba cerca. La orilla era barrancosa, y de trecho en trecho había escaleritas para bajar hasta el agua. Descendió por una, en el sitio que halló más solitario, y se sentó al pie. Enfrente veíase la isla verde bañada de sol y sembrada de manchas de colores diversos, que eran los animales que en ella pacían. A su espalda quedaban los muros roídos de humedad del convento franciscano, por encima de cuya torre volaban las palomas, moradoras de los huecos de sus paredones.

Pequeñas embarcaciones de río, con el puente atestado de sandías, estaban atracadas a la margen, y sus hombres, afanados en la descarga, subían y bajaban por la estrecha planchada que las unía a la tierra.

Más lejos, el puerto: los grandes paquetes de ultramar y los barcos de cabotaje, de alta arboladura, y en medio del río algunas lanchas de paseo.

Largo rato se quedó mirando el río, sentado al pie de la escalera. Cuando se fué, la calle continuaba solitaria, salvo uno que otro vecino que sacaba su silla a la vereda.

Sin rumbo al principio, se dirigió luego hacia la casa de mamita Rosa, y parecióle que el camino se le hacía más largo que de costumbre.

Las calles comenzaban a animarse. Pasó por un lado de la plaza, arbolada de tiernas palmeras dormidas al sol, y llegó a lo de la abuelita, como él la llamaba.

Una impresión de paz y de frescura le envolvió al entrar: los paredones de tapia y las galerías sobre cuya cornisa abundaban los yuyos, defendían del calor la quieta morada.

A los pasos de Juan Manuel, en el zaguán embaldosado de mármol, salió Domitila, una chinita que mamita Rosa criaba.

—¿Busca a la señora, niño? — preguntó sonriendo

al joven. — Está en el otro patio, con la niña Evangelina.

Juan Manuel encontró a la abuelita con una pantalla de palma, avivando el fuego de un braserito, donde calentaba leche para cebar mate a la nieta, que perseguía sus gestos con los ojos chispeantes.

Al ver a Juan Manuel, la chicuela dió un grito y corrió a besarlo.

—Mamita Rosa me ceba mates de leche y me cuenta cuentos, — le dijo.

Sintió él que en aquella caricia se disolvían sus disgustos. Se sentó en una sillita de paja, entre la abuela y la nieta, y aceptó un mate.

—¿Y qué más, mamita? — preguntó la niña, ansiosa de saber la continuación del relato.

—No es cuento, hijita, es sucedido; es historia del tiempo de Rozas, que algún día se escribirá.

Y añadió dirigiéndose a Juan Manuel: —Le contaba cómo Rozas mandó lancear a mi hermano Rafael. ¿Te lo he contado alguna vez? Me han dicho que en una historia nueva de Facundo Quiroga aparecen las cosas como no sucedieron, y por eso me interesa que me oigas. Mi hermano, un lindo mozo, de ojos azules, no fué un cobarde, como allí se dice. Era yo muy niña; pero me acuerdo como si fuera hoy de la última vez que lo vi, una noche de invierno, en la estancia de mi padre. Porque los tiempos no eran tranquilos, pues las campañas estaban infestadas de bandoleros con uniforme de soldados, al caer la tarde se cerraban las puertas. Antes de comer, como de costumbre, rezábamos el rosario; mi padre, hincado atrás de todos, hacía coro, y contestábamos mi madre, las esclavas y nosotros, los niños, cuando de repente resonó un aldabonazo, que hizo retemblar la casa.

—¿Quién es? — preguntó mi padre, con su voz de

hombre valiente, mientras nosotros nos acurrucábamos junto a mi madre, que corrió a buscar en la alacena unas tercerolas cargadas por ella misma y siempre a mano para semejantes ocasiones.

Oímos del otro lado de la puerta la voz de mi hermano.

—¡Soy yo, Rafael!

Mi padre quitó la tranca, y abrió para que el mozo entrara.

—¿Qué sucede? ¿qué hay? — preguntó sorprendido, porque todos creíamos que estaba en la ciudad, a treinta leguas de distancia.

Rafael hizo una seña, y mi padre se calló.

—Nada, tata, — contestó después. — Vamos de paso en una comisión del gobierno. Afuera están cuatro compañeros; esta noche deseamos hospedarnos aquí.

A la luz que salía por la ventana, vimos unos bultos en la galería.

—Hazlos entrar — dijo mi padre. — ¿No han comido?

—No, tatita.

—Pues a buen tiempo llegan; nosotros rezábamos el rosario antes de sentarnos a la mesa. Y si ustedes lo permiten,—agregó, dirigiéndose a los cuatro hombres que mi hermano había introducido ya, y cuyas fisonomías no olvidaré hasta que muera, — vamos a concluir.

Nada contestaron. Se quitaron los ponchos en que se envolvían hasta los ojos, y tomaron asiento en un estrado, en el fondo de la pieza.

Mi padre entonó de nuevo el rosario, con voz sonora y tranquila, como antes, pero sólo contestó mi madre, y una vieja esclava que rezaba llorando. Los demás callábamos, llenos de miedo.

Concluído el rezo, nos sentamos a la mesa. Comieron los hombres en silencio, sin perder bocado. Debían de ser gente grosera, porque ni una vez agradecieron las

atenciones de mi padre, obsequioso como siempre. Al acabar, uno de ellos, que vestía de militar, habló al oído de mi hermano. Éste se levantó, salió al patio y miró las estrellas.

—Podemos descansar cuatro horas, — les dijo.

Sin objetar nada, los cuatro hombres salieron, desensillaron los caballos, los soltaron en un corral próximo a las casas y sobre los aperos calientes se echaron a dormir, en un extremo de la galería.

En estas andanzas pudimos advertir que llevaban grandes facones, y uno o dos trabucos. Rafael tenía espada y dos pistolas al cinto.

Mis hermanas y yo nos pusimos a rezar las oraciones de la noche, antes de acostarnos.

Yo no podía dormirme, desvelada por la visión de los cuatro emponchados, que a mi juicio, aguardaban nuestro sueño para asaltar la casa. Hasta mi cama llegaba el rumor de las voces de mi padre y de mi hermano, que conversaban en un rincón del comedor.

No podría decir qué eternidad de tiempo pasé en tan grande zozobra. Al lado de mi cama había una ventana que daba al campo, sobre un corral. Sentí que forcejeaban por abrirla; un sudor frío me bañó el cuerpo, y me habría puesto a gritar si no hubiera oído al mismo tiempo la voz de mi padre, que me decía bajito:

—No tengas miedo, Rosita; somos nosotros.

Me incorporé, lo abracé, y lo tuve un rato apretado contra mí. En tanto habían abierto la ventana, y alguien saltó para afuera.

—¡No tengas miedo! — me volvió a decir mi padre, — es Félix que sale.

Félix era un negrito hijo de esclavos, astuto y ágil como un ratón.

Poco después sentí el tropel de unos caballos que

disparaban, y luego discretos golpecitos en la ventana que mi padre abrió de nuevo, para que entrara Félix.

—Ya está, mi amo — oí que le decía con voz regocijada — se alzaron los cinco y el tordillo de su mercé.

Mi padre se fué; todo quedó en silencio, y yo me dormí.

Mediada la noche, me desperté con susto, porque en la galería resonaban voces alteradas y ruido de sables. Alcancé a percibir estas palabras:

—¡Mi teniente! ¡los caballos se han alzado!

Oí, bañada en un sudor de muerte, que Rafael increpaba a uno de los hombres, por no haber asegurado la tranquera del corral.

Mi padre se había levantado, y se paseaba en el comedor. Entró Rafael.

—Tata — dijo, — ¿puede usted prestarme cinco caballos?

—Con mucho gusto, hijo. Esperen la madrugada.

—Tenemos que partir inmediatamente.

—Bueno: vayan por ellos al monte.

—¿Al monte?

—Sí; en el corral no suelo tener más que mi tordillo.

—¡A ver ese tordillo! — gritó Rafael en la galería.

—Se ha alzado también, mi teniente, — contestó uno de los hombres.

Hubo un momento de silencio. Habló Rafael, quien hacía tiempo no venía a la estancia:

—Tata, por el camino nuevo, ¿cuánto dista el monte donde suelen guarecerse los caballos?

—Dos leguas, por lo menos, — contestó mi padre.

—¡Mucho es! — murmuró mi hermano.

—Pero, ¿qué apuro en partir así a la media noche?

Rafael no contestó. Sentíanse los trancos impacientes de los cuatro hombres, y el retintín de sus Moronas y de sus armas.

—¿Está Félix? — preguntó mi hermano.

—Sí.

—¿Nos lo podría prestar para que nos guíe hasta la querencia de los caballos?

—Si te empeñas...

—Sí; algo adelantaremos.

Las voces callaron. Se despertó al negrito, que dormía en el estrado del comedor, y salieron al campo, guiados por él.

Cuando desaparecieron en la noche, mi padre cerró las puertas, y comenzó a pasearse. Yo adiviné que la ansiedad le quitaba el sueño. Lo llamó mi madre y cuchichearon un rato, en la oscuridad de là pieza.

Todas las sensaciones empezaron a hacerse vagas para mí, y sospecho que mi padre tranqueaba aún de una a otra punta del comedor, cuando me quedé dormida.

Mucho tiempo después averigüé el misterio de aquella noche angustiosa.

Mi hermano había sido comisionado por los Reinafé, agentes de Rozas, que gobernaban en Córdoba, para asesinar al general Quiroga, que aquel día, precisamente, en viaje a Santiago, pasaría a cierta distancia de allí.

Faltar a la consigna era provocar la cólera del tirano, y morir seguramente. Obedecer, era cometer un crimen cobarde. Mi hermano fingió acatarla y partió con los cuatro sicarios que pusieron a sus órdenes, y que, más que subordinados, eran centinelas para él. Tenía el tiempo justo para llegar al lugar en que debía perecer el famoso Tigre de los Llanos; y por eso viajaba reventando caballos. Cuando llegaron a nuestra casa, mi hermano, de acuerdo con mi padre, urdió el plan para frustar el golpe, haciendo escapar a los caballos. Tardaron varias horas en recobrarlos y cuan-

do llegaron al sitio señalado para el asesinato, había pasado ya la galera en que viajaba el general Quiroga.

Mamita Rosa calló. Con su pantalla se puso a soplar el fuego; una nube de ceniza volaba alrededor de su cabeza, sobre la cual había caído la que dejan los años y las penas.

Evangelina se agachó y la besó en las mejillas, siempre frescas y rosadas.

—¿Y qué más, mamita?

Los ojos de la abuela se iluminaron de satisfacción, por el interés que su historia despertaba en sus oyentes. Juan Manuel apretaba entre sus manos una de la niña, atento como ella al relato.

Mamita Rosa cebó un mate y siguió narrando:

—Algunos meses después, una tarde, llegó a casa el capataz de una estancia vecina. Hizo llamar a mi padre, habló con él en secreto, y juntos partieron, a caballo, con las caras afligidas, por lo cual todos pensamos en una mala noticia.

Y era así: aquel peón que recorría el campo buscando un animal perdido, había encontrado en el monte, atado a un algarrobo, el cuerpo de un hombre muerto a lanzazos. Era mi hermano Rafael, a quien Rozas mandó matar por no haber querido asesinar al general Quiroga.

Mamita Rosa calló de nuevo; juntó las manos y pareció quedarse persiguiendo con la imaginación aquella memoria dolorosa de los tiempos de su niñez. Juan Manuel y Evangelina también callaban: la niña conmovida por la narración, el joven gustando en silencio la paz de aquel ambiente.

En la cercana iglesia de los jesuítas tocaron el "Angelus", que llegó hasta ellos lento, sonoro, impregnado de religiosa melancolía.

—"El angel del Señor anunció a María", entonó en

alta voz la anciana, invitando a Juan Manuel a rezar con ella.

Desde donde estaban, vió el joven a Panchita, arrodillada detrás de una de las columnas del primer patio, rezando también, con unción sacerdotal.

Aquel cuadro, bien conocido de él, le impresionó como nunca: la galería baja del segundo patio, con techo de tejas acanaladas, y tirantes de palma, y pilares blanqueados, al pie de cada uno de los cuales crecía una enredadera que la primavera iba nevando de flores; los altos y rumorosos eucaliptos, las higueras perezosas que arrastraban sus ramas, donde dormían las gallinas, y, en mitad del patio, junto a la pileta, un coposo naranjo, que impregnaba con el perfume de sus azahares el aire delgado de la tarde.

Mamita Rosa se había levantado, dejándolo con Evangelina. La niña miraba curiosamente las cosas que los rodeaban.

Juan Manuel se preguntaba qué podía pensar aquella reflexiva cabecita de nueve años, y sin saber por qué, sentíase dichoso y conmovido.

En un piano de la vecindad tocaron una canción de Cheminade, y una limpia voz de mujer cantó: "Toi, rien que toi, toujours toi!"

La niña, preguntó a su amigo qué significaba aquello, y él se lo explicó.

Ella se quedó pensativa; después le dijo:

—Juan Manuel, ¿por qué te llamas como Rozas?

—¿No te gusta mi nombre?

—Sí, me gusta, pero me da miedo...

Se echó a reir, se levantó, lo besó y corrió al primer patio, desde donde Panchita la reclamaba.

Él la dejó irse.

Muchos años después, cada vez que entraba en la casa de mamita Rosa, veía, como en un espejo antiguo, reflejarse en su memoria el cuadro de aquella tarde, desde el mate de leche que le cebaba la abuela, hasta la música vehemente de la canción de Cheminade.

III

Años después, una mañana, don Pedro Rojas, que era madrugador, se dirigió al corral de las vacas lecheras a tomar dos jarros de apoyo, su desayuno habitual.

Bajo, fuerte, ancho de espaldas, los ojos encapotados tras unos párpados espesos, la barba encanecida, desaliñado el traje, pero de rica tela, su figura imponía respeto y quizá temor, por su genio desigual y violento a veces.

Aunque la casa de la estancia no era vieja, las lluvias habían ennegrecido las paredes encaladas y el techo de tejas, a dos aguas.

Construída sobre una loma, desde la galería del norte se divisaban los alfalfares, que parecían temblar a la vista porque millares de maripositas blancas, hijas de la primavera, volaban rozando las fragantes flores moradas que empezaban a abrir.

Aquel año don Pedro Rojas completaba el primer millar de hectáreas alfalfadas. Antes de él, allí, en pleno Chaco santafesino, nadie había hecho el ensayo de sembrar una chacra de alfalfa. Don Pedro mismo, durante quince años explotó sus cuatro leguas de campo a la antigua, con haciendas criollas, utilizando los pas-

tos naturales, y resignándose a perder mil vacas en cada sequía.

Pero hacía un tiempo que entraba por los nuevos caminos de un negocio menos rutinario y más lucrativo. Cada año alfalfaba doscientas hectáreas, reducía el número de vacas criollas y refinaba más las mestizas.

Decía la gente que vivía empantanado en los bancos, que sobre la estancia pesaba una fuerte hipoteca, que el mejor día los vencimientos harían humo todas aquellas mejoras; pero don Pedro dejaba decir, convencido de que aquellas tierras, encarecidas por la especulación, no podían ser explotadas ya por los procedimientos vetustos que a él lo habían arruinado.

La casa, envuelta por un bosquecito de naranjos en cuyas copas anidaban zorzales y pirinchos, en las mañanas se perfumaba como un canastillo de flores. Una avenida de eucaliptos, llevaba hasta el camino real, cortando el alfalfar del frente.

.Don Pedro dió unos cuantos pasos por el patio de tierra endurecida.

A la hora en que el patrón se levantaba, ya la peonada había marchado a su trabajo, dirigida por don Prócoro, capataz de la estancia desde hacía veinte años.

Comenzaba el verano; y la primavera lluviosa había vestido los campos de pastos jugosos y llenado de retoños los árboles del monte. En oleadas llegaba hasta las casas el penetrante perfume de los aromitos en flor. Un maizal, a los rayos del sol que relampagueaba en sus anchas hojas lustrosas, mostraba por entre los cartuchos de sus mazorcas, las barbas color de azafrán de los primeros choclos.

Detrás de las casas quedaba la cocina, donde doña Pepa, la mujer del capataz, preparaba los monumentales pucheros y la mazamorra de los peones; luego las habitaciones de éstos, y un poco más allá, el corral

de las lecheras, con el chiquero de los terneritos al lado.

Cuando don Pedro llegó al corral, cuatro o cinco vacas echadas sobre la tierra estercolada y suelta, aguardaban su turno rumiando cachazudamente. Todas eran criollas y negras, porque el dueño no las destinaba a lecheras sin esas dos cualidales, garantía, según él, de que su leche no tenía microbios de tuberculosis.

En el corral lo esperaba María Teresa, su hija, "apoyando" una vaca yaguané de cuernos aserrados, la que saludó al amo, que solía darle pedacitos de galleta, con un mugido perezoso, lamiéndose las narices, que exhalaban dos chorros de vapor.

Un ternerito, negro como la madre, luchaba desesperadamente por hallar una teta que no le arrebatasen las manos implacables de la ordeñadora y mamaba con avidez, atragantándose para engullir mucho, cuando se lo permitían.

Concluyó María Teresa su delicada operación, y mientras Lucila — la hija del capataz — ataba el ternero, se puso a sacar el apoyo en un jarro enlozado, que herido por los chorros de leche, cantaba una incitante canción de tambos.

La espuma tornasoló en la áurea luz de la mañana; don Pedro bebió lentamente el apoyo sabroso; montó luego a caballo, y se fué a recorrer sus campos, donde el estío infundía la vida.

Aquel panorama sentaba bien a la figura de María Teresa, mayor varios años que su hermana Evangelina.

De esa niña hablaron con tristeza todas las cartas de la madre a mamita Rosa; porque la pobre mujer presentía que su hija crecería descuidada de su padre, y dueña y señora de su libertad.

Y así fué; de la misma edad que la hija del capataz,

vestía como ella, blusa clara, pollera corta y breves alpargatas blancas, siempre pulcras.

Pero su gusto por aquella existencia resultaba, más que de propia afición, de un exceso de vida en su naturaleza juvenil. Algunos días parecía cambiada, envuelta en cierta pereza criolla, que la tornaba soñadora y triste.

Se acordaba entonces de su madre, que vivió confinada en la estancia, perdida en los bosques chaqueños, alejada dos leguas del pueblito más próximo.

Y aquel día estaba así. Lucila se fué del corral y ella se quedó en la tranquera, contemplando al alfalfar ondulante y luminoso, que a la distancia se juntaba con el cielo.

Su corazón dormía, aunque su fresca juventud había ya despertado el amor en otros.

Damián, uno de los peones, hijo de don Prócoro el capataz, estaba enamorado de ella. Habíase criado viéndola crecer, sirviéndole de juguete, cuando niña, y ahora la sentía alejarse de su compañía y su amistad.

¿Adivinó ella aquel amor discreto? A Damián le faltaba el ánimo para decirle nada, comprendiendo que por su mal, había puesto los ojos demasiado arriba, y tenía que expiar su pecado.

Contentábase con vivir, lleno el pensamiento de ella, unas veces cerca, colmándola de atenciones, otras veces lejos, atisbándola y sufriendo torturas cuando ella hablaba con otro hombre, cualquiera que fuese.

Los rudos trabajos del campo no le sentaban bien, y don Pedro le hacía confeccionar y componer los arreos de los caballos, para lo que tenía una singular habilidad.

Agradábale esa tarea, que le permitía quedarse en las casas, aunque, por otra parte, lo deprimía, porque era sedentaria y de menos prestigio ante aquella gente.

Habría preferido ser el domador, que todas las mañanas ensillaba en el corral un pingo rebelde, partía como una exhalación por la ancha avenida de los eucaliptos, y volvía al caer las doce, con la bestia sometida y sudorosa.

Trabajaba en una mesita, a la sombra del naranjal, frente a la ventana del cuarto de María Teresa, que iba y venía por la casa, sin acercársele nunca, sin hablarle, mientras él la seguía con el pensamiento o con los ojos.

Aquella secreta tortura despertó en él un instinto artístico sorprendente. Aprendió a tocar la guitarra y a cantar versos que unas veces componía él mismo, y otras aprendía en libritos comprados en el pueblo.

Y era todo su consuelo aguardar las horas en que la estancia reposaba en el silencio de la siesta o de la noche, para exhalar sus tristezas en alguna copla sencilla.

El martirio no llevaba trazas de endulzarse con el tiempo, porque la niña volvíase cada vez más hermosa, y ya corrían voces de que la festejaban.

La primera vez que lo oyó Damián, tuvo que buscar un arrimo, pareciéndole que el suelo se movía.

¡Qué horrible angustia! Después su suspicacia empezó a descubrir en el carácter y en las costumbres de ella, imperceptibles diferencias que le hicieron sufrir, como si le hubieran traído la confirmación de su desgracia.

Eran detalles de su vestido, o eran sus maneras que empezaban a modificarse.

¿Por qué ella, activa y laboriosa, que en la estancia daba a todas ejemplo, solía quedarse quieta en medio del trabajo, persiguiendo con los ojos cosas que él no veía? ¿En qué soñaba?

¡Qué de novelas urdía el mozo, mientras su lezna

agujereaba las suelas o trenzaban sus manos los tientos, casi tan finos como las cuerdas de su guitarra!

Antes trataba a la niña de vos, porque durante años había sido un hermano para ella. Ahora tratábala de usted, y maldecía su timidez, que le hacía perder poco a poco los derechos de su amistad.

Esa mañana estuvo ella un rato afirmada en la tranquera del corral, observando el alfalfar, como si no lo hubiese visto nunca. Fuese luego hacia las casas, y no encontrando a ninguno de los peones pidió a Damián que le trajera su caballo, un zaino oscuro, alto y brioso.

Damián lo encontró bebiendo en una lagunita, de la que se levantó, al llegar él, una bandada de chorlitos; lo montó de un salto, en pelo, y regresó al galope.

—¿Se lo ensillo, niña?

—No; nadie lo hace mejor que yo, — contestó ella, ensillando el caballo a la vista de Damián.

Cuando partió, Damián se quedó mirándola alejarse camino del pueblo.

¿A dónde iba?

Don Pedro Rojas criaba a sus hijos en la más amplia libertad. A cambio de que no se preocuparan de él, que andaba por vías tortuosas, poco se preocupaba él de ellos. Así María Teresa, acostumbrada a guiar coches y a montar como una amazona, rara vez mandaba los peones al pueblo. Ataba un tilbury o ensillaba su caballo, y acompañada de Lucila partía a hacer sus diligencias.

Pero de tiempo atrás, prefería salir sola. Quien la conocía, difícilmente hubiera imaginado que hervía en el fondo de su temperamento una levadura novelesca.

El ejemplo de su hermano Mario, volviendo tarde en la noche, con el rostro encendido, la mirada alegre y la boca llena de alusiones a sus aventuras amorosas; el

mismo ejemplo de su padre; su soledad, su juventud que se expandía como un resorte nuevo, la naturaleza en cuyo contacto vivía, aún las canciones inflamadas de Damián, la envolvían en una malla de ensueños y de aspiraciones cambiantes y bravías.

A medida que galopaba, el vientecito que despeinaba sus cabellos castaños, defendidos por un sombrero de paja, la tornó a las cosas reales.

¿A qué iba al pueblo? Las casas blanqueaban a lo lejos, entre la obscura arboleda. Había llegado al linde del alfalfar, donde concluía el campo labrado y empezaba el monte. El camino seguía serpenteando por entre los algarrobos que le daban sombra, como grandes paraguas desgarrados.

Suerte para ella que nadie le había preguntado a qué iba al pueblo, porque ni siquiera tenía inventada la respuesta. ¡A nada! Sintió deseos de correr a bañarse en el sol y en el aire, y a eso iba, sin saber nada más, aguijoneada por su fantasía.

Pensó en la ciudad lejana, de donde Evangelina le escribía llamándola. No, no iría; no era la idea de la ciudad, que apenas conocía y que imaginaba más aburrida que el campo, con sus interminables filas de casas iguales, y sus calles derechas y sin árboles, lo que la llenaba de una ansiedad indefinible.

Contuvo el caballo y marchó al paso por el camino que entraba ya en el monte.

El sol de la mañana, oblícuo todavía, jugaba entre el follaje de los árboles, arrojando chorros de luz, que herían el suelo. A veces, en la mancha dorada que proyectaba, agitábase un pájaro, y era una calandria, o un boyero, o una palomita de la Virgen, que buscaba bichitos en la tierra húmeda. Algunos animales, en

los que observó la marca de su padre, arrimábanse al cerco, con su curiosidad de bestias ariscas. Después hundían de nuevo el hocico en el pasto tierno, nacido a la sombra.

El caballo tascaba el freno, llenándose de vana espura, y de pronto relinchó.

María Teresa vió que del lado del pueblo venía hacia ella un hombre, entre remolinos de polvo. Sólo cuando lo tuvo cerca lo reconoció, y el corazón le latió con violencia. Castigó al caballo; pero el jinete se detuvo en medio de la senda, y ella también, emocionada, pálida, comprendiendo ahora que aquel encuentro que la amedrentaba, era lo que había ansiado en el secreto de su corazón.

IV

En aquel tiempo tenía Julián Darma algo menos de treinta años, y era un buen mozo, que procuraba sacar el mejor partido de su gallarda apostura y de su natural viveza. Nacido en Buenos Aires, huérfano, ignorando quiénes fueron sus padres, criado por un buen señor que lo mandó a la escuela, no concluyó sus estudios, porque un día se le presentó la ocasión de ocupar en provincias un puesto bien rentado. Le duró poco, y cuando se agotó esa fuente, anduvo a salto de mata, sin hacerle asco a ningún trabajo, hasta que una compañía explotadora de quebracho, lo empleó en su administración, situada en el pueblo, a dos leguas de la estancia de Rojas.

Habría llegado a tener amistad con éste, si no hubieran surgido entre Rojas y la compañía agrias desavenencias, por un alambrado que Darma tuvo que cortar.

Aquello le valió la inquina del estanciero, cuando justamente acababa de conocer a María Teresa y sentía nacer el deseo de conquistarla.

Casi a diario iba la niña al pueblo; y él, que tenía su oficina en la calle principal, salía a la puerta para verla pasar, acompañada de Lucila, con el rostro encendi-

do y los ojos chispeantes por la alegría de la salud y de la sangre agitada.

La primera vez que las vió, pensó que cualquiera de las dos valía la pena de ponerse en campaña, porque vestidas más o menos lo mismo, no conoció la diferencia que había entre la una y la otra. Torcióse el bigote en honor de ambas, que lo miraron con curiosidad. Las dos se rieron de él; mas parecióle que en los ojos de una de ellas había brillado una luz de admiración candorosa. Era María Teresa, que volviendo días después, se puso el traje con que algunos domingos venía a la misa del pueblo.

Darma apreció el cambio y la prefirió.

Generalmente se detenían a la puerta de un almacén, próximo a su oficina, surtido de todas las cosas del mundo que puede necesitar un campesino. Ataban los caballos en unas argollas fijadas en el cordón de la vereda y entraban a hacer sus compras. Penetraba primero Lucila, indiferente y seria, y luego María Teresa, después de mirar a Darma, quien desde el umbral le sonreía.

Al principio habló con Lucila del buen mozo, que las saludaba al pasar. Más adelante prefirió saborear secretamente su recuerdo, como una cosa prohibida; y un día se animó a ir sola al pueblo, llevada por la ansiedad de verlo, cuando se encontró con él en el camino.

Detúvose el mozo y la saludó, y ella, aturdida, sin responder, se puso a acomodar los pliegues de su pollera.

Él le explicó, con palabras finas, que iba a la estancia a hablar a su padre por el asunto del alambrado; pero que hallándola en el camino, preferiría desandar lo andado, acompañarla al pueblo, y volver cuando ella volviese.

¿Qué contestó ella? Nunca lo supo. Sólo él hablaba y sus palabras eran como un viento que entraba en su alma, avivando un fuego que ya ardía.

Fuera por el reciente galope, fuera simplemente porque al salir no apretara bien la montura, ello es que Darma observó que el caballo de la joven traía floja la cincha y se brindó a arreglarla. Echó pie a tierra, y aunque ella bajaba siempre de un salto, esa vez prefirió apoyarse en la mano de él; y una vez subsanado el desperfecto, él la ayudó a subir.

¡Cómo latía el corazón de la niña, cuando él le tomó el pie, para acomodárselo en el estribo, y le alcanzó la fusta!

Anduvieron al tranco, sin decirse nada, sin sentir el sol que caía sobre ellos, ni la voz del estío que llenaba de rumores la selva, cortada por el camino blanco de polvo, donde las iguanas estampaban su ancha huella y las perdices la delicada impresión de sus patitas ágijar!

El comenzó a hablar de amor, y ella no supo qué responder.

Cuando divisó las primeras casas del pueblo, tuvo vergüenza de llegar, se lo dijo a él con una timidez, que era una confesión, y los dos se volvieron.

Entonces ella recordó que su padre estaba ausente; por lo que habría sido inútil su visita.

Como la cuestión del alambrado no urgía ya, él se despidió en el deslinde del alfalfar; le dió la mano y le dijo que se llevaba el alma entristecida porque la dejaba, y alegre porque había hallado ocasión de declararle su amor.

María Teresa, así que llegó a la estancia, llamó a Damián con una dulzura que ya no solía tener para él, y le entregó el caballo, y se encerró en su cuarto has-

ta la hora de almorzar, saboreando la inefable sensación de aquel encuentro.

Después vinieron los días ardientes de su vida. Camino del pueblo se encontró algunas veces con Julián. Marchaban un rato. buscando algunos de los grandes algarrobos que nacían junto a la senda y la cubrían con sus ramas. Abríanse éstas a tan poca altura, que era difícil quedarse a caballo a su sombra. Julián echaba pie a tierra, y se acercaba a ella, y la hablaba, jugando con su rebenque o acariciando la crín del zaino.

El camino, de costumbre solitario, no era, sin embargo, lugar a propósito para citas de amor. De un momento a otro podía sorprenderlos alguien y llevar la noticia a don Pedro Rojas, que estaba lleno de rencores contra Darma.

Aunque a él, en el fondo, no le importaba gran cosa que lo vieran, porque era vanidoso y le halagaba el que se supiera el ascendiente que tenía entre las mujeres, fingía participar de los temores de la niña.

Algunas vacas que pacían en el monte, mugían a veces tan cerca del camino, que ellos las habrían visto a no ser por lo intrincado de la selva. Con alejarse, pues, unos cuantos pasos, entre la arboleda, estarían a cubierto de todas las miradas.

Julián parecía desear aquello; María Teresa prefería quedarse a la vera del camino.

Pero pronto aquellas citas serían imposibles. Ya varias veces había perdido él mañanas enteras galopando del pueblo a la estancia, sin hallarla, porque ella no podía salir sola.

Lucila, celosa, quizás recordando que las primeras miradas del mozo fueron para ella, comenzaba a sospechar de aquellos paseos a que la joven no la invitaba; y ésta no sabía hallar excusas.

En la primera ocasión en que volvieron a verse, co-

mo ella le contara sus tristezas, él le dijo:

—¿Y si nos encontráramos en tu casa, de noche, cuando todos duermen?

Ella meneó la cabeza.

—Papá algunas veces vuelve tarde.

—Y cuando no vuelve tarde, ¿a qué hora se acuesta?

—En seguida de comer. Esos días a las diez de la noche todos duermen en la estancia. Pero los perros son bravos y no dejarían acercarse a nadie. ¡Imposible eso, más imposible que nada!

Se quedó triste; él volvió a hablar.

—Tu hermano, ¿a qué hora vuelve?

—Al alba, casi siempre. Se acuesta a esa hora para levantarse a almorzar.

—¡Bueno! si los días en que tu papá se queda, me mandaras a buscar con uno de los peones que me acompañase, los perros no me desconocerían.

—¡Es verdad! ¿pero con quién?

Callaron. Todo a su alrededor, en el verano lujoso, que envolvía con su pompa el bosque entero, incitaba a proseguir su romance de amor.

El viento tibio, que pasaba entre los árboles, cargado del perfume de los aromos en flor, era como un incienso que nublaba las cosas. Julián, que estaba a pie, junto a ella, le tomó las manos y se las apretó.

Era la primera vez que lo hacía; ella cerró los ojos, pareciéndole que el monte daba vueltas en torno suyo, y sintió que su voluntad se disolvía en una impetuosa corriente.

—¡Bueno, bueno, — dijo retirando sus manos, — te haré avisar.

Y haciendo un esfuerzo, partió al galope, aturdida y gozosa.

El se quedó mirándola.

—¡Es mía! — pensó. Se sonrió a la idea de que don

Pedro Rojas ignoraba que su enemigo le enamoraba la hija; montó a su vez, y al trotecito, tomó para el pueblo, ocupando la imaginación en otros asuntos.

Cuando María Teresa llegó a las casas, su padre no había vuelto del campo.

Damián, frente a la ventana del cuarto de la niña, trenzaba unos tientos, confeccionando un talero para el patrón y simuló no verla, temeroso de sus desaires.

—¡Damián! — gritó ella; — ¿querés ayudarme a bajar!

Damián acudió sorprendido y receloso. La tomó de las manos y la ayudó a saltar. ¡Cómo le palpitaba el corazón!

Se ocupaba ya en desensillar el caballo, cuando ella le dijo:

—¿Vamos a bañarlo, Damián?

El la miró con agradecimiento, no sabiendo qué decir, ni qué pensar de aquella bondad desusada.

De pronto se puso triste, triste en extremo; sospechó que algo iba a pedirle, relacionado con sus paseos misteriosos, de que la gente empezaba a murmurar.

Pero gustó una extraña dulzura al sentirla acercarse a él.

Frente al corral había un gran pozo, con un balde volcador, que un muchacho, montado en un petizo, hacía funcionar todas las mañanas hasta llenar los bebederos de los animales, largos y estrechos tanques de fierro, fijados en la tierra.

Allí bañaron al caballo. Damián lo tenía del bozal, junto al pozo; mientras ella, con un baldecito, arremangada hasta el codo, echaba el agua fresca sobre el lomo sudoroso del caballo.

Damián la observaba, y sentíase inquieto, porque la alegría de la muchacha nacía de lo que era motivo de su pena.

Cuando ella le confesó que tenía un novio, y quería que él la ayudase en su aventura, no tuvo ninguna sorpresa, sino un gran dolor, que se le clavó en un costado, y que le duró toda la vida.

—¿Y qué puedo hacer yo, niña María Teresa? — le preguntó mansamente.

María Teresa se sentó en el brocal, buscando la sombra de un sauce que allí crecía. El soltó el caballo y la miró sin miedo, como nunca.

—¿Qué puedo yo hacer por usté? — volvió a preguntar, saboreando la dulzura de sufrir por ella.

—¡De vos depende todo! — exclamó la joven, envolviéndolo en una mirada suplicante.

—Bueno; si es así, cuente conmigo, niña.

—Ya sabía yo que no te ibas a negar.

—¿Y por qué sabía eso? — se atrevió él a preguntarle, sonriendo con inconsciente ironía.

María Teresa no contestó. En un segundo de silencio, vió los largos días tristes a que había condenado al mozo, y por primera vez midió la inmensidad de aquel amor que así la inundaba. Pero, ¿qué culpa tenía de que él hubiera puesto en ella sus ojos?

—¿Por qué sabía, niña? — insistió.

—Porque vos sos como un hermano, más bueno que un hermano para mí, — contestó fingiendo no haber adivinado la esencia del cariño de Damián.

Pero como la joven escondiera los ojos, huyendo de los de Damián, comprendió éste que le mentía. Mordióse el labio para matar un suspiro, y se acercó más para saber lo que ella tramaba.

Y esa noche, a la luz de la luna, indiferente y serena, partía Damián al pueblo en busca del novio de la mujer que amaba desde niño.

Humilde y simple, sintió que se habría muerto de

celos si ella hubiera confiado a otro su secreto. Llegó al pueblo y buscó a Darma.

Lo halló de visita en una casa, jugando a las prendas con un grupo de muchachas, y quizás hablando de amor a una que tenía al lado, rústica y linda. Media hora más tarde, los dos galopaban por el camino del monte, sin cruzarse una palabra, pregustando Darma su aventura, y Damián comenzando a sentir que los celos le mordían como perros rabiosos.

Sólo se oía el sordo rumor de los cascos de los caballos hiriendo la tierra, que sonaba a hueco.

Cuando llegaron a las casas, una nube ocultó la luna, y la sombra se espesó en el naranjal.

—El diablo me ayuda, — dijo para sí Darma.

Apeáronse y ataron los caballos al palenque. Ladraron los perros, pero acallólos Damián.

Era más de media noche, y, sólo María Teresa velaba ansiosa, tras de sus postigos.

Darma se acercó, y Damián se alejó un poco, y se echó sobre unas caronas, y escondió la cabeza entre los brazos, para no ver si el otro permanecía afuera o entraba.

Así aguardó hasta que Darma le llamó, golpeándolo en el hombro, para que lo acompañase de nuevo.

Y durante un largo mes sucedió lo mismo. Pero un día la compañía quebrachera hizo cambios en el personal. Darma salió del pueblo y no volvió más a la estancia.

Damián no se alegró, y llevó a su ama la primera noticia.

—¿Pero, es cierto? — preguntó ella consternada.

—Sí, niña.

—¿Para no volver?

Damián, haciendo rayas en el suelo con el pie, se animó a decir:

—¿Y a qué había de volver?

Ella lo miró fijamente, los ojos chispeantes de ira, y para que alzara la cabeza le hirió el brazo con una varita de mimbre.

—¿Entonces, no me quería?

A él le dolió el ademán como un latigazo en la carne desnuda; pero no contestó.

—¡Decime! — le gritó la muchacha, cuya cólera iba creciendo — ¿no me quería?

El alzó la cara serena, iluminada por un gran amor.

—¡No, niña; no la quería!

Y como ella se quedara silenciosa, se atrevió a agregar:

—Si por mí hubiera sido, él la habría querido más que yo.

Ella se estremeció al oir aquello, le tomó la mano, y le preguntó acercándosele:

—¿Me querés más que él?

Damián echó atrás la cabeza.

—¡Oh, niña María Teresa! — clamó, — ¿no lo sabía usté; no lo había adivinado?... ¡y hace tanto tiempo!

—Y si yo te pidiera — díjole ella bajando la voz, con una contenida vehemencia, — si yo te pidiera que lo mataras, ¿lo matarías?

—Sí, niña.

María Teresa se echó a reir, con una áspera risa, que a él lo martirizó.

—¡Bah! ¡No te creo, no te creo! — le dijo; y en una racha de locura, le escupió en la cara, y corrió a encerrarse en su cuarto, riéndose siempre de Damián, quien, pálido como un mármol, en medio del patio desierto, sentía trocarse en rencor su habitual mansedumbre.

V

Fué un inexplicable desencanto la primera impresión que la ciudad causó a Juan Manuel, que volvía después de un viaje de tres años.

El tren acababa de entrar bajo la bóveda sonora de la estación, y ya sentíase él como enervado en aquel ambiente, que no obstante amaba. Acostumbrado a la batahola de los grandes pueblos, en que la gente se distrae, arrastrada por la corriente de las cosas exteriores, la calma de aquella estación, el aspecto de los que en el vasto andén aguardaban a alguien, llamando a los viajeros por sus nombres, todo, hasta el olor de la ciudad, causóle una sensación de disgusto.

Allí, donde tenía parientes y amigos, le pareció que iba a quedarse más solo y acosado por sus pensamientos.

Reconoció en dos mujeres vestidas de negro a Delfina, su joven madrastra, y a Margarita, su hermana, enlutadas por la muerte reciente de su padre.

Al verle dieron un grito.

—¡Juan Manuel!

La señora se echó en sus brazos sollozando; la hermana lo abrazó y lo besó en silencio, mostrando en el estupor de sus lindos ojos, la profundidad de una pe-

na que al lado del hermano parecía agrandarse.

Durante unos momentos formaron un pequeño grupo aislado.

Acercóse un viejo changador paraguayo, de barba blanca, a quien Juan Manuel conocía, porque era el que su padre había ocupado siempre.

—Niño Juan Manuel... — le dijo con sincera emoción, — yo he sentido mucho la muerte del finado...

Juan Manuel le estrechó la mano y dejó a cargo suyo el equipaje; y abandonó la estación, aliviado al huir de las numerosas caras conocidas que lo rodeaban.

Con el automóvil de Delfina, pronto dejaron atrás el reguero de coches de plaza, que entraban en la ciudad, haciendo tronar el empedrado de aquella larga calle desolada, con sus ruinosos tapiales y sus sitios baldíos devorados por los yuyos, y las pobres mujeres que se asomaban a las puertas a espiar el desfile de los viajeros de Buenos Aires.

Juan Manuel apenas se acordaba ya de la nueva casa en que vivían los suyos. Poco tiempo antes de que él partiera para Europa, su padre, enriquecido por un negocio de tierras, había vendido su vieja casita colonial, para comprar un gran caserón que a pocas cuadras, más al sur, edificaron unos ingleses.

Juan Manuel conocía desde niño aquel sitio. Era una manzana entera, rodeada por una pared sombría y verdosa. En medio de un bosque de grandes eucaliptos, se alzaba la casa, de tres pisos.

Alguna leyenda se había formado alrededor de ella. Juan Manuel la conoció cerrada siempre, desde que unos de sus dueños se suicidó, arruinado por la crisis del 90, y el otro se ausentó para no volver.

Recordaba que en su infancia solía ir, al volver de la escuela, a recoger los trompitos que las altas ramas de los eucaliptos sembraban en la vereda.

Y se acordaba también de que por nada del mundo se habría quedado en sus cercanías a la hora del crepúsculo, cuando sonaban en las torres las campanadas del Ave María. Conocía algo de la historia de sus dueños y creía que en la sombría arboleda vagaba el alma en pena del suicida.

Aquella impresión de niñez duróle hasta grande. Y al anunciarle su padre que había comprado por un precio irrisorio la hermosa propiedad, no pudo librarse de un terror supersticioso.

Sin embargo, cuando se trasladaron a ella, y ocupó un cuarto, sintióse a gusto en su tranquila soledad, que se prestaba al ensueño.

Esto fué en los últimos tiempos, antes de su viaje a Europa. Su hermana Margarita estaba en el colegio; su padre, viudo desde el nacimiento de esa niña, se había casado.

Acostumbrado a respetar la voluntad paterna, nunca objetó aquel matrimonio, aunque le pareciera desacertado. A los cincuenta y cinco años, por bien que se los lleve, siempre es una imprudencia embarcarse para una nueva travesía de la vida, con una mujer joven.

Delfina Gross, hija de ingleses, cuya magnífica hermosura parecía madurar a los rayos de un sol muy argentino, era casi de la edad de Juan Manuel.

Desde el primer momento, éste la quiso y la cuidó como a una hermana; pero un instintivo recelo le impidió hacerla confidente de las cosas que en aquellos tiempos llenaban su alma.

¡Clara Rosa!...

A pesar de su resolución de un día, volvió a festejarla, y a hacer versos en su honor, y durante años fué su vida bulliciosa y vacía como un cascabel.

Un día, bruscamente, la familia de Clara Rosa se

ausentó a Buenos Aires y poco después a Europa, y él la siguió.

En los salones europeos, puntos de cita de los sudamericanos, llevó ella una existencia triunfante. Y la vida de él fué una jornada de humillaciones, indemnizadas con raras sonrisas y con el título de novio. Si alguna vez ella lo quiso, su amor se evaporó, y ella misma se lo dijo, con una llaneza que él tuvo que agradecerle.

Nunca el hombre acaba de conocerse: "yo no haría tal cosa", se dice, y un día la hace; "yo no podría olvidar", y un día olvida.

Juan Manuel, que se creía incapaz de vivir sin Clara Rosa, prosiguió, sin embargo, la misma vida fatigosa y egoísta, hasta que se fué a viajar, para disipar su hastío con las sensaciones de otros países.

Detrás de él, de ciudad en ciudad, peregrinó largo tiempo una carta, en la que le anunciaban la muerte de su padre.

Como un barco que una ola ha tumbado y que otra ola levanta, con aquel golpe que le pareció incomparablemente más doloroso e irremediable, su corazón se alzó de la inercia en que se hundía.

Y emprendió la vuelta, sintiendo que a espíritus como el suyo, les hace bien la conciencia de un ineludible deber.

Juan Manuel pensó en su hermana, cuyo único apoyo iba a ser. Cuando partió para Europa tenía trece años y era, según decían, la imagen de su madre cuando niña. El adoraba su dulzura, su aristocracia amable, su genio alegre, su espíritu encendido como una estrella. Y al volver a la patria, llevaba la ilusión de verla, con sus tres años más de colegio, con su cabeza oscura, peinada de señorita, con sus nuevos modales.

Acompañado de ella comenzó a recorrer la casa. En

todo hallaba un recuerdo viviente de su padre, y eso lo entristecía.

—¿Quieres verlo? — preguntó Margarita a su hermano.

Lo llevó al escritorio.

Una impresión intensa lo clavó en el umbral, y con los ojos llenos de lágrimas, vió a su padre en un gran retrato, arriba del sillón que solía ocupar. Era él, vivo, sus ojos azules, endulzando la severidad de su rostro nublado, de su frente amplia, de su gran bigote blanco, de su gesto decidido.

—Es de Cerny — dijo Margarita; — a duras penas conseguimos que se dejara retratar. No alcanzó a verlo concluído; lo trajeron el día que murió.

Estaba el escritorio en la planta baja de la casa, y recibía la luz por un ancho ventanal que daba a la huerta, cuya quietud invitaba al trabajo o al ensueño.

A alguna distancia, sobre la avenida Urquiza, que entonces comenzaba a poblarse, veíase la mansarda gris de un palacete.

Margarita explicó:

—Es el chalet del doctor Darma, ¿sabes? el que se casó con Evangelina Rojas... ¿Te acuerdas?

Este nombre produjo una singular emoción en Juan Manuel, que fué a sentarse en un sillón, en la penumbra.

—¡Ah, sí!

—¿Lo sabías? No puede ser.

—Sabía lo del casamiento — replicó él; — lo supe en Montevideo, por los diarios...

No dijo nada más. La niña miró a su hermano, que parecía más deseoso de soledad que de compañía. Era la siesta cálida e incitaba al sueño.

—¿Quieres dormir? ¿Sabes que ésta es la pieza más fresca? Te dejo.

Ella salió, y él se tendió sobre el sofá, recibiendo el frescor que pasaba a través de la cerrada celosía, bajo la sugestión del hermoso retrato que parecía iluminar la habitación.

Juan Manuel tenía en aquel tiempo veintiocho años. Los deportes y los viajes habían desarrollado bien su físico; pero no causaba la impresión de un hombre fuerte, porque el detalle mórbido de sus ojos tristes denotaba un temperamento sentimental, si no enfermizo.

Había hecho el viaje de regreso a su tierra con alegría, porque ansiaba suavizar, en el ambiente hospitalario de Santa Fe, las asperezas dejadas en su alma por aquellos tres años de inquietudes.

Además, él, que se creyó curado del amor, empezó a acariciar una ilusión hacia la cual se orientaba su vida.

Asistía a su nacimiento, sorprendido de no haber adivinado antes qué hondas, qué indestructibles raíces había echado en su propio corazón un sentimiento casi olvidado.

Y todo cambió en la última etapa de su viaje. Cuando el vapor fondeó en la hermosa bahía uruguaya, y su cubierta se vió inundada de muchachos que voceaban "La Nación" y "La Prensa" de Buenos Aires, el solo nombre de los diarios conmovió a Juan Manuel, que compró algunos, sin fijarse en las fechas, para leerlo todo, aún las crónicas sociales, que antes desdeñaba, interesándose por nombres, indiferentes para él, y que en tal ocasión le parecían de antiguos amigos.

Y en una de esas crónicas, trasmitida desde Santa Fe, halló la breve relación del casamiento de Evangelina Rojas con el doctor Julián Darma.

Leyóla dos veces, repitiendo el nombre de ella, que le trajo el perfume de un paisaje lejano.

Se acordó de aquella Evangelina que, años antes, le consagrara una singular y devota amistad.

¡Cuánto tiempo había pasado! Como una estrella, en su memoria cansada de los recuerdos se alzó la imagen de la dulce chiquilla, cuya gracia había de turbar su alma para siempre.

Con una precisión admirable, se le agolparon las sensaciones de los días en que llebaga a casa de mamita Rosa, siempre a la misma hora, para que Evangelina saliera a recibirle, y la besaba en la frente o en los ojos, y se sentaban juntos, en la mesa del comedor, o jugaban al ajedrez o a las damas, o simplemente permanecían callados, mientras una corriente de afectos profundos cantaba en sus almas una canción que él no comprendía.

Cuando estaba cerca de ella, sentíase sin ganas de alejarse, feliz porque veía todo a través de su inocencia y de su alegría.

Y sin embargo, cuando estaba lejos, se olvidaba de ella, entregado a sus amores de grande.

¡Oh, qué mal comprenden los grandes las almas precoces de los niños!

Cuando alguna de ellas florece antes del tiempo, en que arbitrariamente se les ha fijado la primavera, tan delicado es su perfume, que no llegan a sentirlo.

Evangelina tenía noticias, como todo el mundo, del noviazgo de Juan Manuel con Clara Rosa, aunque su amigo nunca le hablara de ella, y hasta alguna vez quiso prestarle su ayuda discreta.

Juan Manuel volvió a verla en su memoria como en los primeros días en que la conoció, con sus cabellos rebeldes cortados en melenita, las mejillas rosadas, los ojos chispeantes, la boca fresca, riendo y comunicando a los otros su risa y su alegría.

Y la vió de nuevo, en el último día, cuando ella salió a la puerta a despedirle; y aunque a los catorce años era ya una señorita, su vieja amistad se atrevió

a dejar un beso sobre aquella frente pura, en que él, ciego para todas las cosas de esa vida, no vió la nube de lo irreparable.

Recordaba que al doblar la esquina de su casa, bajo la impresión de que ella lo seguía mirando, volvió la cara y alcanzó a verla en el umbral.

Por primera vez, ella tuvo vergüenza de él y se entró, dejándole como un rastro de luz en el alma su última, indefinible sonrisa.

Y ahora, sus miradas, sus sonrisas, toda ella, aún sus pensamientos, eran de otro.

¿Como pudo ser aquello?

¿En qué circunstancias se había hecho la boda y quién era aquel Julián Darma?

Sintió un agudo dolor en la carne.

Comenzaba a sospechar que a fuerza de vivir consigo mismo, acabaría por no conocerse.

Había errado su senda y ahora lo veía; en su inconsciente egoísmo creyó que podía a su gusto beber en todas las corrientes, porque ella sería siempre la fuente sellada que guardaría su agua pura y fresca para cuando su corazón sediento la deseara.

Como en un libro abierto, leyó su destino. El desaliento que se abatió sobre el enjambre de misteriosas ilusiones, que durante el viaje venía incubando, hízole comprender que de todas las semillas que vientos diversos sembraran en su corazón, sólo una había arraigado.

¡Y era su amor! Su amor que había pasado del alma de ella a la de él, sin que él lo supiera; su amor tranquilo y fuerte, mezcla perfecta de ideal y realidad, que germinaba oculto a los ojos de todos, cuando podía haber crecido a la luz del sol, como un gran ár-

bol a cuya sombra se ampararía su vida, y que ahora debía esconder hasta de sus propios ojos.

Y esa última noche de viaje, muy tarde, mirando desde su camarote, por el ojo de buey, las olas del río de la Plata, que se abrían en lejanas madejas de luz bajo los rayos de la luna, se durmió con un nuevo pensamiento:

—¿Y ella? ¿Habría errado también su senda?

VI

No bien se supo la llegada de Juan Manuel, mamita Rosa, arrastrando sus años, fué a saludarle. No rezaban con ella las reglas sociales, pero amaba al joven como si fuera su nieto, y hacía tiempo que lo aguardaba con una gran impaciencia.

Juan Manuel experimentó un escalofrío cuando anunciaron su visita, porque se le agolparon recuerdos que lo hacían sufrir.

Apenas había cambiado nada en el traje, ni siquiera en el físico de la anciana. Igual era el corte del gran chal negro que llevaba sobre los hombros, igual la toca de gasa, coquetamente prendida sobre los cabellos blancos, más ralos tal vez, pero peinados de idéntica manera.

Había en la mirada profunda de sus ojos una niebla de angustia, y cuando hablaba, sus manos un poco trémulas hacían un ademán medroso, como si la persiguieran peligros que ella sola veía.

Cuando se fué. Juan Manuel subió a su cuarto para ocultar la impresión y la extrañeza que la anciana le causó. Ella, que era informadora prolija de cualquier suceso, y que hallaba manera de juzgarlos sin lastimar a las personas, apenas le había hablado de la familia,

y ni una palabra de Evangelina, cuyo nombre esperaba oir el joven a cada rato, con un estremecimiento en la carne.

Desde la ventana de su cuarto, que estaba en el tercer piso, divisábanse las elegantes agujas del chalet de Darma.

Algunas golondrinas rayaban el cielo a su alrededor

¡Qué inexplicable cosa resultaba la vida!

¿Veían algo ellas de lo que él no veía?

Sintió que llamaban a su puerta; cerró la ventana por donde entraba el sol, caldeando la pieza, y fué a abrir.

Era Delfina que tenía un asunto serio que tratar con él. Juan Manuel miróla cuando ella le habló de un "asunto serio", pareciéndole imposible que nada verdaderamente serio pudiera albergarse en aquella cabeza encantadora.

Ella se rió, al explicarle él su desconfianza.

—Y, sin embargo, es muy serio. Se trata de un negocio de muchos miles de pesos.

Sentáronse los dos en un diván, a los pies de la cama, y ella posando sobre la cara de Juan Manuel, que estudiaba cada rasgo de su fisonomía, su mirada tranquila, comenzó a hablarle:

—¿Conoces a don Pedro Rojas?

—Sí, — contestó él, que vió acercarse la conversación temida.

Pero no fué así.

—Le debía a tu padre, — continuó ella, — cincuenta mil pesos.

—¿Tantos?

—Sí; los negocios de ese hombre deben andar mal. Hoy ha venido a anunciarme que no podrá pagarnos. Cuando le dije que habías llegado, pareció hallar una solución y yo lo creí así. Quiere vender su estancia.

Tiene encima una hipoteca respetable, y con cien mil pesos más, según me dijo, nos adueñaríamos de ella.

—¿Y qué haríamos con la estancia?

—¡Hombre! cuando cortaste tus estudios de derecho, ¿no le dijiste a tu padre que te harías estanciero?

Juan Manuel recordó que era verdad. Hubo un tiempo en que aburrido de la vida mundana, concibió el pensamiento de huir al campo.

Pero su vocación de estanciero se mantuvo mientras duraron los desdenes de Clara Rosa, y se esfumó con sus primeras sonrisas.

Ahora, que se anunciaban otras angustias, ¿por qué no buscar la calma en la vida campesina? A lo menos debía visitar la estancia, para conocer los sitios en que había corrido la niñez de su amiguita de antaño, y donde muchas cosas evocarían su silueta infantil.

—Tu padre, — prosiguió Delfina — decía que yo tenía ojo para el negocio; yo, pues, te digo que ése es un negocio. Compraremos a cien pesos la hectárea alfalfada, y a cincuenta la de pastoreo.

—¿Y habrá dinero para pagarlo?

—¿No conoces los asuntos de tu padre?

Juan Manuel sacudió la cabeza. Nunca se había preocupado de ello.

—Bueno; Juan Manuel, somos ricos. Tú solo, podrías comprar dos estancias como la de don Pedro Rojas.

Juan Manuel se levantó para acompañar a su madrastra que salía.

—Esta noche vendrá por la contestación; ¿qué le dirás?

El joven vaciló.

—Lo que quieras, — dijo al fin.

—¡Que sí! — contestó ella, — ¡que sí! Verás qué fibra de estanciero tienes, Juan Manuel.

Se fué, y Juan Manuel se quedó pensando en ella. ¿Que podía interesarle en aquel negocio? Siempre la había creído incapaz de resoluciones graves; y ahora veíala empeñada en propósitos que plegaban la voluntad de él, caprichosa y ondulante, a la voluntad de ella, definida, pero incomprensible.

Cuando esa noche vino don Pedro Rojas, volvió a recelar que la conversación se despeñase por las alusiones que deseaba y que temía. Tenía ansias de saber de Evangelina; mas parecíale que todos los ojos iban a leer su pensamiento. Pero nadie dijo de ella una palabra.

¿Qué era lo que la había alejado así de los suyos?

Limitáronse a discutir el negocio. Después, cuando hubieron convenido en que Juan Manuel iría a ver el campo con don Pedro, éste comenzó a hablar de política, que en aquellos días, los últimos del gobierno de Crespo, preocupaba hasta a los menos aficionados.

—Y usté, ¿qué piensa de todo esto?

—Yo, ¡nada! — contestó el joven con aire de aburrimiento. — Yo nunca he actuado en política; me descorazona de antemano la pobreza de ideales de casi todos los políticos. ¿Qué quieren? ¿Qué persiguen?

—¡El gobierno, caramba! — contestó Rojas.

—¿Y para qué?

—Para mandar; para tener el sartén por el mango.

—¡Gran cosa! Me explico esa ambición cuando un hombre tiene ideas y mira el gobierno como un medio de realizarlas. Pero subir sin ideas, para tener el sartén por el mango, y puestos que dar a los amigos, y gozar de la pueril vanidad de pasearse en el automóvil colorado del gobernador, para que la gente lo mire y unos saluden sacándose el sombrero, y otros se encojan de hombros y se rían ¿no le parece estúpido, don Pedro?

Don Pedro se mordió el bigote. ¿Qué vibora lo ha-

bía picado a Juan Manuel, para que dijera tales pavadas?

Se quedó callado, pensando en que si el gobierno federal mandaba una intervención, para aclarar el bodrio santafesino, vendrían nuevas elecciones y él podría, embanderado en cualquier partido, pescarse una banca de senador, por su lejano departamento del norte.

No le preocupaba gran cosa el "para qué" formulado por su joven amigo. ¿Para qué sería él senador? La verdad es que no se le alcanzaba lo que tenía que hacer, ni lo que podría hacer. Pero eso dejábalo para más tarde.

Dos días después, al entrar la noche, cuando en las casitas campesinas comenzaban a encenderse las luces. llegaron ambos a la estancia, en un breack guiado por María Teresa, que había ido a esperarlos a la estación.

No era ya María Teresa la rústica y esquiva paisanita de años antes.

Se había marcado más su belleza personalísima y original, y causaba una impresión confusa.

Juan Manuel, sentado junto a ella en el pescante, la miraba guiar un tronco de potros, que trotaban llenando la tarde con el golpe sonoro de sus cascos. Como si aquella tarea le impusiera algún trabajo, apretaba los labios, y cada vez que hacía chasquear la fusta, se dibujaba un pliegue en su frente amplia y de un puro dibujo.

De cuando en cuando se dirigía a su compañero con una frase breve y audaz, que asombraba al joven.

—¿Somos primos, verdad? pero no nos tuteemos ahora: sería demasiado pronto, ¿no le parece?

—¡Como usted quiera! — respondió Juan Manuel, que comenzaba a tutearla, y para disculparse, pronunció por primera vez, temblándole el corazón, el nombre

de la hermana. — ¡A Evangelina yo la trataba así!

Ella se volvió rápidamente a observarlo. Sus ojos fulguraron de un modo tal, que Juan Manuel pensó si su voz lo habría traicionado.

—¿Usted la conocía? — preguntó ella, y él asintió con la cabeza.

—Y a él, al marido... ¿lo conoce?

—No lo conozco — respondió simplemente; — ¿y usted?

El profundo silencio de la vasta campiña pareció espesarse más.

Había en aquella parte del camino, que cruzaba ya los alfalfares de don Pedro, una gruesa capa de polvo en que los cascos de los caballos se estampaban sin ruido. Hacia el poniente desteñíase la barra de oro que el sol había dejado al entrarse, y se acumulaban algunas nubes tormentosas.

Hacia el este, aparecía como un globo de fiesta, una ancha luna llena y en el cielo, que la noche iba purificando con su soplo, volaban dos o tres gaviotas venidas de lejanas lagunas.

Don Pedro, amodorrado por el balanceo del coche, se espabiló.

—¿Hemos llegado? — preguntó, cogiendo el sombrero que había puesto al lado.

María Teresa se echó a reir, y Juan Manuel la miró sorprendido de su risa, que parecía fingida, y más cuando notó de nuevo en su frente el ceño denunciador de un interno digusto.

La joven volvió la cara al lado opuesto, hizo chasquear el látigo y lanzó a los caballos en una carrera innecesaria, estando tan cerca de las casas que ya se veían.

En pocos minutos llegó el tronco cubierto de sudor

ante la puerta, que clausuraba la avenida de eucaliptos. Un peón les aguardaba allí para abrirles.

Juan Manuel no se fijó en la mirada de ansiosa curiosidad que le echó encima, ni en el desdeñoso gesto con que María Teresa le pidió que se apartara para pasar.

Llegaban a los sitios en donde había corrido la infancia de Evangelina, y sus ojos buscaban en las cosas indiferentes, esfumadas por el crepúsculo, algún rasgo que evocara su figura. Nada hallaba, pero su corazón se fundía en un enternecimiento que le nublaba la vista, pensando que a la sombra de aquellos naranjos había jugado ella a los juegos, cuyos relatos sabía él de memoria. Sentía de nuevo su voz, ponderándole la abundancia de los azahares con que la primavera sahumaba el patio, y contándole cómo, en las siestas, se escapaba para irse al naranjal a armar trampas a los pajaritos.

—¡Mi primo, hemos llegado! — le dijo María Teresa, golpeándole familiarmente el brazo.

Descendieron y Juan Manuel entró en la casa escudriñando siempre para encontrar los objetos de que ella le había hablado; la mesa del comedor con su hule blanco, el gran quinqué pendiente de los tirantes del techo, la pantalla de porcelana, como la de mamita Rosa, que tenía en su guarda de bronce gruesos rubíes de vidrio, el aparador al frente, la máquina de coser junto a la ventana de la galería, y en las paredes, tres o cuatro oleografías, desteñidas por la luz, inmortalizando escenas de Rigoletto.

Todo lo reconoció, porque ella le había hablado de todo, y su palabra era expresiva y fiel para describir lo que amaba.

Al rato de llegar, sentáronse a la mesa. Como de costumbre, don Pedro comió sin alzar la cara del pla-

to, sorbiendo la sopa a grandes cucharadas sonoras; y cuando acabaron, se levantó y se fué a dormir, dejando a su hija que hiciera la tertulia al huésped.

Juan Manuel comparó aquella cena, con las de mamita Rosa. ¡Qué distintas, Dios mío!

Se acordó de Mario y preguntó por él.

—¿Mi hermanito? — contestó María Teresa con desdén; — ¡vaya una a saber el paradero de esa alhaja!

—¿No viene nunca?

—Sí; de cuando en cuando.

Se quedaron callados los dos. El silencio pensativo de Juan Manuel, acabó por llamar la atención de la joven.

—¿No le gusta el campo, primo?

—Sí, — contestó él, — pero me pone triste.

Ella pareció reflexionar un momento, y luego dijo, como hablando consigo misma:

—La tristeza en el campo es la vida del alma.

El volvió a mirarla, chocado como antes, de la expresión que daba a ciertas frases; pero desganado de hablar, no preguntó qué había querido decir.

Un rato después se levantó ella.

—Buenas noches, Juan Manuel; usted está con sueño, ¿no es cierto?

—No, estoy cansado.

—Venga conmigo; lo llevaré a su cuarto.

Salieron a la galería, donde la claridad de la luna se derramaba plácidamente, proyectando sus sombras en el piso.

En un extremo, una habitación formaba un recuadro. María Teresa entró en ella guiando a su primo.

—No hay necesidad de lámpara, — dijo mostrando la luna — y si no la enciende, no tendrá mosquitos.

Era una pieza independiente, con una cama en uno de sus ángulos, cubierta por un amplio mosquitero blan-

co. Un ropero de pinotea con espejo, y una mesa en un rincón completaban el moblaje; por la ventana una enredadera extendía hacia adentro algunos gajos floridos.

Parecióle a Juan Manuel que alguna vez, en sueños quizás, había visto aquello, cuando María Teresa le explicó:

—Este era mi cuarto y el de ella.

—¿Quién?...

—Ella... Evangelina...

—¡Ah! — contestó ansioso de que la joven se marchara para dar libertad a sus recuerdos.

María Teresa se fué y él cerró la puerta. Encendió la lámpara y corrió a buscar detrás del mosquitero un cuadrito de la Virgen, de que Evangelina le había hablado muchas veces.

¡Qué ruda evocación de aquella época, hundida ya en la eternidad!

Allí estaba el cuadrito, una deliciosa reproducción en seda tejida, de la Virgen de la Silla, de Rafael. El lo conocía sin haberlo visto. Lo descolgó, le sacudió el polvo de los años y del olvido, y lo beso, pensando que ella también lo había besado.

Lo escondió debajo de la almohada, apagó la luz y se durmió soñando, mientras la luna, la misma luna cariñosa de otro tiempo, velaba su sueño, y por la ventana abierta entraba el amargo perfume del naranjal donde ella antaño jugaba.

VII

Cuando despertó, el sol, por la ventana abierta, pintaba un gran cuadro refulgente en la pared blanqueada, y a la algarabía de los pájaros del naranjal, y al chirrido de las chicharras, mezclábase el rumor de las conversaciones.

Juan Manuel se imaginó que años antes, a esa hora y en mañanas como aquélla, la gracia de Evangelina ponía una nota más en la alegría de las cosas.

Sacudió su pereza y se levantó de prisa, como si fuese a verla; en la galería encontró a un peón que lo aguardaba. Era delgado y pálido, de bigote incipiente, de mirar dulce y arisco; vestido con cierto esmero, amplia bombacha y camisa de franela gris.

—Buen día, — dijo, tocándose apenas el sombrero.

—Buen día, — contestó Juan Manuel.

—La niña me manda a despertarlo. Dice que lo aguarda en el corral, para convidarlo con apoyo.

Su voz, al par sumisa y nerviosa, chocó a Juan Manuel.

—¿Qué niña?

El esfuerzo en la respuesta fué visible.

—¡Ella, la niña María Teresa!

Los dos se encaminaron hacia el corral.

—¿Cómo te llamas? — preguntó Juan Manuel al peón, que iba callado, como un niño triste.

—Damián, — contestó él, y no dijo más.

En el corral, quitó la tranquera y se quedó mirando con ansiedad la cara alegre de la joven, que ofreció a Juan Manuel un jarro de leche.

—Buenos días, primo; lo mandé despertar porque aquí todo el mundo madruga. Me disculpa ¿no es cierto? ¿Quiere un jarro de apoyo?

Mostraba en la plena luz los ojos leonados, que de noche parecían negros.

Ella observó que él la miraba gustoso; pero no adivinó que buscaba en sus facciones los rasgos de "la otra". En nada se parecían. La hermosura de María Teresa, no tenía aquella incomparable dulzura de la imagen que Juan Manuel guardaba en su memoria.

Mas, como la joven se quedara silenciosa y distraída, él descubrió en su frente, imperceptiblemente plegada, el ceño, el mismo ceño adorado de Evangelina, cuando algo la disgustaba. Habían pasado muchos años sobre aquel recuerdo y, sin embargo, al evocarlo, tembló.

—¿En qué piensa? — le preguntó María Teresa, tomándole el jarro vacío.

—En que es usted muy bonita — contestóle él sonriendo, — y en que no sé cómo se resigna a vivir aquí y...

—¿Y a hacer lo que hago? — continuó ella, notando su vacilación. — Me levanto a las seis, y a veces antes; ordeño tres o cuatro vacas, que no se dejan sacar la leche sino por mí; y después me voy a recorrer el campo a caballo. Si papá me pagara, yo ganaría más que el capataz. No hay día que no haga algún hallazgo: unas veces es un ternerito embichado; otras un animal muerto que debemos cuerear o un potrillo que

se enredó en el alambrado; siempre tengo algo que ordenar cuando vuelvo.

—¿Y va sola? — interrogó él.

—Sí; antes, cuando la hija del capataz vivía aquí, salíamos juntas; ahora salgo sola...

—¿Y no tiene miedo?

—No — respondió ella encogiéndose de hombros.

—Y así... ¿es feliz?

La mirada fogosa de María Teresa se posó en Juan Manuel, que aguardó su respueesta mirándola también, interesado en saber qué pasaba en aquella alma, creyendo quizás que al acercarse a ella se acercaba también a la otra, suyo desesperante enigma lo acosaba.

—¿Es feliz? — repitió él en voz baja.

Y ella le contestó en voz más baja aun como una confidencia.

—¡No!

Se quedaron callados, siguiendo cada cual su pensamiento.

Al cabo de un rato, María Teresa, que había concluído ya de ordeñar las vacas, invitó a su primo a salir a caballo.

—¿Quiere conocer el campo? Papá no lo va a acompañar; él tiene sus cosas y le gusta andar solo; ya se ha marchado. Pero yo puedo ir con usted, si le conviene.

Lo dijo con coquetería, mientras Juan Manuel, espiaba la aparición de aquel ceño que le recordaba a Evangelina.

—¿Le gusta?

—Me gusta y aceptó su compañía — contestó; — aunque yendo juntos, yo no veré el campo, por verla a usted.

Ella hizo un mohín, y respondió en forma que no

oyera Damián, que desde la tranquera, los devoraba con los ojos.

—¡No perderá nada! ¡Yo soy mejor que el campo!

La pasión de Damián era como una llaga que le roía el corazón y que el tiempo agrandaba. Hacía poco que había vuelto a la estancia, pues cuatro años antes, don Pedro, a quien su presencia estorbaba para cierta conquista, lo echó prohibiéndole acercarse a las casas.

Damián se fué, resignado y taciturno. Era invierno y el monte inhospitalario, aparecía blanco de escarcha todas las mañanas; y sin embargo, allí vivió meses enteros vagando como una sombra por entre los árboles escuetos. Su madre le llevaba todas las noches algo de comer, y lo conjuraba a que huyese de allí, porque se iba a morir; y él se negaba con extraña terquedad.

No quería irse por no alejarse de la niña; y aguantaba su miseria, como si fuera una dicha, porque de cuando en cuando, en los días serenos, solía verla pasar. Cuando oía el rumor de un galope, se aproximaba al camino para espiar, y su premio consistía en que fuera ella, para saludarla, y seguir mirándola, hasta que se perdía entre nubes de polvo, en las revueltas del camino.

¡De qué bajezas y de qué sacrificios no habría sido capaz su alma hipnotizada!

Un día, ella sofrenó su caballo, y lo llamó.

—¡Damián! no quiero verte más por estos lugares. Si te echaron de la estancia, te has debido ir lejos.

—¡Niña María Teresa!

—¿Siempre me querés?

—Usté lo está viendo.

—Entonces, si es así, te vas a ir inmediatamente.

—¿A dónde?

—Adonde no te vea más...

Vaciló un momento, y luego añadió, blanca de ira,

inclinando la cabeza hasta la oreja del mozo:

—¿Sabes? ¡te aborrezco! vos me lo trajistes; y por vos he llegado a ser lo que soy.

Damián agachó la frente, y se acordó de las noches en que él mismo condujo a Darma hasta la ventana de ella; y otra vez lo mordieron los celos, como la mañana en que la vió desesperada, y comprendió por sus ojos esquivos, cuál era su desgracia.

Se quedó en medio del camino, temblando de dolor, y sintiendo que no volvería a ver más aquella única luz de su vida.

Ese día se fué, y durante años nadie supo nada de su suerte.

Su madre murió en la estancia, llena de rencores contra los amos que así maltrataron a su hijo. Su padre, que seguía de capataz, miró las cosas de otra manera. El muchacho era grande, y lejos de aquella mujer que lo tenía hechizado, sabría ganarse la vida y sería feliz.

Lucila había llegado a ser una de las muchachas bonitas de aquellos pagos, y la peonada andaba perdida por ella. Pero, de la noche a la mañana, se alzó y nadie supo con quién se fué. Don Prócoro sospechó que allí andaba la mano de Mario, el hijo de don Pedro. Lo cierto es que la joven pasó tres largos años ausente, y cuando volvió a la casa, donde su padre la aguardaba siempre, no era ni su sombra.

Don Prócoro, se consoló pensando que así no se la codiciaría nadie y la tendría siempre a su lado; y no le pidió nunca explicaciones de aquella época de su vida.

A Damián lo llevó su fortuna a los obrajes de quebracho. Pero aún no estaba suficientemente lejos; dos o tres veces le dieron noticias, supo la muerte de su madre, y la fuga de su hermana.

Quiso alejarse más de la tierra en que había dejado sus sueños de niño, y fué a dar de peón en los yerbales paraguayos.

Los tiempos que pasó en la imponderable esclavitud de la selva, no hicieron más que exasperar su locura; y pronto sintió ganas de volver a la estancia, pero se encontró atado por la contrata.

En las noches del bosque, tendido bajo su carpa, al lado de los compañeros, que dormían quebrantados, velaba él, contemplando por la abertura de la lona las trémulas estrellas en la azulada profundidad.

¿Qué sería de ella, de la criatura orgullosa y cruel, por quien su vida se convirtió en una perenne tortura?

Un día logró escaparse. Lo persiguieron a tiros, y no lo mataron, porque debía ser otro su destino.

Internado en el Chaco, vagó de obraje en obraje. acercándose poco a poco a la estancia, y por fin se animó a llegar a ella.

Don Pedro lo admitió, y aquello fué la paga de su largo martirio. María Teresa aún no era de nadie, y en adelante podría verla a todas horas, y en las noches sin sueño, no tendría ya por qué mirar las lejanas estrellas. Desde el rincón de la cocina, donde dormía sobre un apero. divisaba la ventana de su cuarto.

Una noche sintió que alguien le hablaba al oído.

—¡Damián! ¡Damián!

Se incorporó. Afuera la luna bañaba con su claridad melancólica la arboleda oscura, las casas blancas. Hacía frío, y los perros dormían acurrucados, sobre la ceniza de un horno. Agachada junto a él, estaba María Teresa.

—¡Niña María Teresa! — exclamó con el corazón palpitante.

—¡Damián! — contestóle ella, poniéndole una mano sobre el hombro — hoy en Santa Fe, se ha casado mi

hermana. ¿Sabes con quién? ¡Con él! ¡Con Darma!

Hablaba en voz muy baja, pero con tal expresión, que Damián sintió abrasarle las entrañas una llamarada de cólera. ¿Cómo podía haber hombres que así la despreciaran?

—¡Niña María Teresa! — volvió a clamar, tomándole la mano, que temblaba entre las suyas.

—¿Me querés siempre?

—Siempre.

—¿Te matarías por mí?

—¡Oh, niña! Por usted me fuí a los yerbales y eso es peor que matarse.

Ella libertó su mano, y le acarició la frente como a un niño. El pensó morir de dicha; no pudo hablar, ni ella dijo más. Se fué como una sombra, dejándolo más hechizado que nunca, e inflamado en su propia locura vengativa.

Así pasó algún tiempo. Ella parecía la misma de antes, voluntariosa, apasionada, ruidosamente alegre, cuando no taciturna y soñadora.

Ni don Pedro, ni Mario podían saber nada de lo que en ella ocurría. Sólo don Prócoro, a quien su mujer le revelara algo de los amores de la niña con Darma, sospechó que el antiguo capricho había sido una gran pasión. Pero como nadie le pedía informes, ni nadie los necesitaba, el viejo capataz guardó su secreto.

A los meses, cuando se anunció la venida de Juan Manuel, Damián tuvo miedo de que aquel hombre de otra casta se enamorase de María Teresa y se la llevara para siempre. Y cuando lo vió llegar al lado de ella, creyó que su desgracia era cierta.

En eso pensaba al otro día, cuando desde la tranquera del corral los siguió con mirada recelosa, hasta que montaron y se lanzaron al galope, a través del campo.

—¡Hija de tigre, overa ha de ser!—dijo don Pró-

coro, que se había acercado sin ruido, y los vió partir.

—¿Por qué lo dice, tata? — interrogó apenado Damián.

—¡Ya encontró el hombre que le hacía falta!

Damián miró la cara de su padre, seca e indiferente, y comprendió que pensaba mal de la joven. No contestó nada, esperó que él se fuera a su quehacer, para irse también al suyo, que era el de siempre, al pie del mismo árbol; y aunque parecía absorto en lo que sus manos hacían, sus ojos espiaban el camino del monte.

Juan Manuel galopaba a la derecha de su prima, quien le iba explicando las cualidades de las tierras.

—¡Aquí es bueno para el alfalfa; tiene el agua a cinco metros! — y señalaba un potrero, que algunos peones comenzaban a desmontar.

Pero, al cabo de un rato, como él apenas hablaba, quedóse en silencio, con una burlona sonrisa en los labios.

—Dígame, primo, — le dijo luego — ¿usted es siempre así?

Juan Manuel pareció despertar de un sueño.

—¿Cómo?

—¿Son tan tristes las gentes de la ciudad? Yo creía que sólo en el campo había tristezas.

Juan Manuel, temeroso de que se le conociera su secreto, explicó que, en verdad, se hallaba algo abatido.

Dejaron el camino carretero, y ella tomó por una picada recién abierta en el monte. No podían andar juntos, y como Juan Manuel seguía a la joven, se puso a contemplarla a su sabor.

Montaba admirablemente, y la línea armoniosa de su cuerpo se dibujaba con extraordinaria elegancia, sobre el caballo nervioso. De trecho en trecho volvía el rostro para espiar a su compañero y éste, a pesar

suyo, sentíase deslumbrado por aquellos ojos ardientes, y aquella risa atrevida en que relampagueaba la fina hilera de los dientes blanquísimos.

Cuando regresaron, a eso del mediodía, parecían dos antiguos camaradas.

Don Pedro, no había vuelto, ni se sabía nada de Mario, que hacía una semana faltaba; Juan Manuel se extrañaba de aquella ausencia; María Teresa se la explicó:

—De tal palo, tal astilla. Es la costumbre en casa.

Almorzaron solos, frente a frente, en aquel comedor en que a cada instante Juan Manuel encontraba detalles evocadores de la silueta infantil de Evangelina.

Había ido allí ansioso de aclarar el misterio que envolvía la existencia actual de Evangelina; ¡pero ni una sola alusión a ella en las palabras de la hermana! Hubiera querido nombrarla, para provocar alguna explicación, mas temía traicionarse.

Don Pedro llegó al anochecer; se disculpó con su huésped, por haberlo desatendido; le hizo dos o tres preguntas acerca de sus impresiones sobre el campo, y lo dejó solo de nuevo, en la galería, que empezaba a ennegrecerse bajo la noche.

A Juan Manuel no le disgustó la soledad, y para que nadie le hiciera compañía, abandonó las casas, y se fué caminando despacio, hacia el alfalfar, que a aquella hora tenía una poderosa sugestión.

Las vacas, saliendo del corral desfilaban hacia el monte, por el camino que blanqueaba como una cinta. Sobre la pradera florecida y fragante, dilatábase el alma de la noche. En el oriente la sombra se espesaba; pero en el occidente, una llamarada roja señalaba el sitio donde el sol se había hundido.

Una voz sacó a Juan Manuel de sus pensamientos.

—¡Buenas tardes, niño!

Se volvió: era el capataz.

—Buenas tardes, don Prócoro.

—Me han dicho que le gustan las cosas del campo, y vengo a proponerle una diversión para mañana, si hace buen tiempo.

—¿Qué diversión, mi amigo

—¿Le gustaría segar alfa con la máquina?

Juan Manuel respondió que sí, por no descontentarlo.

Luego don Prócoro mismo, dijo, escudriñando el cielo:

—Me parece que no va a ser mañana: hay señales de tormenta.

—Pues será cuando Dios quiera, — replicó Juan Manuel; y se volvió a las casas.

Más tarde lo llamaron a cenar, y como estuvieran reunidos todos, don Pedro, María Teresa y Mario, dejó que la conversación rodara entre ellos, vulgar y descolorida.

Al concluir, don Pedro y Mario salieron; hicieron una mueca ante el tiempo que se descomponía, pero se marcharon a caballo, cada cual por su parte; y Juan Manuel volvió a quedarse solo, en la galería profundamente obscura, porque una racha de viento había apagado el reverbero.

Un poco después vino María Teresa, arrimó una silla y se sentó a su lado.

Veía lucir sus ojos, y percibía en su voz un timbre de sincera emoción.

—Primo, usted se parece a mí.

—¿En qué puedo parecerme yo a una muchacha bonita? ¡Sería una fortuna!

—Se parece a mí, en lo que no es fortuna para nadie; a usted le gusta quedarse solo, ¿no es cierto?

—A veces.

—Le gusta estar triste, y cuando tiene motivos pa-

ra estar alegre, se encuentra como desorientado; ¿no es cierto?

Juan Manuel sorprendido preguntó:

—¿De veras es así, amiga de la soledad y enemiga de las cosas alegres?

—¿Le parece extraño? En el campo las gentes son simples, y yo resulto complicada. No es mi culpa; yo también sería sencilla, porque en la sencillez está el descanso y la dicha...

—No la comprendo, — murmuró él.

—¡No importa! — contestó amargamente la muchacha, retirándose; — no quería hacerle ninguna confidencia. Usted sólo tiene pensamientos para usted .

—No crea: pienso mucho en usted, porque la encuentro extraordinaria en todo; en lo hermosa, en lo inteligente, en lo rara...

—¡Qué elogio!

—¡Es que ésa es la verdad! No somos amigos; pero yo necesitaría su amistad y su afecto.

—¿Qué haría con esas dos cosas? — preguntó ella burlonamente.

—Me confiaría todo a usted, — contestó Juan Manuel, ansioso de hablar de lo que rebosaba en su alma.

Ella se echó a reir, y él pensó que se burlaba de su sentimentalismo; pero ella habló y volvió a vibrar en su voz el timbre de sinceridad y de pasión.

—Yo también necesito un amigo.

Y añadió luego, con tono distinto, como si cambiara de tema:

—¿Conoce usted a Darma, el marido de Evangelina?

El, que deseaba hacer la misma pregunta, quedóse sorprendido de que sus dos pensamientos se hubieran encontrado.

—¡No! Y usted, María Teresa, ¿lo conoce?

—Tampoco, y eso no es raro en mí — contestó ella bruscamente. — Yo soy una campesina; pero en usted, un hombre de la ciudad, es imperdonable no conocer a las gentes.

—¿No lo ha visto nunca? — insistió Juan Manuel.

María Teresa se levantó de la silla.

—Tendremos tormenta. Oiga las gaviotas que vuelan entre las nubes. ¿Le gustaría ir al naranjal a esta hora?

El joven le contestó que no le parecía oportuno el tiempo para tal paseo.

—Tiene razón; no lo invito por que se va a resfriar.

Y se alejó, batidas las ropas por el viento, y se perdió entre la arboleda tenebrosa.

—¡Qué original! — pensó Juan Manuel.

En el cielo rodaba ya la tormenta. Los relámpagos brillaban encima de las casas, y pronto empezaron a caer gruesas gotas tibias y como si fuera el aliento de la campiña, se difundió el olor de la tierra mojada.

Juan Manuel, que aguardaba en la galería, sintió de pronto que alguien andaba por allí.

Mantúvose inmóvil, conteniendo el resuello. Hubo como un entreacto en la tormenta. Cesó la escasa lluvia, pero de súbito arreció el viento, y el trueno se dilató hacia los confines de la selva.

Intranquilo por su prima, Juan Manuel bajó al patio y corrió al naranjal, sin poder librarse de la impresión de que alguien le acechaba; y en el momento en que llegaba a los primeros árboles, oyó un tiro, y una bala pasó rozándole la cabeza.

—¡María Teresa!—gritó.

Una luz vivísima iluminó el bosque entero, y un trueno espantoso lo hizo vibrar como una caja sonora. Oyó el alarido de terror de su prima, y a la luz del rayo, caído sobre uno de los eucaliptos de la ave-

nida, alcanzó a verla a dos pasos de él, con la pálida mueca del miedo.

La tomó en brazos, y la llevó hasta las casa, y la depositó como un cuerpo muerto sobre una hamaca de la galería.

Ella tardó un rato en tranquilizarse. El fragor de la tormenta le apagaba la voz.

—Juan Manuel, ¿por qué me dejó ir sola? Encienda luz ¿quiere?... Tengo miedo.

Juan Manuel la llevó a su propio cuarto; y encendió la lámpara. Las hermosas facciones pálidas contrastaban con los ojos fulgurantes.

—¡Qué raro, Juan Manuel! he tenido miedo, yo, que no sabía lo que era tener miedo ni a la noche, ni a las tormentas, ni a los hombres, ni siquiera a las almas en pena.

—¿Pero, usted oyó? — preguntó Juan Manuel, que aún tenía que esforzarse para mostrarse calmado.

—¿El trueno? ¡qué horror!

—No, ¡el tiro!

—¿El tiro?

—Sí, han disparado sobre mí.

—¡No es posible!

—Sí, María Teresa, yo no soy visionario; he sentido pasar la bala quemándome la sien.

María Teresa quedó pensativa, y una sonrisa imperceptible y maligna serpenteó en su boca.

—No lo creo, — dijo riendo, serena ya del todo;— usted ha soñado; el susto le ha hecho ver esas cosas.

Juan Manuel no insistió. Se quedaron callados sin mirarse; él sentíase mortificado por la presencia de aquella extraña criatura en su cuarto, a aquella hora; y los pensamientos se le confundían. Afuera, calmada la borrasca, comenzó a llover con fuerza. María Teresa se levantó:

Su semblante estaba ya limpio de la huella del terror. Sonreía como siempre, y con voz afectuosa dió las buenas noches.

—Buenas noches — contestó Juan Manuel, acompañándola. — ¿No tendrá miedo?

Ella sacudió la cabeza.

Se fué, y Juan Manuel cerró la puerta y echó la llave, sintiendo que, en vez de aclararse, se condensaba más el misterio que parecía pesar sobre aquella casa

VIII

Durante tres días un temporal envolvió la región.

Los peones de la estancia, en rueda ante el fogón de la humosa cocina, pasaban las horas tomando mate y contando cuentos.

El primer día, don Pedro y Mario se quedaron en la casa. Juan Manuel pudo observar debajo de la corteza y modales rústicos de Rojas, un espíritu vivaz, que se manifestaba en lenguaje pintoresco y certero.

Mario también se mostró ingenioso. Extraordinariamente desenfadado, refería historietas subidas de color, que su padre festejaba con sonrisitas maliciosas, medio perdidas entre el poblado bigote.

Al segundo día, ya no pudieron soportar la compañía de aquel hombre aburrido o triste, que los dejaba hablar pensando en la luna; y como el tiempo no manifestara deseos de componerse, se marchó cada cual por su rumbo, con el mismo pretexto de ir a recorrer el campo.

Juan Manuel quedó solo con su prima, y eso le agradó, porque empezaba a gustar de ella.

María Teresa sentábase a su lado, y permanecía quieta, mirando el patio inundado y el monte envuelto

en nieblas, puesto el pensamiento en confines que él no divisaba.

Habría deseado entrar en la intimidad de su alma. Acercándose a ella, antojábasele que iba a satisfacer algunos de sus propios anhelos.

Había dejado de pensar en el extraordinario suceso de la noche de la tormenta, y ella tampoco parecía recordarlo. Hablaban de otros asuntos; el joven pedíale detalles de su infancia, por oir en otros labios el nombre que él no pronunciaba sin temblar. Pero rara, rarísima vez lo oyó.

Sospechaba que el recuerdo de la hija menor no estaba desterrado de la casa, y que si se la nombraba poco, era porque se la recordaba demasiado.

Algunas veces llegaba Damián emponchado, se aproximaba hoscamente, y daba su mensaje: "Manda a decir mi tata..."

Juan Manuel veía estremecerse los labios del paisano, cuando María Teresa lo hablaba. Luego se iba como una sombra.

Una vez pasó por el patio, estando solo Juan Manuel. Ocurriósele a éste interrogarle, para aclarar aquellos turbios sucesos que le intrigaban.

Tomó el sombrero y se cubrió con su poncho, y fué trás él.

—¡Damián, Damián!

Ni siquiera volvió la cara, aunque sin duda le oyó; y como si tuviera recelos de encontrarle, no fué hacia la cocina, donde se congregaban los peones, sino hacia el monte, donde a esa hora nada tenía qué hacer. Juan Manuel lo siguió. Un vapor blanquecino envolvía los árboles como una batista. De cada rama que tocaba caía sobre él un chaparrón de gotas, más frías que las de la garúa.

—¡Damián, Damián! — gritó de nuevo. Pero el mo-

zo no parecía oirle y Juan Manuel tuvo miedo, un vago miedo de penetrar en el bosque solitario.

Volvió a las casas y encontró a María Teresa encendiendo el farol de la galería. Ella advirtió su disgusto acercándole a la cara la llama de un fósforo, y se puso a reir.

—El mal tiempo lo echa a perder, primo.

—¿Por qué? — preguntó él sacudiendo el poncho mojado.

—Los días de lluvia lo aburren.

—¡No! A su lado no me aburre nada.

Cambió ella de modo, y dijo con el tono íntimo, que revelaba otra persona de la que exteriormente parecía:

—A mí los días de lluvia me gustan. El mal tiempo es el amigo de las almas solitarias.

—¿Y usted es un "alma solitaria"?

Ella no le contestó, como si no le hubiera oído, y se alejó del farol, cuya luz le daba en la cara; y él halló en su perfil dulficado por la sombra una evocación tan intensa de "la otra", que estuvo a punto de llamarla por el nombre que nunca pronunciaba.

Se dominó y le dijo:

—Usted no es mi amiga, porque me esconde su corazón y su pensamiento.

Siguió ella silenciosa, mirando hacia el campo, donde las tintas de la noche tenían una extrema negrura; no insistió en hablar. Siempre les pasaba así; callaban los dos como si estuvieran de acuerdo, cada vez que las cosas íntimas asomaban a sus labios.

Al rato, Lucila, desde el comedor, anunció que la mesa estaba puesta.

María Teresa levantóse primero que él y buscó su mano y, como a un ciego, lo guió al comedor, sin decirle nada; y él se dejó llevar, experimentando una

impresión dulcísima en el halago de aquella mano fuerte, y sintiendo que una ola de sensaciones nuevas batía su alma.

¿Por qué empeñarse en bogar contra la corriente? ¿por qué no bajar de la cumbre de sus sueños imposibles a las realidades sencillas? Si su corazón insaciado temblaba junto a la hermosa joven, ¿no era señal de que si él lo dejaba, se iría en pos de ella, como se había ido en pos de la otra?

Una mañana temprano lo despertó don Prócoro por la ventana abierta.

Saltó de la cama, arrojando su pereza como un harapo.

El cielo estaba limpio y el campo oreado por un pampero que soplara todo el día anterior.

—Niño — le dijo el capataz con afecto, como si lo hubiera visto crecer. — ¿No quiere cortale el pelo a la chacra?

Se habían hecho amigos, porque el joven, indeciso acerca de si compraba o no la estancia, había ido con frecuencia a la cocina de los peones a charlar con ellos, a mirar las cosas con su criterio y con sus ojos, quizás esquivando la compañía de su prima, para ahuyentar el pensamiento que le asediaba.

—Hay un cuadrado de alfalfa a punto de florecer — explicó don Prócoro, — y es hora de hacer las parvas del verano. Acabo de mandar a un peón con una segadora a cortarlo. En el galpón queda otra, y he pensado que para usted sería una diversión.

Juan Manuel se vistió, salió afuera, y vió en el alfalfar, jaspeado por las flores, que se abrían como apiñadas violetas, en marcha ya, una máquina cortadora, tirada por dos guapos caballitos criollos.

Aceptó con gozo, y él mismo ayudó a atar la otra

segadora, y sentado en la silleta de hierro, echó a andar.

Junto al corral se detuvo a beber un jarro de leche, que le alcanzó María Teresa; y cuando marchó de nuevo, llevaba la impresión de su risa sonora, y de sus ojos penetrantes, que leían las dudas de su alma.

Castigó los caballos y entró impetuoso en el alfalfar, prestando apenas atención a las sabias enseñanzas de don Prócoro. Éste lo seguía a pie.

—¡Más alta esa cuchilla! ¡Aura abájela! ¡A fondo esa palanca! Dele un guascazo al malacara, que se está haciendo rogar; ¡eso es!...

Se paraba un momento a tomar resuello, y exclamaba, llenándose la mano con flores arrancadas al pasar:

—¡Vaya con la alfalfita fragante! ¡Tierna como una ensalada! ¡Le dan al cristiano ganas de volverse yeguarizo para pegarle unos cuantos mordiscones!

Juan Manuel marchaba en línea recta; la cuchilla abría una calle entre los tallos frescos, y él encontraba en eso un placer extraordinario.

Los chasquidos del látigo que manejaba don Prócoro, su voz animadora, los gritos del otro segador, el ruido de las cuchillas, semejante a un zumbido de abejas, el aire, el sol, la alegre mañana, la salud que lo envolvía y lo penetraba como el perfume de la hierba florida, todo lo embriagó, disolviendo hasta la hez de sus hastíos y de sus vacilaciones.

Aquella debía ser su vida, si quería librarse de la jauría de tristezas que a ciertas horas lo hostigaba...

Hacia las once de la mañana, sudoroso y hambriento, obedeció a don Prócoro.

—¡Ya basta, niño! — le gritó el paisano, guarecido a la sombra de una gran parva de heno, a orillas del alambrado.

Juan Manuel abandonó la máquina y fué a sentarse al lado de don Prócoro:

—¡Nunca lo creyera tan guapo!

La pradera parecía temblar al sol, con la vibración de enjambres de maripositas, y a ratos, atusando el alfalfar ondulante, llegaba una ráfaga a orear la frente de los dos hombres cansados.

Juan Manuel hallaba el paisaje trocado. En el cielo desteñido, abandonado por los pájaros que a esa hora buscaban los sitios umbrosos; en la tierra feraz, que sin apuros cumplía su misteriosa misión; en los animales, que se adormecían en un bien ganado reposo, en todo se difundía una inmensa paz.

¿Por qué buscaba el torbellino del mundo, donde sufría? ¿Por qué no se quedaba allí, hermano de las cosas simples, y dejaba correr su vida como un río tranquilo?

La imagen de María Teresa le vino a la memoria.

Pensó que debía comprar el campo y casarse con ella.

Don Prócoro, que le sonreía con malicia, le dijo:

—Está pensativo, niño.

Juan Manuel buscó en la enjuta figura del paisano la intención de sus palabras.

—Y apostaría que son amores lo que lo hace pensar.

El joven se puso a reir y don Prócoro explicó:

—Es una desgracia que tengo, niño; yo sé leer los pensamientos; me basta ver a un hombre callado, para saber qué cavila.

—¿Qué pienso yo, don Prócoro?

—A su edad sólo el amor preocupa al hombre; y en eso usted anda tramando algo en contra suya.

—¿Qué cosa?

—Quizá se ofenda si se lo digo...

—No, no; diga, ¿qué cree de mí?

—Me a va tachar de entrometido... pero ya que me lo pide... Usté piensa casarse con la niña María Teresa...

Juan Manuel se mordió los labios. ¿Cómo podía saberlo? Se levantó para irse; pero don Prócoro no se alteró y quiso decírselo todo:

—Y ya que me ha hecho hablar contra mi voluntad, óigame hasta el fin; yo le daría un consejo.

—¿Y es?

—Que no se case.

—¿Por qué?

—Bástele mi consejo, niño. No quiera averiguar más.

Juan Manuel sintió que de nuevo palpaba el misterio que envolvía la vida de su prima.

—Don Prócoro, es cierto; pensaba casarme con ella; pero ¿por qué me dice que no lo haga?

El viejo se quedó en silencio, dibujando marcas en el suelo, con la punta de su cuchillo; sacó después su guayaca y se puso a liar un cigarro.

—¿Por qué? — repitió el joven.

Don Prócoro llamó a uno de los perros que dormitaba en el alfalfar, y el animal acudió entre halagado y medroso.

El capataz le cogió la cabeza con sus manos duras, y le preguntó, mirándolo fijamente:

—¿Comerías vos, que sos perro, una achura revolcada por otro perro? ¿no es cierto que no?

Y diciendo esto apretó tan fuerte las manos, que el animal lanzó un aullido y se escapó sacudiendo las largas orejas.

Esa noche, a altas horas, no pudiendo dormir, Juan Manuel, salió a la galería, y sentóse en la hamaca a aguardar el sueño.

Todo estaba silencioso. Sólo en la arboleda bañada por la luna, se oía un rumor apacible de frondas y

en la galería chirriaba un grillo; más aquel cri-cri estridente era tan tenaz, que el oído concluía por acostumbrarse y no sentirlo.

Callóse el grillo, turbado por un ruido insólito, y Juan Manuel se estremeció lleno de un miedo indefinible: había oído abrirse la puerta del cuarto de María Teresa.

Volvióse para ver qué era, cuando ya ella estaba a su lado.

Vestía de blanco, y en la penumbra fosforecían sus ojos.

Ella le habló:

—Juan Manuel, usted me va a creer loca por lo que le voy a decir.

El no contestó; le tomó las manos y sintió que temblaban.

—Y tendrá razón: en esta casa se enloquecen todos; vea la triste locura de mi padre; vea a mi hermano, lo mismo que él; vea a ese pobre Damián, que es una sombra que marcha; está loco, y es el amor lo que lo ha puesto así: ¡el amor y los celos! ¡Si usted supiera lo que ese hombre sufre creyendo lo que en la estancia creen todos, que usted es mi novio...!

—¿Y por qué no habría de ser cierto? — le preguntó él dulcemente.

—¡No, no! todavía no estoy loca; necesito mi cordura para lo que ha de venir.

—¿Lo que ha de venir?

—Sí, Juan Manuel. Váyase de esta casa. Usted se está enamorando de mí, y así comienzan todos...

—¿Yo?

—Sí, ¿quiere serme franco? ¿No es verdad que ayer y hoy usted ha pensado en mí? ¡Oh! lo sé! Yo soy fatal; tengo algo que enloquece a los hombres, y debe ser mi propia locura..

—¡María Teresa, María Teresa! — clamó él, sintiendo que su propio pensamiento vacilaba como una llama en el viento.

Enmudeció la joven, y él se quedó mirando cómo le brillaban en la noche los ojos trágicos. Tornó el grillo a su sempiterno cri-cri; pero calló de nuevo, porque ella volvió a hablar siguiendo su idea:

—¡Y sin embargo "él" no se enloqueció!

El joven no comprendía.

—Usted tiene fiebre — le dijo, — está temblando...

—¡No, no! soy siempre así. ¡He temblado en esta galería por tantas cosas! Cuando hay luna, y es la noche como ésta, tengo que salir a buscar mis recuerdos.

—¡María Teresa! — repitió él, angustiado, creyendo que efectivamente estaba enloqueciéndose.

—¡Váyase, Juan Manuel! No piense en mí; yo tengo dueño. — Pegó la boca a su oído para confiarle un secreto, y le dijo: — ¿Sabe? es el más humilde de la casa, y yo seré de él cuando llegue la hora, y seré de él como un premio de lo que él hará por mí...

Y se fué silenciosa, como había venido, ante los ojos atónitos del joven.

—Está loca, — pensó, y se encerró en su cuarto.

¡Cómo había podido equivocarse y creer que llegaría a amar a otra, que no fuera la que llenó de sueños sus veinte años lejanos ya!

Durmióse vestido, tal como se echara sobre la cama, y soñó tantas incoherencias, que más tarde pudo creer que las escenas de la noche no habían sido más que un sueño.

Una música vaga llegó hasta él. Pasó un rato oyéndola con el espíritu flotante en esa región de las ideas deformadas entre el sueño y la vigilia.

Lo despertó del todo una voz que cantaba en el patio, cerca de su ventana. Era Damián que había ido

a dar una serenata a María Teresa.

Juan Manuel vió que la niña no le había engañado y que aquel hombre apasionado estaba celoso de él. La voz llegaba envuelta en el perfume de los naranjos floridos, y así decía:

Escucha, niña, que al pie
De tu ventana te canto:
Tiembla en mis ojos el llanto,
Muere en mi pecho la fe;
En este lugar que fué
La cuna de mi pasión,
Donde labró mi ilusión
Castillos en ruinas ya,
Sin saberlo vos, se está
Muriendo mi corazón.

Bajo estos mismos azahares
Yo he visto nacer mi amor,
Que niño, como una flor,
Llevé a adornar tus altares;
Ahora quiero en mis cantares
Decirte que es vano empeño
Querer que olvide, ni en sueño,
Ese amor que es mi vivir:
¡Sería como pedir
Que el perro olvidase al dueño!

Triste y humilde y callado,
Que es mi destino, prometo
Seguirte amando en secreto,
Seguir tu sombra olvidado:
Hoy en el monte he encontrado
Un aromito florido,
Y algo me ha dicho al oído

Que era mi retrato fiel:
Nadie lo recuerda, y él
Está de flores vestido.

La voz se calló un momento; Juan Manuel, que estaba bebiendo el eco de sus propios dolores, se acercó a la ventana. Alcanzó a ver a Damián en el patio, en el sitio de costumbre, casi frente al cuarto donde dormía o velaba, escuchando la canción, la dueña de aquella alma taciturna y poética.

En el tono de la última estrofa, comprendió que el guitarrero sollozaba.

Mi alma da flores también,
Flores que voy a cuidar
Y que no ha de marchitar
Ni el fuego de tu desdén;
Debo contarte, mi bien,
Que yo, que de penas muero,
Quiero vivir, porque quiero
Sahumar tu vida en mi amor,
Como el aromito en flor
Que perfuma el bosque entero.

Damián permaneció un rato frente a la ventana cerrada de la niña dormida o desdeñosa, y después se perdió en las sombras.

Juan Manuel se quedó repitiendo los versos, que habían entrado en su alma como una llama generosa.

Una brisa, sedosa y tibia, levantó rumores en las copas de los árboles y sembró un puñado más de azahares al pie de los naranjos. En el cielo temblaban las estrellas, descolorándose ante el alba, que aguardaba su hora en el lejano horizonte.

Algunos gallos la anunciaban antes de tiempo, y en

un rancho, que por un claro del monte se alcanzaba a ver, se encendió el primer fuego del día, para el mate de los paisanos madrugadores.

Como el frío se hacía penetrante, Juan Manuel cerró la ventana y se acostó de nuevo, considerando aquella sana filosofía que en su humildad le había enseñado el paisano, y que él mismo había aprendido de un aromito en flor.

IX

Todo eso desvaneció el propósito acariciado un instante por Juan Manuel de comprar el campo, y decidió su regreso a la ciudad.

—Peor para ustedes — le dijo don Pedro; — no les pagaré.

El joven se encogió de hombros. Despidióse de su prima, y montó a caballo para ir a la estación. Lo acompañaba Damián, que parecía aliviado de alguna grave angustia.

Juan Manuel lo notó, y, dueño ahora de su secreto, le dijo bromeando:

—¿Por qué todos en la estancia creyeron que yo era el novio de María Teresa?

Damián galopó un rato, antes de resolverse a contestar, y después dijo simplemente.

—No sé, señor.

—¿Pero vos creías?

—Yo, como todos, señor.

En el camino, se pintaba la nítida sombra de los árboles. Pasaron al lado de un aromito, y Juan Manuel vió que Damián arrancaba un puñado de flores doradas. Se acordó de su canto y le dijo:

—Buena mano tenés, Damián, para la guitarra.

—¿Por qué lo dice, señor?

—Porque anoche oí tu serenata... ¿Para quién era?

—Para nadie, señor. Me gusta cantar en las noches de luna.

—Entonces para la luna.

—Así es, señor.

El viaje en el ferrocarril parecióle más largo y penoso. Al anochecer llegó a la ciudad.

Para ir a su casa, debía cruzar el pueblo, en el que comenzaban a encenderse las luces.

Tenía tiempo de arreglar en el trayecto las razones que daría a Delfina para explicarle por qué no haría el negocio, en que ella demostró tan raro interés.

Pero dióse a pensar en otros asuntos, y de pronto se halló ante la verja de su casa.

El sirviente que salió a abrirle, le anunció que la señora estaba con visitas.

—¿Qué visitas? — preguntó él con indiferencia.

—El doctor Darma.

No quiso pasar por el "hall", donde debían estar, y rodeando la casa, subió a su cuarto por una escalera interior.

Allí, en aquella pieza, llena de objetos evocadores de los tiempos en que para él la esperanza era una amiga fiel, entróle de nuevo la inmensa laxitud que lo enervaba.

Su balcón daba al jardín. Conocía el perfume mezclado de todas sus flores, porque antes de su viaje, perdió muchas horas allí, mirando las estrellas, mientras la brisa de la noche iba de rama en rama abriendo los capullos.

Sonaron unos golpecitos en la puerta, y entró Margarita, que le pareció bonita y fresca como el jardín.

Lo besó ruidosamente, lo arrastró al diván, se sentó a su lado, y viendo que aún tenía puesto el traje

empolvado del tren, le preguntó:

—¿Estás triste?

—Estoy cansado.

—¡Ah!... porque aquí, la tristeza sería mal recibida. ¿No sabes que hay grandes noticias?

—¿Y son?

—Que tengo un novio.

—¿Uno más?

—Uno menos; porque de los dos que me conociste...

—¿Has elegido uno?

—No: les he dado galleta a los dos; pero he conquistado otro, y éste, sí, es definitivo.

—Vaya, "¡por fin solo!" dirá él. Y ¿cómo se llama?

—Es casi pariente; es el hermano del doctor Darma, el marido de Evangelina, ¿te acuerdas? se llama Alberto...

Un largo silencio cayó entre ambos; él, considerando las mallas inexplicables que teje el destino; ella, aguardando su respuesta.

—¿Te parece mal? — interrogó al rato.

—Me parece mucho madrugar.

—¿Por qué? Soy ya una señorita, tengo quince años bien cumplidos, y además...

Se puso de pie: era alta, elegante; los quince años irradiaban en su cuerpo juvenil, que se iba formando lleno de armonía y de gracia. Le habían alargado el vestido, detalle nuevo para Juan Manuel, que a ella le encantaba.

—Represento más de quince ¿verdad?

—Sí; — dijo él. — ¿Y dónde lo ves?

—Aquí; viene dos veces por semana. Se ha quedado a comer ya con nosotros. Tenía que venir esta tarde con su hermano...

—¿Está aquí... su hermano?

—Sí, en el "hall", con mamá. El viene siempre...

—...¿Y ella? — se atrevió a preguntar Juan Manuel.

—¿Evangelina? ¡nunca! Una vez a darnos el pésame, y después... como si en la vida nos hubiéramos conocido. Desde que es señora, se ha puesto así, y eso que era mi mejor amiga; me lleva muy pocos años, y como en el colegio estábamos siempre juntas, más que primas parecíamos hermanas... ¿No fué un tiempo tu novia? ¡Si habremos conversado de eso en los recreos!

Aquella charla hacía daño al joven.

—Si me dejas — le dijo besándola, — me visto y bajo en seguida.

—¡Sí, sí! conocerás al doctor Darma.

Cuando salió, una hora más tarde, Darma acababa de irse. Oyó cerrarse tras él la puerta de cristales del "hall". Allí encontró a Delfina, que se mostró encantada al verle. Pero en sus magníficos ojos azules notó una pincelada de ensueño. ¡Qué hermosa estaba! Su figura enlutada tenía un relieve imperial. Sin que pudiera decir por qué, el joven sintió que se le oprimía el corazón.

Hablaron del negocio, y como él le dijera que no se decidía a comprar el campo, ella se encogió de hombros. Notó él su disgusto, y de nuevo lo asaltó la cuestión de por qué le interesaba la compra.

—Estás más grueso.

—¿Sí? ¡el campo! — contestó él. — Pero esa vida me cansa. ¿Y ustedes? ¿Es verdad lo que dice Margarita de ese Darma...?

Delfina se levantó de golpe, con la frente enrojecida por una ola de sangre. Buscó a Margarita con los ojos, luego se volvió a sentar.

—¡No sé, no sé! ¿Qué dice?

—Que le has encontrado un novio.

Juan Manuel notó que un suspiro de alivio se escapaba de su pecho.

—¡Ah! Alberto Darma; sí, sí, es verdad... es decir, verdad que él viene, que es buen amigo de la casa, y que ella acabará por deslumbrarlo con su coquetería de niña mimada.

En aquel momento llegó Margarita y su hermano la interrogó cariñosamente.

—¡Coqueta! ¿cómo es eso? ¿te has vuelto coqueta? Si fuera cierto no te querría.

Ella se le colgó al cuello, riéndose.

—¡Al contrario! me querrías más; a los hombres es eso lo que los atrae.

Juan Manuel pensó que era cierto, recordando la época en que vivió preso de las coqueterías de Clara Rosa, al lado mismo de aquella otra alma que no supo comprender.

Delfina se fué a su cuarto, y los dos hermanos se quedaron juntos.

—¿Salen? ¿pasean? — preguntó él.

—No, no; recibimos visitas que no pagamos. Si fuera asunto de pagarlas...

—Se arruinarían, ¿no?

—Sobre todo, algunas; sería cuestión de vivir en ciertas casas...

Juan Manuel sospechó que de nuevo iba a oir el nombre de Darma, y cambió de conversación.

—Me escribiste que habían renovado los muebles de la sala.

—Sí, ¿quieres verlos?

A la luz de una araña de caireles, vió Juan Manuel el salón severo del tiempo de su padre, completamente transformado.

—¿Te gusta?

—Sí; ¿y los otros muebles?

—Los vendieron.

—¡Ah! Yo no los habría vendido.

—¿Por qué? Eran anticuados y feos.

—Pero eran como viejos amigos.

—Es verdad — contestó la niña poniéndose seria. —Papá los quería mucho; tampoco yo los habría vendido; pero mamá quiso. Creo que fué el doctor Darma el de la idea.

—¡Darma, Darma! siempre el doctor Darma, —exclamó con fastidio.

—Aquí está su retrato, — dijo Margarita, tomando de una mesa una tarjeta.

El joven estuvo a punto de rechazarlo, pero fué vencido por la curiosidad.

Era, en verdad, un buen mozo, de aspecto distinguido, pero había algo desagradable en la arrogancia de su apostura.

—¿Doctor en qué? — preguntó.

—Abogado: además es intendente, y dicen que lo van a hacer ministro.

—¡Uf! ¡Cuántas cosas!

—¿No te es simpático?

—¡No!

—A mí tampoco, — declaró ella.

—¿Por qué?

—No sabría decirlo; sin embargo, es bueno conmigo.

—Y además, — insinuó él, — es hermano de Alberto.

Ella, alcanzándole otra tarjeta, le dijo:

—¡Mira! ¡Evangelina después de casada!

La mano de Juan Manuel tembló al coger el retrato. Vió los ojos de su hermana fijos en los suyos y simulando una perfecta indiferencia, lo dejó sin mirarlo.

—Vamos al comedor — dijo a la niña, tomándola del brazo.

Durante toda la cena, su imaginación rodó en torno

de aquel retrato que tenía ansias de ver, porque en vano su memoria trataba de reconstruir esa imagen.

Cuando pensaba en ella, tenía que imaginársela como la vió la primera vez, a los nueve años, ofreciéndole su frente, y sus labios, y su cariño infantil.

Aquella noche, mientras dormían todos, Juan Manuel, que velaba ante el balcón abierto de su cuarto, sintiendo pasar las horas cargadas de recuerdos, salió y como un ladrón, buscó a tientas, en la obscuridad, el picaporte de la sala.

Quería aprender de nuevo cómo miraban sus ojos, cómo sonreía su boca, cómo se dibujaba en su frente el pensamiento profundo y cariñoso.

Cerró la puerta, temblando a cada ruido que él mismo producía, encendió luz, y fué al retrato como a la fuente en que debía abrevar su alma.

Estaba vestida con el traje de novia; la hermosa cabeza peinada a la griega, de pie, y su alta figura blanca, cubierta de encajes hasta el cuello, severa y armoniosa, le produjo la impresión de un enigma hecho carne.

Sobre su pecho llevaba una rama de azahar.

Vió de nuevo sus ojos adormecidos en un indefinible ensueño; y su boca de niña, dibujada con vigor y con gracia; y, aunque aquellos dos rasgos del rostro era lo que más amaba en su figura, no le causaron la impresión que le causó la frente.

Toda la historia de su juventud, estaba en aquel pliegue imperceptible, que acercaba las cejas, denunciando la voluntad firme como una espada nueva.

Mas no sólo vió la fuerza que irradiaba la fisonomía juvenil, adivinó también que allí había un misterio, y le pareció advertir que del fondo de aquella alma, plegada como un capullo, se alzaba el vago perfume de un oculto dolor.

Y se llenó de vergüenza, porque comprendió que ella, en una edad en que los propósitos son llamas que tiemblan a todos los vientos, se había trazado una senda y la seguía, tranquila, impenetrable y fuerte.

Y él, con más experiencia, estaba allí, sollozando ante su retrato, desorientado, presintiendo oscuramente las cosas que habían de venir; y como vivía cultivando la flor nociva de una secreta esperanza, al sentirla tan inexorablemente alejada de él, se abandonó a la infinita desolación de lo irremediable.

Volvió a su cuarto.

En el cuadro del cielo que recortaba el balcón, se desteñía el profundo azul y se dormían las estrellas.

Entraba el fresco anunciador del alba, y los árboles del jardín temblaban en la sombra, llenándola con su apagada voz doliente.

Cerró las maderas y se echó en la cama, buscando en el sueño, la calma, la paz o siquiera una dulce mentira en que por un momento descansara su corazón invadido de mórbidas tristezas.

X

Con la costumbre adquirida en la estancia, aquella mañana Juan Manuel se despertó casi al venir el día

El chalet de Darma trazaba un triángulo gris en el fondo del cielo.

—Allí vive "ella", — pensó.

Recordó que era madrugadora y que muchas veces, habiendo ido temprano a casa de mamita Rosa, la encontró en el jardín del segundo patio, cuidando las plantas.

¡Qué fresca y linda solía estar! Le causaba la impresión de que ella misma era el alma de las flores que la rodeaban.

Se acordó especialmente de un día en que la halló con una sombra en los ojos, habitualmente alegres.

Tenía entonces trece años.

Veía de nuevo el cuadro; llevaba el cabello recogido en una trenza que caía a su espalda, y un delantal blanco y sencillo, que ponía una nota humilde en su hermosura triunfante.

Concluía la primavera, y los jazmineros estaban llenos de jazmines. En aquella época empezaba a hablarse del casamiento de Juan Manuel con Clara Rosa.

Ella lo sabía, y solía hacerle alusiones, con dulzura y sin celos; pero él, conociéndola, advertía su emoción.

Corrió, al verle, y le preguntó de improviso:

—¿Tú tiras las flores que yo te doy?

Tenía una manera tan expresiva de pronunciar el tú, que él se quedaba encantado, mirando cómo sus labios formaban la amable palabra.

—¿Tiras mis flores? — preguntó otra vez.

—No.

—¿Se las das a Clara Rosa?

—Algunas veces.

—Bueno; este jazmín no lo tires ni se lo des; es para tí no más.

Y le puso en el ojal un jazmín no muy grande, pero abierto con una rara perfección.

Le pareció que estaba por llorar, porque le escondía la cara; le tomó la dócil cabecita, como a una nena y la besó en los ojos.

—¿Lloras? — le dijo conmovido y embriagado por el perfume de su alma que florecía.

—¡No, no! — contestó ella con vehemencia, apretándole la mano sin mirarle.

De pronto soltó su risa expansiva de chicuela.

—Te voy a pedir una cosa.

—¿Qué?

—Búscame un novio.

—¿Un novio?

—¡Sí; búscame un novio!

—¿A tu edad?

—¡Bah! ¡Qué importa! Yo sé querer. Búscame un novio!

Juan Manuel adivinó una ráfaga de instintivo despecho.

—Bueno, — le dijo; y deseoso de sondear la pro-

fundidad de su pensamiento, le preguntó, atrayéndola y haciéndole apoyar la cabecita en su hombro:

—Pero si tienes un novio ¿lo vas a querer como me quieres a mí?

Ella lo miró con los ojos muy abiertos, llenos de estupor; pero no habló, lo miró no más, y respondióle "¡no!" con gesto silencioso y elocuente, iluminado de sinceridad.

Y se fué, dejándolo solo en el jardín, donde se abrían las flores que ella cuidaba, y que quizás la conocían mejor que él.

Había guardado el jazmín en un cofrecito en que conservaba los regalos de ella, y que nunca más abrió, de miedo al recuerdo de cosas irremediablemente perdidas.

Pero ahora comenzaba a invadirle un deseo irrefrenable de verla, de oirla, de evocar cerca de ella las dulces y muertas escenas.

La vista de aquel chalet exacerbaba su deseo.

—¡Si como antes fuese madrugadora y estuviera en el jardín!

Eran las ocho y aún dormían su hermana y Delfina. Se vistió apresuradamente y salió.

Pero a la puerta de calle se detuvo, al ver un automóvil que llegaba.

No pudo reprimir un gesto de contrariedad. ¿Tan pronto comenzaban las visitas?

Bajóse un hombre alto, vigoroso, flaco, de barbilla entrecana recortada en punta; le faltaba una pierna y caminaba apoyado en dos muletas.

—¡Hola, amigo! — le gritó al verle; — tenía miedo de encontrarlo durmiendo y por poco que hubiera tardado le habría perdido la pista.

En una zancada cruzó la vereda y le estrechó la mano, con un recio apretón.

Era Francisco Insaurralde, uno de los más conocidos caudillos liberales, revolucionario de estirpe, con una pierna menos y los costurones de algunas cicatrices. Su gran fortuna le permitía una ilimitada independencia, que él aprovechaba para su política hostil, por sistema, a la autoridad.

Juan Manuel apreciaba a aquel hombre, que había sido gran amigo de su padre, y solía escucharle con agrado.

Divertíale oir aquella violenta e interminable apología de su ideal; aquella fecundidad de epítetos bravíos, calificando a cuantos no comulgaban con él; aquel soltarse sin miedo por el despeñadero de las más crudas imágenes, en la pintura de los gobiernos, y gozaba en ponerle objeciones, que era echar leña en la hoguera de su oratoria exasperada.

Invariablemente, al despedirse de Juan Manuel, que sonreía ante el eterno espejismo en que vivía aquel espíritu, le gritaba:

—¡Creolina, creolina! para desinfectar este mocito, corrompido por los gobiernos.

Juan Manuel no lo veía de mucho tiempo atrás; pero sabía que andaba más apaciguado. Soplaban, por obra del gobierno nacional, buenos vientos para su partido; y en vez de pensar en la revolución, pensaba en los comicios.

—Mi amigo, — díjole, — dentro de quince días serán las elecciones municipales. El partido liberal quiere hacer un ensayo, para ver si es cierto lo que anda propalando este gobierno de "puros"...

Sonrió con malicia, al pronunciar el calificativo que se habían ganado por su reconocida honorabilidad, los hombres que en aquellos días ocupaban el gobierno, y añadió hablándole al oído:

—De puros... sinvergüenzas. Bueno, pues; el par-

tido liberal, antes de ir a la revolución, quiere ir a las urnas.

—Hará bien.

—Usted me lo dice riendo. Y yo venía a proponerle...

—¿Alguna inmoralidad, don Francisco?

Dió un salto sobre las muletas, que crujieron

—¡No! Inmoralidades sólo hacen ustedes, los del gobierno.

—Yo no soy del gobierno.

—Pero tiene ganas de ser.

—Se equivoca, don Francisco, yo...

—Vea, amiguito, vengo a salvarlo; vengo a ofrecerle ser candidato liberal, que es como darle un baño de creolina...

—¿Candidato a qué?

—A concejal.

—¿Con qué meritos? Yo no soy del partido.

—Escúcheme: nosotros somos muchos; mucho pueblo, y tenemos poca gente...

—¿Decente? — insinuó Juan Manuel.

Insaurralde le miró con ojos torvos, pero no hizo caso.

—Tenemos poca gente preparada para ciertas cosas. En el partido liberal son muchos, le vuelvo a decir, los que irán a los comicios o a la revolución; pero pocos los que...

—Los que han ido a la escuela, — continuó Juan Manuel.

Insaurralde bufó escocido por la nueva banderilla; optó por reirse y volvió a su idea:

—Necesitamos para concejales, hombres como usted; ¿qué le parece?

—Don Francisco — contestó el joven, en serio. — No me parece bien: no soy liberal.

—¡Pero amigo! — gritó Insaurralde sacudiéndole por las solapas del saco; — ustedes son todos iguales, no prestan la mamadera sino a los hermanos de leche. Nosotros cuando tenemos un puesto que dar, ¿sabe lo que preguntamos?

—Sí, don Francisco.

—¿A ver? ¿qué?

—¿Quién sabe leer y escribir en nuestro partido?

—¡Bah, bah! ¡perdido sin remedio! No, mi amigo, nosotros preguntamos quién es el hombre capaz de desempeñar ese puesto, y al saberlo, sea o no del partido, lo llamamos... Ahora es usted el llamado. Dentro de quince días será concejal.

—Si triunfan.

—¿Y lo duda? ¡no merece ser candidato nuestro! Vea, amigo; si no triunfamos, que me corten la otra pierna. Y ya es preciso; esta municipalidad se va al bombo. Ese Darma...

Tenía cogido al joven por la solapa, y al decir eso lo miró intensamente en los ojos.

Juan Manuel tuvo un escalofrío, pero no comprendió aquella mirada.

—Ese Darma — continuó Insaurralde — es un botarate y un inepto. Las calles no se barren, la luz no alumbra, los servicios no se hacen, las deudas no se pagan, la municipalidad está en quiebra, y no hay quien le fíe cinco centavos de azúcar para el café del intendente.

—¿Y qué podrán ustedes contra eso? Al intendente lo nombra el gobernador.

—¿Y qué nos importa el intendente, si elegimos el concejo? ¡Lo sitiaremos por hambre, mi amigo!

Y con grandes ademanes, columpiándose en las muletas, dibujó el programa del futuro gobierno municipal, reducido, en fin de cuentas a meter la podadera

en la frondosidad del presupuesto, para aligerarlo de unos cuantos empleados y de algunos sueldos crecidos; nada más.

XI

Cuando Insaurralde se fué, Juan Manuel salió sin rumbo. Se encontró de pronto en la avenida Urquiza, afeada aún por casuchas de barro o por sitios baldíos, que tenía para él una sugestión especial.

Estaba el ambiente embalsamado por los azahares de las huertas vecinas, y a lo largo de las veredas desplegaban su pompa los floridos jacarandás, que, en aquella mañana calurosa, hacían grato el caminar bajo la umbría frescura de sus copas moradas.

Al pasar frente al chalet le temblaron las rodillas. Miró con angustia el jardín, seguro de verla, como en otro tiempo, entre las flores, de las que parecía ser el alma.

No estaba y se alegró. ¿Por qué quería turbarse con su vista más de lo que se turbaba con su recuerdo?

Llegó hasta la casa de mamita Rosa, que no distaba mucho de allí, y cuyo barrio parecía más atrasado y colonial, con sus grandes caserones de adobes y techos de tejas acanaladas, y sus patios llenos de plantas y rezumando humedad.

Aunque desde niño Juan Manuel se había criado considerándose nieto de mamita Rosa, su parentesco era

más lejano. En la vida de la verdadera abuela del joven, hermana de aquella viejita, había una novela de amor, que en tiempos de más rígidas costumbres acarreó sobre ella el anatema de todo el pueblo.

Esa novela fué siempre un misterio, celosamente guardado, que Juan Manuel, por vagos indicios, apenas pudo columbrar.

Recién nacida su madre, su abuela, que era hermosa y romántica, se prendó de un militar, que marchaba a la guerra del Paraguay, y se fué con él.

El amante murió en uno de los primeros combates; y ni el marido abandonado, ni nadie de la familia, se cuidó de la dama fugitiva, sobre cuyo recuerdo cayó la ceniza del más despiadado olvido.

Mamita Rosa, era entonces joven, viuda, y tenía dos hijas, y se hizo cargo de la madre de Juan Manuel, que creció a su amparo, como en su propio hogar.

Por eso él se acostumbró a amarla como a verdadera abuela. Ella le dió los primeros juguetes y le contó los primeros cuentos, inolvidables, siempre los mismos, que llenan de sueños y de terrores las cabezas infantiles.

Y cuando, más grandecito ya, estudió historia en la escuela, en honor suyo abrió ella el arca de los recuerdos, que remontaban muy lejos, a la época sangrienta de Rosas, y le refirió episodios casi personales que le sacudieron los nervios e inflamaron su afición por aquella materia.

Y mamita Rosa vió siempre en Juan Manuel un nieto, casi el único nieto, porque de sus dos hijas, la mayor, Panchita, no se casó, y la otra fué a enterrarse viva en las selvas del Chaco, con su marido don Pedro Rojas.

Al entrar Juan Manuel en su casa aquella mañana, experimentó, como antes le ocurría, la sensación de

una dicha próxima, y necesitó todas sus fuerzas para dominar la ola de nostalgias que le invadió, a la vista del cuadro tan conocido.

En el segundo patio, poderosamente evocador, con sus obscuros eucaliptos, su galería sombreada por un jazmín de lluvia, y su pileta, donde nadaban algunos patos, y donde años antes había perdido muchas horas haciendo barquitos de papel para Evangelina, halló a mamita Rosa, y pudo acercársele sin que lo viera. Estaba ocupada en hacer dulces, en su eterna paila de cobre lustroso.

Ella se volvió, dió un grito y le abrió los brazos, en los que él se refugió, sintiendo que le invadía una ternura infantil hacia la suave y mística viejita.

—¡Jesús, hijo! No te esperaba. ¡Qué gusto más grande me das!

Y señalando el dulce, que a fuego lento se cocía tapado con una bandeja de plata, dijo misteriosamente:

—Acabo de sacar uno de pelones, muy a punto; es para tí; éste de batatas coloradas, es para el Superior de los jesuítas, que está de paso y no hace mucho me obsequió con una de esas medallas en que el Papa ha puesto todas las indulgencias.

Juan Manuel se sonrió; ella se puso seria, y lo llevó a su pieza, buscando el fresco.

—Estás delgado.

—Estoy mucho mejor que a mi vuelta de Europa.

—Es cierto — repuso ella, mirándolo con interés; —pero me pareces triste...

—¡Oh, no!

—¡Ah, hijito! Esa vida que viven los hombres de ahora, no es buena para el cuerpo ni para el alma.

—¿Y Panchita? — interrogó Juan Manuel, notando la ausencia de la otra simpática figura de la casa.

—Está en ejercicios, en las Adoratrices, hace seis días. Pasado mañana sale.

Preguntó muchas cosas; preguntó por los amigos de la casa, hasta por los más humildes, por Domilita la criada, que era ya una negrita de catorce o quince años, de pelo ensortijado y ojos rientes, y, por último, con el corazón atormentado, preguntó por la nieta.

—¿Y Evangelina? — y al pronunciar ese nombre, él mismo desconoció el timbre de su voz.

Mamita Rosa lo miró con aquellos sus ojos, claros como una lámpara que iluminase el alma, y él tembló por su secreto; levantóse ella, y se fué a la pieza contigua. Abrió una antigua cómoda de caoba, que tenía un modo especial de rechinar, y volvió trayendo algo cuidadosamente envuelto.

Sin mirar al joven, desató una cinta y sacó de un sobre el retrato de Evangelina, y como si hablara para sí sola, dijo:

—Es su retrato de novia; lo escondo, porque no me gusta verlo; cuando me lo trajeron nada observé, quizás porque estaba disgustada con la boda, y no me fijé en él. Ahora, cuando lo miro, me parece que va a hablar y a explicarme por qué se casó.

Juan Manuel se estremeció; ¿era también para ella un misterio?

—¿No lo sabe usted? — le preguntó.

Al pronto, la anciana no respondió; miró el retrato, le pasó varias veces la mano con un ademán suave y cariñoso de abuela que quiere desarrugar una frente querida o enjugar unos ojos llorosos, y le dijo:

—¡Tú la conocías bien! ¿Te acuerdas? Era alegre, con una alegría ruidosa, cuando estaba entre amigas. Cuando se quedaba sola, repentinamente, sin transición, se ponía seria, como si su alegría fuera para los demás y no para ella.

—Sin embargo, mamita, siempre fué equilibrada; nunca se le han visto esas desigualdades de carácter de otras de su edad, caprichosas o románticas, según es su espíritu más o menos cultivado.

—Sí, Juan Manuel, equilibrada, esa es la palabra. Pero tenía una voluntad tan decidida, que una vez resuelta a algo, era inflexible y no cejaba. Y si salía mal en su empresa, no sabía quejarse. ¿La has visto llorar alguna vez, por penas propias?

El sacudió la cabeza, para que no demorase en detalles que le hacían daño, y preguntó:

—Y el casamiento, ¿cómo se hizo?

Mamita Rosa, hizo de nuevo en la tarjeta el ademán de ahuyentar algo, con tal ansiedad, que Juan Manuel llegó a sospechar que chocheaba.

—¡Es su frente! — murmuró la viejita, — su frente, la que me oculta el pensamiento. Tiene una arruga que no ven otros ojos que los míos.

Juan Manuel no quiso mirar el retrato.

—¿Y el casamiento, mamita cómo se hizo?

—Yo no supe nada, hasta que todo estuvo resuelto. Fueron días extraños que nunca comprendí. Una mañana temprano la ví llegar de la calle. Había salido sin que yo la sintiera; llevaba un vestido obscuro, una gasa en la cabeza, un libro y un rosario. Me abrazó con vehemencia, y me dijo:

—¡La bendición, mamita Rosa! Vengo de comulgar.

—Dios te bendiga, hijita — le contesté besándola— y te haga feliz. Así le dije; ¡y te haga feliz! Me acuerdo de esto, porque al oirme se quedó seria, seria y un poco triste, con esta misma angustia en la frente y esa sombra en los ojos ¿ves? — y enseñó a Juan Manuel el retrato, que él no necesitó mirar, para ver lo que la afligida viejita le indicaba. ¡Ya lo había visto!

—¡Bendígame de nuevo, mamita Rosa! — me dijo después — ¿sabe? me caso.

Como yo me enfadase, porque aquellas bromas no eran de mi gusto, me acarició: "Sí, mamita, me caso con el doctor Darma; papá lo conoce y me ha dado su permiso". No me acordaba de que la noche antes la había pasado en un baile, a donde la llevó Pedro, y que hacía una semana era para mí un enigma la vida de aquella criatura. Sólo oí aquel grito "¡mamita, me caso!", y no acababa de comprender...

Hizo una pausa, después añadió, con los ojos humedecidos en llanto:

—No he comprendido todavía. Era toda mi chochera, y yo creía su corazón sin secretos para mí... Se casaron al poco tiempo. El novio venía aquí diariamente, me llenaba de mimos, hablaba más conmigo que con ella, pero no logró hacérseme simpático. Después del casamiento poco la he visto. Se fueron a Río de Janeiro. Hará un mes que regresaron, y sólo una visita me han hecho.

—¡Será muy feliz en su casa! — insinuó Juan Manuel.

—No sé, no sé. Todo me ha resultado incomprensible.

Juan Manuel se levantó para marcharse y ella entró a guardar el retrato.

Salió más serenada, y en la puerta de calle, poniéndole las manos en los hombros, le dijo con ternura:

—¡Qué tranquila me habría dormido yo, si las cosas que imaginé se hubieran realizado!

Juan Manuel fingió no entender y se fué, perseguido por la visión de aquel gesto que hacía la abuela, ansiosa de borrar algo que la afligía en el retrato de la nieta.

XII

Bastaron algunos días para que Juan Manuel volviera a gustar del sabor de las cosas provincianas. Y fué el contacto de mamita Rosa lo que realizó el cambio.

Cuando iba a visitarla, daba largos rodeos por las calles como si temiese un encuentro que ansiaba en el fondo de su corazón.

A pesar de las dudas de mamita Rosa, imaginaba feliz a Evangelina; y su egoísmo se sublevaba: habría deseado saber que, en vez de eso, a ella también la acosaban las tristezas.

Levantábase temprano y salía a la calle, buscando las cosas viejas que evocaran sus recuerdos de niño, por lo cual casi nunca llegaba a los barrios poblados del norte de la ciudad, donde le irritaba la profusión de flamantes fachadas de "portland", de la más desesperante vulgaridad.

Prefería los barrios del sur donde algunas calles eran aún colchones de tierra, y seguía las estrechas veredas de ladrillo, a lo largo de aquellos mohosos paredones de adobe de las casas antiguas, con sus tejados llenos de yuyos y sus huertas olorosas, sombreadas por viejos naranjos.

Conocía la vida sin sorpresas de sus dueños. Levantarse al alba, aprovechar en verano el fresco de la mañana para tomar mate en la puerta, en mangas de camisa; ir más tarde a una oficina de gobierno, tras magra soldada, para volver a casa al mediodía, y dejar correr así la existencia plácida al amparo de un apellido de abolengo, por el cauce de siempre: la calle inmóvil, la casa vieja, la sala con sillas forradas, para que no se les vean las tripas por los rasgones del damasco, y un Niño Dios en un fanal, sobre una mesa de caoba con pies de cabra.

Una mañana fué hacia los tribunales donde se tramitaba el expediente sucesorio de su padre, que estaba atollado esperando una insignificante resolución del juez.

Poco antes de llegar, estuvo a punto de perder su día, tropezando con don Narciso Brañas el popular canónigo, célebre por sus originalidades y perspicacia.

Antes, no bien divisaba su silueta — la sotana corta, la precaria caperuza sobre los anchos hombros, la cara tapada con un diario que leía caminando — cambiaba de vereda y, si podía, de rumbo.

Aquella mañana Juan Manuel no quiso huir; y el canónigo lo atisbó, con un ojo por encima del diario, cruzó la calle y lo detuvo.

—¡Hola, amigo! — díjole con voz sonora, dándole tres dedos de la mano. — ¿Viene del campo? Está quemado y fuerte.

Hizo una pausa; y antes de que Juan Manuel pudiera decir nada, golpeó airado, con el puño de su bastón, el papel que leía:

—¡Pero hombre! ¿en qué mundo estamos? ¿ha visto qué tonto sublime?

—¿Quién?

—El intendente.

—¿Qué intendente?

—¡Oh! ¿qué intendente quiere que sea? ¡el nuestro! ¡Darma! ¿no lo conoce?... sin embargo... — Echó una mirada irónica sobre el joven, que nada comprendió de ella, y continuó sin tomar resuello y sin cuidarse de si la gente le oía o no. — ¡Pues nos sale ahora con que es masón; masón él, que ante se las daba de más católico que el lego sacristán de San Francisco!

—¿Qué ha hecho?

—¡Cómo qué ha hecho! ¿No lee los diarios? Malo para un hombre público. Le ha dado la chifladura sectaria por rebautizar las calles que tienen nombre de santos. Ahora le toca el turno a la calle San Lorenzo; le ha puesto calle Granaderos.

—Y eso ¿qué tiene?

—¡Hombre! el cambio, en sí, nada tiene, aunque en Europa no verá usted que un intendente limite su gloria a andar rebautizando calles; lo malo es la argumentación con que funda la ordenanza. Dice que el plano de Santa Fe es un santoral; que los santafesinos nada tenemos que hacer con esos santos extranjeros; que hay patriotas ilustres que aguardan justicia histórica... ¿qué le parece?

Juan Manuel se sonrió enigmáticamente, porque delante de don Narciso era peligroso opinar.

—¿Pero no ve que es una zoncera de Darma el creer que a la calle San Lorenzo la hayan bautizado así por el gran santo, en cuyo honor alzó Felipe II el Escorial? ¡Es no saber historia argentina! ¡Si esa calle se llama así, amigo mío, es por la batalla de San Lorenzo, la primera victoria de San Martín en tierra americana! ¿No recuerda el verso del himno: "San José, San Lorenzo y Suipacha"...? ¿O es que tampoco usted sabe el himno? ¡Ah! no es usted patriota como su padre.

En aquel momento, a toda velocidad, contrariando las ordenanzas por el mismo promulgadas, pasó el doctor Darma, en su magnífico automóvil.

Vió a don Narciso y a Juan Manuel, e hízoles un gran saludo, saliéndose casi del coche.

Don Narciso contestó, agitando el diario como una bandera, mientras repetía los versos:

San José, San Lorenzo y Suipacha,
Ambas Piedras, Salta y Tucumán...

Después, encarándose con Juan Manuel, le tendió la mano:

—Que se conserve, amigo mío — díjole, y se fué, echadas al aire las dos puntas de la caperuza de lustrina, desdoblando el diario, en cuya lectura volvió a sumergirse hasta el próximo conocido que encontrase.

Juan Manuel siguió su camino asediado por el recuerdo de Darma, cuya presencia encontraba en todas partes, en la calle, en lo de mamita Rosa, en su casa, sobre todo en su casa, donde más le chocaba su presencia.

Pronto llegó al vetusto y antipático caserón amarillo, de puertas enrejadas como una cárcel, desde donde se reparte justicia a la mitad de la provincia.

Juan Manuel había sido de la casa, porque a los veinte años percibió, como casi todos sus coetáneos, los ochenta pesos mensuales que entonces asignaba el presupuesto a los escribientes. Un gobernador cosquilloso, de una plumada a lo Tarfe, lo destituyó por haber firmado un manifiesto de la oposición.

—¡Loado sea Dios! — pensaba el joven. Su sacrificio no había sido estéril, porque desde entonces los empleados sólo se permitían firmar letras a los usureros.

En aquellos tiempos crecía una palmera secular en

medio de uno de los claustros. Se había practicado un agujero en el techo, y por allí la pobre prisionera estiraba el pescuezo lleno de anillos, y se iba a respirar aire puro, a treinta metros sobre el nivel de la justicia santafesina.

Vió en su lugar una gran mancha de revoque fresco y un cuadro de baldosas nuevas. ¡La habían cortado! ¡A ella, la única nota amable del afligente caserón amarillo, la habían ajusticiado! "Fiat justitia, pereat mundus.."

Alguien lo saludó al pasar; se volvió a mirarlo y reconoció a una de las sabandijas de aquel antro, el escribano don Delfín Grant, la providencia de los empleados, que con una benevolencia incomparable les compraba los sueldos, cuando estaban apurados, hacia fines del mes.

—¡Para servirlo, señor! — dijo al pasar, con ceremoniosa reverencia.

—¡Muchas gracias! — se apresuró a contestar Juan Manuel, y se quedó mirándolo sorprendido. Porque en diez años nada había cambiado en él; ni la cara de pájaro, ni los ojillos inquietos y desteñidos, ardiendo en el fondo de sus cuévanos; ni el bigote mezquino, ni las grandes manos flacas y amarillentas, con dedos fríos y húmedos, ni su estirada figura escuálida, con un remoto parecido al presiosaurio, ni siquiera el corte de su histórico jaquet negro, que le daba un aspecto solemne de catafalco.

—¡Qué rico debía de estar! ¿Por qué no lo habrían guillotinado como a la palmera? — pensaba Juan Manuel.

—Le han quitado el registro de escribano que tenía — dijo alguien al lado de Juan Manuel. — Éste se volvió,y encontróse con una de las figuras simpáticas

de la casa, un abogado joven, que fué su compañero cuando él era escribiente.

—¿Se lo quitaron por alguna falta de ortografía en el protocolo? — preguntó Juan Manuel.

—¡Eso nunca! Es un calígrafo y un gramático intachable. Pero a medias con un compinche suyo, han despojado a una vieja, que por su mal, sabía poner su nombre y no sabía leer. Grant la decidió a vender a su socio un terrenito, y la vieja firmó una escritura, en que la hicieron aparecer vendiendo todas sus fincas por una suma que declaraba haber recibido anteriormente, y que jamás percibió. La vieja murió de miseria y el compinche vive en la que fué su casa.

Juan Manuel pidió a su amigo que lo orientase para dar con su expediente, y los dos se encaminaron hacia uno de los juzgados.

Luego tropezaron con otro de los reyes de aquellos vericuetos. Era un procurador alto, fuerte, tostado, las orejas llenas de pelos, la barba y los bigotes hirsutos, y las solapas del saco grasientas y casposas. Conversaba con uno de los ministros del Superior, y, como siempre que le cabía ese honor, adoptaba aspecto misterioso.

—¡Los milagros de ese hombre! — díjole a Juan Manuel su amigo. — Hace unos días, un empleado infiel le contó que estaba por firmarse un fallo absolviendo a un reo procesado por asesinato a su mujer. Se fallaba así por falta de pruebas en contra suya. ¿Sabes lo que hizo este angelito? Se fué a la cárcel y buscó al cliente. "Déme cinco mil pesos — le dijo — y mañana saldrá en libertad; sino, mañana lo notificarán que tiene para veinticinco años de presidio". El preso enarca las cejas. El "ave negra" le murmura: "Es para los jueces... Yo me quedaré sólo con quinientos pesos; no puedo ser más módico". El preso,

que tendría turbia la conciencia, soltó la mosca, y al día siguiente, sin sorpresa ninguna, oyó la sentencia absolutoria. Y por ahí va contando que por cinco mil pesos se puede comprar la justicia.

De Herodes a Pilatos peregrinaron tras el expediente.

—Está "al despacho" — les dice un empleado. — ¿Por qué no le piden al juez que lo resuelva pronto?

Se deciden y entran a ver al juez. Lo hallan estudiando un programa de las carreras de Buenos Aires, rodeado de papelotes amarillos, que duermen un plácido sueño.

Se convidan cigarros, un negro trae sendas tazas de café, y hablan de lo que pueden hablar amigos que se encuentran pocas veces: de Europa, donde hace frío cuando en América hace calor; de la sequía que arrasa los campos; de la intervención que se anuncia; de los liberales; de don Delfín Grant, de las carreras...

Cuando se van, dejan el expediente desperezándose porque lo han desenterrado de un armario pasándolo a la mesa del juez.

Sobre un viejo banco, en un rincón, una mujer enlutada llora tapándose la cara con un pañuelo. Alguien les refiere su cuita. Ha perdido un pleito por la torpeza de su procurador, que dejó pasar un año sin intervenir.

—¡Se ha perimido! — les dice el informante, saboreando la palabra técnica. — Y sospecho que el pillete del procurador lo ha dejado perimir de acuerdo con la parte contraria. El marido de esa infeliz, era empleado de un ferrocarril, y pereció en un choque; ¡ya ve, una indemnización segura, que se pierde...!

Por las ventanas entornadas de una sala, que es el "sancta sanctorum" de la justicia, los ojos de Juan Manuel se atreven a penetrar con supersticioso re-

celo, que se desvanece al ver a los austeros magistrados en amena tertulia, tomando café y haciendo barquitos de papel Romany.

Juan Manuel se despide y sale con el corazón sublevado. En otros tiempos se fundaban órdenes para libertad cautivos; ¿por qué ahora, ya que no hay cautivos, no se fundan órdenes para defender a los pobres y a los ignorantes, de las aves negras, en cuyas garras dejan la fortuna, cuando no el honor o la vida?

La casa de mamita Rosa quedaba cerca y a ella se fué.

Encontró a la viejita en la galería, con un brasero al lado, tomando mates de leche.

—Es mi desayuno: ¿gustas?

Aceptó Juan Manuel para reproducir mejor la imagen de aquellos días de su niñez, en que su gran ilusión era ir a escuchar los cuentos de mamita Rosa, que lo convidaba con mates de leche.

Rumiaba en silencio las claras visiones de aquel tiempo, cuando oyó que le decía:

—Mañana domingo, es mi día; no mi santo, sino mi cumpleaños. Te espero a comer. Quiero juntar en mi casa a mis nietos. Vendrá ella.

No habría podido declarar Juan Manuel, si la impresión que recibió fué de pena o alegría.

Por primera vez, después de varios años, vería a Evangelina.

Corrió a su casa y se encerró en su cuarto para que nadie observara su turbación, y al día siguiente despertó con el corazón oprimido por la ansiedad del encuentro.

Cuando, a la hora del almuerzo, fué a lo de mamita Rosa y entró en el comedor, sintió que en todo su ser vibraba la energía de antes, que lo hacía bueno y alegre, como si los tiempos no hubieran cambiado y

como si en la larga mesa de la abuela fuera a encontrarse con la misma Evangelina que un día le preguntó: "¿tiras las flores que yo te doy?"

Pero no estaba. Solas mamita Rosa y Panchita, lo aguardaban.

—No ha querido venir; — le dijo la viejita, — acabo de recibir su mensaje; dice que está un poco enferma.

Decepcionado y triste, ocupó Juan Manuel su sitio, el sitio de costumbre; y para esconder mejor lo que pasaba en su alma, se puso a relatar sus viajes.

XIII

Desde el alba, se anunció un día caluroso. Evangelina se levantó muy temprano y bajó al jardín.

Sus costumbres habían cambiado mucho; hacía tiempo que no saboreaba el encanto de esas horas.

No vió salir el sol, pues se lo ocultaban las casas vecinas, pero sintió su presencia, porque las nubes resplandecieron, y una brisita armoniosa, que durante la noche había gemido entre los hierros de su balcón, dejó de soplar, y el rocío del césped se evaporó en el aire cálido.

Cada uno de aquellos detalles arrebataban su imaginación hacia los años de su niñez, que le parecía infinitamente lejana.

¿Dónde estaban la casa de mamita Rosa, sus amores infantiles, su libertad, sus sueños, su corazón virgen?

En el sendero cubierto de arena dorada y crujiente, encontró un jazmín recién cortado por las hormigas, que le habían roído el tallo.

Era la flor que amaba; antes, cuando quería obsequiar a alguien con flores, no le regalaba rosas, ni claveles, ni diamelas, que se criaban con profusión en el

jardín de mamita Rosa, sino jazmines, de los que ella misma cuidaba.

Buscando la sombra, fué a sentarse detrás de la verja de la calle, revestida de hiedra.

Los rojos ladrillos del chalet, reverberaban en el aire estival, y las lanzas llameaban al sol. Era su casa de las mejores de Santa Fe, y los transeuntes debían imaginarse a los moradores como a personas felices.

Evangelina se sonrió ante ese pensamiento, porque, a la verdad, en la suntuosa mansión de Darma, su vida era incomparablemente más triste que en la vieja casa de mamita Rosa.

Nunca había creído que las gentes vinieran al mundo para ser felices, ni recordaba haber puesto jamás demasiado empeño persiguiendo la dicha.

Muy pronto comprendió la vida, y dejaba correr su parte, como un río que Dios se encarga de guiar. Ni sabía ni quería saber a dónde iba.

Pero después de casada, más de una vez se sorprendió a sí misma persiguiendo visiones de cosas que hubieran podido ser, si la mano que guiaba aquel río hubiera torcido su curso.

Aquella mañana, al despertarse, encontró su almohada húmeda en llanto, por un sueño olvidado, del que conservaba una exquisita impresión.

La tarde anterior, recibió un mensaje de mamita Rosa: "a la niña Evangelina, que la aguarda a almorzar; que irá el niño Juan Manuel", dijo la negra Domitila.

Ella contestó precipitadamente que sí; mas, pensándolo mejor, resolvió no ir. Nunca discutía, ni consigo misma, sus resoluciones; y una vez tomadas, su voluntad las cumplía sin vacilar.

Pero no podía librarse de mil cuestiones: ¿qué pensarían de su ausencia? ¿qué pensaría él? Pero, ¿quién

era él, para que ella se preocupara de lo que había de pensar? ¿quién era él?

Se levantó para aturdir la imaginación. Subió a su pieza y pasó un rato desarrugando con la mano un pliegue que notó en su frente.

En la habitación contigua dormía su marido. ¿A qué horas de la noche había vuelto? Empezaban a llegarle noticias de su vida turbia y disipada, y como fueran frecuentes, iba acostumbrándose a ellas.

Oyó las campanas del colegio de los jesuítas que llamaban a misa. ¡Domingo! ¿por qué esa palabra la turbó como una íntima alegría? Se vistió aprisa, y salió.

En la calle respiró con deleite el aire, refrescado por los jacarandás. Siempre al salir de su casa, parecíale que se libertaba un poco.

Aunque hizo el camino rápidamente, llegó empezada ya la misa.

La iglesia estaba desierta; por las altas ventanas laterales, a través de un trapo rojo, cerníase la luz, sin disipar la discreta penumbra de la nave.

Había unas pocas personas diseminadas en los escaños o acurrucadas a lo largo de las paredes. Evangelina buscó un reclinatorio en un sitio solitario, para aguardar otra misa. Escondió la cara, por no ver ciertos detalles, que ese día la llenaban de vanos pensamientos: la balaustrada de mármol blanco, donde a los diez años hizo su primera comunión y donde tantas veces comulgó después, pidiendo tantas cosas; el altar de la Virgen de los Milagros, a la que hizo un voto, si cierta persona no la olvidaba, y que no tuvo que cumplir, porque aquella persona la olvidó; un par de pequeños floreros del altar mayor, que en un mes de María, muchos años antes, tomó ella a su cargo, para llenarlos de flores, de jazmines, de aquellos

jazmines que tanto cuidaba y que tenía que defender de muchas codicias...

¡Juan Manuel! ¡Qué predilección tenía Juan Manuel por sus jazmines!

La voluntad se le disolvía en la ola de recuerdos.

¿Qué de malo podía haber en almorzar ese día con mamita Rosa? Nada, nada; pero no debía ser.

Se puso a rezar con fervor, y, como una nube de incienso que el aire de un ventanal disipa, desvanecióse aquella congoja y entró en su espíritu la paz.

Cuando concluyó la misa, tuvo que dar un rodeo para salir sin ser vista de mamita Rosa, que rezaba en el rincón de un confesionario, sentada en el suelo, sobre una alfombrita negra.

Al cruzar la plaza, vió pasar hacia la iglesia en un automóvil, a Delfina y a Margarita, que por el luto oían misa muy temprano.

Evangelina comenzaba a sospechar que la hermosa viuda no la quería, y aún sin explicarse tal sentimiento, lo aceptaba sin pena, lamentando alejarse de Margarita, la gran amiga de su niñez.

Sabía que su marido frecuentaba su casa, y su instinto de mujer presentía ciertas inteligencias que sublevaban su naturaleza orgullosa y leal.

Con una sirvienta envió sus disculpas a mamita Rosa, por no asistir a su almuerzo, y para que la abuela no la encontrara si creyéndola enferma fuese a verla, salió a visitar a pobres de su relación.

Volvió al mediodía, y al entrar en su cuarto, alguien la asaltó, le tapó los ojos y le dijo al oído, desfigurando la voz.

—Si me quieres, te digo quién soy.

Adivinó que era Margarita; se escapó de sus manos y la abrazó prolongada y cariñosamente, porque había ido a verla esa día, a esa hora, en que de nue-

vo comenzaba a sentir necesidad de afectos.

—He venido a compañarte a almorzar; sabía que estabas sola.

—¿Cómo sabías?

—Tu marido se queda en casa.

Evangelina se dominó con esfuerzo, porque vió los ojos de Margarita espiando sus ojos.

—¿Y te han dado permiso para venir?

—Sí, porque yo lo pedí.

—¿Y quiénes almorzarán en tu casa?

—Mamá, Juan Manuel y tu marido.

Evangelina sacudió la cabeza.

—Juan Manuel, no. Juan Manuel almuerza hoy con mamita Rosa.

Al nombrarlo, experimentó una dulzura no imaginada.

Quedóse distraída y Margarita se echó a reir.

—Yo creía que las recién casadas eran más alegres.

—¿Y no lo son?

—No, tú no eres más alegre, sino más triste. ¿Qué te pasa? ¿te has resentido porque no almuerzas con él?

Habían nombrado a dos, a Darma y a Juan Manuel, y Evangelina tuvo que preguntar:

—¿Quién es él?

—¡Tu marido!

Era tan natural la respuesta, que se ruborizó; ¿cómo pudo creer que se refiriese al otro?

Bajaron al comedor, una gran pieza con vistas al jardín. El resplandor del sol de enero caldeaba el ambiente y hubo que cerrar las persianas.

Margarita se sintió dispuesta a las confidencias.

—¿Me vas a decir una cosa?

Evangelina miró los ojos interrogadores de su amiga, y temió comprometerse.

—¿Qué cosa?

—Deberías adivinarlo: ¿por qué ya no me quieres?

—¡Oh, no sabes cuánto, cuánto te quiero! — exclamó Evangelina, enternecida. — Tú si has cambiado. ¿Por qué no has venido a verme? ¿por qué tienes novio? Podrías decirle que viniera a casa.

—¡Pero si viene todos los días! — exclamó Margarita, sorprendida de aquella ignorancia. — ¿No sabes quién es?

—No sé, no sé, ¿quién es?

—¡Tu cuñado!

Evangelina lo sabía; pero en aquel momento no lo recordaba. Se quedó cavilando qué era lo que desorientaba su pensamiento.

Margarita volvió a notar algo extraño en su amiga.

—¡Evangelina, Evangelina! Ya dos o tres personas me lo han dicho...

—¿Qué te han dicho?

—Que no se explican por qué te casaste.

—Porque quise.

—¡No, no! esa no es razón.

—Entonces declararé: porque él era rico... — respondió palideciendo.

—¡Tampoco! no te creerían; uno, sobre todo, no te creería.

—¿Quién?

—¿No lo adivinas?

Evangelina tembló, comprendiendo quién podía ser.

—¿No lo adivinas? — repitió la niña.

—No, no quiero adivinarlo. Cuando alguien te pregunte, puedes contestarle que te lo he revelado yo: que me casé porque estaba enamorada de mi novio.

—¿Y por qué desde entonces te has vuelto triste?

Evangelina, acosada por aquella inquietante curiosidad, adoptó una gravedad sentenciosa:

—Las niñas solteras no deben tener ciertas curiosidades.

Margarita hizo un mohín, y creyendo que en realidad pudiera haber en aquella tristeza algo inconveniente, cambió de asunto, y se puso a relatar su noviazgo.

Evangelina la oía sin prestarle atención, y de pronto, al ver su cara despejada y alegre, mientras ella tenía el alma nublada, la irritó un mal pensamiento.

¿No la habrían mandado a visitarla, para alejar testigos?

Habían concluído de almorzar y salieron al jardín, adormecido bajo el embriagador perfume de las magnolias foscatas.

—Me duele la cabeza — dijo bruscamente Evangelina. — Dormiría la siesta; ¿quieres quedarte?

Margarita contestó que no, sorprendida del tono displicente, y se fué.

Evangelina corrió a su cuarto, donde solía esconderse, cerró con llave las puertas y se arrojó en la cama.

¿Por qué todos se coaligaban contra ella? ¿por qué espiaban su vida para saber lo que ella misma ignoraba?

¡Su vida! Como una pesadilla la acosaba la visión del día en que por primera vez dijo que sí, a su padre, que fué a proponerle aquel matrimonio.

Graves motivos debían pesar en la voluntad del pobre viejo, pues se animó a pedirle que accediera, porque eso salvaba a toda la familia de un desastre.

Ella sabía que los asuntos de su padre iban mal, tan mal que hacía un mes lo retenían en la ciudad, peregrinando de banco en banco, en busca de una fuerte suma de dinero, necesaria para levantar una deuda que pesaba sobre la estancia. Pero no comprendió

cómo su casamiento podía arreglar las cosas. ¿Era tan rico el novio? ¿era sobre todo tan generoso, que ayudara a su padre, sin que tuviese éste que mendigar su ayuda? ¿Y quién era el novio?

Cuando él se lo dijo, tuvo que repetir el nombre: ¡Darma! ¿qué Darma? Se acordó: Darma era una especie de conde de Montecristo, llegado no hacía mucho a Santa Fe, con un título de doctor y un gran prestigio de opulencia. ¿Era ése, Darma?

Su padre respondió que sí. Efectivamente, lo había visto cien veces, porque no se daba reunión o fiesta en que no lo encontrara siguiendo sus pasos y devorándola con mirada fogosa.

¿Era ése el que salvaría a su padre? ¿De dónde lo conocía él? Su padre le contó una historia, algo enredada, que jamás comprendió bien.

Le creyó: meditó algunos días, hostigada por la mirada afligida de don Pedro. Miró de frente la vida, y con aquel supremo desdén con que trataba las cosas que le pertenecían a ella sola, aceptó sin que la voz le temblara, porque con tal que Dios le diese las fuerzas que le pedía, lo demás, que era la dicha, cuyos caminos se cerraba voluntaria y definitivamente, no le importaba nada.

¡Qué vanidad era la dicha! ¡Cómo podían los hombres fatigarse, persiguiendo una cosa tan frágil, que los tornaba tan egoístas!

Poco tiempo estuvo de novia. Darma parecía haber acogido su resolución como la cosa más natural del mundo; mas le hacía la corte de un modo tan vehemente que la llenaba de terrores. Sin embargo, pronto se habituó, y las largas conversaciones confidenciales, los planes de la vida futura, los magníficos regalos, las felicitaciones, las mismas envidias, crea-

ron en torno suyo una atmósfera excitante, en la que vivió hasta el día de la boda.

Y entonces comenzó a despertar. Conoció de golpe a su marido; vió en él la voluntad imperiosa y tenaz, que llegaba a su fin sin vacilar ante nada, como ella misma, pero con una gran diferencia, que él ponía su interés sobre todas las cosas, y para ella su propia suerte era la más vana de las vanidades.

Un día, no recordaba cómo, tuvo la intuición de que su marido había sido el amante de su hermana, y comprendió entonces la actitud hostil de María Teresa y las misteriosas reticencias de su padre.

Y aquel descubrimiento iluminó con una luz despiadada la profundidad del abismo a donde voluntariamente, se había arrojado y le dió la clave de otro misterio.

Pasada la luna de miel, su marido, se alejó sin el menor disimulo, para seguir su vida turbulenta y disipada.

Ella sufrió todo en silencio, cerrada a las confidencias, creyendo, que al librar su alma a otros ojos que los de Dios, se desvanecía el intenso perfume del sacrificio.

Había refrescado la tarde, pues caía el sol.

Abrió las celosías y un vientecito nuevo, que parecía nacer y morir en su huerta, inundó la estancia, oliendo a jazmines. Su mórbida dulzura la enervó como una música triste, y sintió un gran deseo de llorar.

A la cabecera de su cama había un retrato suyo de primera comunión. Lo descolgó para mirarlo, y como si las viese pintadas en un lienzo, recordó las escenas de aquel día. Por la mañana, muy temprano, había comulgado al lado de mamita Rosa y de Panchita, con otras compañeras de colegio. Más tarde, Juan Manuel la llevó a la fotografía. Veíase con su largo vestido

blanco, su velo de tul, su carita alegre, alegres los ojos, alegre la boca que sonreía, alegre el alma inocente, tan alegre toda ella, que el fotógrafo tuvo que renunciar a poner en su figura la más leve pincelada mística.

La retrataron así, como quiso ella ponerse, y Juan Manuel, al volverla a casa, le dijo que había estado deliciosa y la besó en los ojos.

¡Qué lejos iban quedando aquellas cosas en la vida y en el tiempo!

En todos sus recuerdos se mezclaba la imagen de él.

Alguien llamó a la puerta. Colgó el retrato y dió orden de pasar. Entró una sirvienta a anunciarle que su coche estaba pronto.

No habría salido, y vaciló un momento, pero la soledad era mala compañera. Se vistió y se fué a visitar a mamita Rosa, para desagraviarla por haber desairado su invitación.

Fué creyendo que a esa hora ya no se encontraría con Juan Manuel, mas se engañó, porque él corrió a recibirla, como dueño de casa.

Entraron sin cambiar una palabra, y mamita Rosa les salió al encuentro.

—¡Qué olvidada me tienes hijita! — exclamó abrazándola.

La condujo hasta un rincón del patio, amueblado con sillones de mimbre, para su tertulia.

Evangelina adivinó en la sombra creciente de la tarde, la mirada de Juan Manuel, persiguiendo todos sus gestos, y se puso a hablar con vehemencia para disimular su turbación; y él viéndola tan irrevocablemente alejada, sintió, como un mar que sube, la amargura de haberla perdido.

La abuela, que nada observaba, se levantó para convidarlos con un sorbete de guindas, especialidad suya.

Quedaron solos. Él no habló, temiendo traicionarse; y ella, comprendiendo que el silencio descubría lo que deseaba esconder, se puso a contar que esa mañana había ido Margarita a acompañarla por que estaba sola.

Se interrumpió de improviso, y él la interrogó:

—¿Estabas sola?

—Sí.

—¿Y tu marido? — preguntó él con la voz insegura.

—Almorzó en tu casa, con Delfina.

Hubo una pausa; él procuró comprender por qué había puesto ella tanta violencia en aquellas palabras; pero su imaginación, arrastradas por otras fuerzas, no dió con la clave.

De nuevo quedaron callados. Adentro, la abuela había encendido una luz, y hacía ruido de cristales. Afuera, en la galería, los contornos de las cosas iban borrándose en el gris.

Juan Manuel, con el corazón dolorido, rompió el silencio.

—¿Te acuerdas Evangelina? Éramos como hermanos. Y ahora...

Ella lo miró, segura de que él no vería sus ojos, en los que la ansiedad ponía una indefinible expresión.

—¿Qué? — preguntó suavemente.

—Ahora estamos como dos desconocidos. Han pasado tres años; yo tenía deseos de verte... ¿Y tú?

Ella no contestó; levantóse y corrió a ayudar a mamita Rosa, que traía en una bandeja su famoso refresco.

Juan Manuel tocó apenas su vaso; sentía una íntima angustia. Inventó una excusa y se fué, seguido por la mirada solícita de la abuela, que se quedó un rato hablando de él.

—Me apena este muchacho. No ha traído nada de su viaje, ni alegría, ni salud. El lo niega, pero yo

tengo ojos de madre y lo veo...

Evangelina se atrevió a preguntar:

—¿Y el noviazgo?

—Se deshizo.

—¿Lo ha sentido mucho él?

—No sé; creo que no.

—Entonces ¿por qué está triste? — preguntó la joven, con la voz ligeramente velada.

—¡Qué se yo!

Y luego, como si hablara consigo misma, contestando a preocupaciones que ocultaba, agregó:

—Dios escribe planas derechas, con renglones torcidos. Nosotros no sabemos a dónde nos lleva su mano, cuando vamos por vías dolorosas y confusas. Yo soy vieja y he visto y he pasado muchas tristezas. Pero hay tristezas que se confían a otros y hay tristezas que se ocultan orgullosamente. Estas son malas, pues envenenan el corazón.

—¿Por qué lo dice? — preguntó Evangelina.

—Porque es así. La confianza, debería ser la primera cualidad de las almas buenas. Hablar a tiempo, es muchas veces, enderezar el curso de la vida. "¡Ay del solo!" dice la Escritura, hijita; ¡ay del solo! no solamente del que vive, sino del que piensa, del que obra, del que resuelve solo sus cosas, aunque permanezca en medio de los hombres.

Evangelina comprendió que en aquellas palabras iba una oculta alusión a ella. Tuvo miedo de que el instinto certero de la abuela adivinara lo que a toda costa quería reservar para sí, y se levantó.

—Mamita, tengo invitados esta noche, y para que la cosa ande bien, debo estar allá; vendré mañana, le prometo.

Y salió, toda estremecida por aquellas palabras que acababa de oir.

Entró en su casa; su marido no había vuelto aún; ¡sabía Dios en qué gastaba las horas!

Subió a su cuarto y se detuvo en un vestíbulo abierto, que avanzaba como un balcón sobre la ciudad bullente en la frescura de la noche.

Un momento se sintió conmovida, y se apretó los ojos que se le llenaban de lágrimas.

¡Dios mío! qué razón tenía la abuela en hablar así.

Pero fué una sola racha, y pasó.

En el cielo temblaban las estrellas profundas; del lado del río se alzaba una luna rojiza; en las calles se encendió el largo reguero de los focos; y en su alma se hizo también la luz, con la resolución de guardar su secreto, cerrando los labios a la queja, segura de que aquel sentimiento no podía ser malo mientras quedara escondido como el agua de una fuente sellada.

XIV

Hacia fines del verano, llegó un día don Pedro Rojas a su estancia.

No había anunciado aquel viaje, y nadie lo esperaba en la estación, a tres leguas de su casa. Tenía relaciones en todas partes, y, en circunstancias como aquella, más de una vez se había quedado a dormir en casa de algún colono, con lo que provocaba las habladurías de la gente.

Don Pedro dejaba decir y no variaba sus hábitos. Empero, esa tarde, graves preocupaciones quitábanle los entusiasmos que le hacían pernoctar fuera de su casa. Pidió un tilbury a uno de sus conocidos, y emprendió solo el camino.

Al entrar en el monte, lleno de sombras ya, no pudo evitar un escalofrío, que le hizo llevar la mano a la cintura, buscando el revólver.

No era pusilánime, pero los tiempos estaban inseguros, la política embravecía las pasiones y él era uno de los caudillos concentracionistas más resistidos del norte de la provincia, candidato a senador por su departamento, y dueño de las libretas cívicas de todos los votantes de aquellos pagos, compadres o ahijados de él, cuando no parientes por detrás de la Iglesia.

Al rato de andar en el monte, en el magno silencio de aquella hora, sintió el galope de un caballo que no veía. Intrigado y con la imaginación inflamada por lo que en el pueblo le contaron, — que los liberales, sus más porfiados enemigos políticos, trataban de tenderle un lazo, — detuvo el vehículo y prestó oídos.

Resonaban los cascos del caballos, pero no ya a la derecha, sino a la izquierda, al otro lado de un cerco que corría a lo largo del camino.

—Son dos, — pensó; y a lo lejos, entre el monte, columbró una figura blanca, el caballero de su derecha aguardando, sin duda, que él continuara la marcha.

Apuró su caballejo, lamentando no haber aceptado un gran tordillo de carrera, que el jefe de la estación le ofreció en lugar del tílbury, y con el cual habría corrido mejor.

Como sucede en el campo, donde el crepúsculo parece más duradero que en las ciudades, la noche no llegaba nunca.

Cuando alcanzaba un trozo de camino donde el polvo era más espeso y el ruido del tílbury se apagaba, don Pedro oía distintamente la carrera precipitada del jinete del monte, tratando quizás, de adelantársele.

Indudablemente lo seguía, y hasta podía observar que se le iba aproximando.

El caballo del tílbury era de andar desmenuzado en trancos pequeños, y en vano lo hostigada con el látigo. Un vaho de sudor alzábase de sus flancos, resoplaba fuerte, sin perder los bríos, acribillaba a pedradas la madera del pescante con los menudos terrones que lanzaban sus patas, pero no adelantaba con la rapidez que don Pedro deseaba.

Ya éste no oía a su perseguidor de la izquierda,

que tal vez se habría internado en el monte, siguiendo un senderito.

Esa desaparición aumentó su desconfianza; desprendió la presilla que sujetaba el revólver al cinto, echó a un lado el ala de su saco de lustrina, a fin de tener más a mano la culata, y dejó de castigar al caballo para no cansarlo, pues aún distaba una legua de su casa.

Calculaba alcanzar los alfalfares con las postreras luces del crepúsculo, cuando a lo lejos, vió aparecer al jinete de la izquierda, que echó pie a tierra y con un facón se puso a hachar el alambrado para llegar a la carretera, y casi en seguida divisó al de la derecha que, saliendo del monte, se reunió con el otro.

Dejó el látigo y tomó el revólver, y se les acercó sin demostrar inquietud.

—¡Buenas tardes, amigos!

—¡Qué buenas tardes, ni qué amigos! — contestó uno de ellos, que saltó como un gato al pescante del tílbury; pero el caballo, espantado, arrancó bruscamente, y el asaltante erró el pie y rodó por el suelo, a tiempo que su compañero, por el otro lado, acometía en la misma forma, empuñando el facón, que brilló con un relámpago azul.

Don Pedro no le dejó asestar el golpe; se volvió rápidamente, y en plena cara le disparó un tiro, abrasándolo con el fogonazo.

—¡Nada me has hecho canejo! ¡Viva Darma!

Oyó Rojas la exclamación, pero no comprendió en aquel momento su sentido.

Quiso apurar la marcha, pero el caballo se le plantó encabritado; soltó las riendas inútiles y sintiendo el peso del primero de sus asaltantes, que se trepaba por la trasera del tílbury, alcanzó a esquivar una puñalada que lo habría envasado por la espalda. Contestó con

otro tiro, y esa vez su agresor cayó en tierra pesadamente.

Se echó hacia adelante, esperando del otro un nuevo ataque: pero con gran sorpresa lo vió montar a caballo, y huir hacia el bosque.

Sobre el polvo yacía el herido, hipando de dolor. Al ver que Rojas se acercaba, le dijo blandiendo el facón.

—¡No se arrime, don, porque lo voy a matar!

Rojas, se echó a reir.

El paisano quiso incorporarse, cuchillo en mano; don Pedro le apuntó con el revólver.

—¿Querés que te despache de una vez?

—Tengo mujer y tres hijos, señor, — contestó soltando el arma.

Don Pedro la recogió y la tiró lejos.

—¿Dónde es la herida?

—No sé, señor, creo que en el hombro izquierdo, porque no puedo mover el brazo.

—Bien hecho, salvaje.

—El que es mandado no es culpado.

—¿Y quién te mandó?

—Me conchavó el compañero que ha huído.

—¿Para qué fué el conchavo?

—Para cuerear un cristiano, me dijo.

—¿Y no sabés quién lo mandó a él? — preguntó don Pedro, recordando el "viva Darma", dado por el otro.

—No sé, señor.

—Bueno. ¿Querés pasar la noche aquí o querés que te lleve?

El paisano vaciló un momento; luego se incorporó, ayudado por Rojas.

—Lléveme a su casa, patrón. porque el otro ha de volver y me va a despenar para que no charle. Y usté

agradezca a Dios la oscuridad, que a ser de día lo asamos a balazos desde el monte.

—¿A balazos? ¿con qué?

—Teníamos dos carabinas que nos facilitaron en la comisaría.

—¿En la comisaría? — interrogó don Pedro en el colmo de la sorpresa, pues tenía al comisario por gran partidario suyo.

—Así le oí decir al compañero.

—¿Y dónde están esas armas?

—Contra ese quebracho señor, — dijo el herido señalando un árbol a cierta distancia.

Don Pedro, que quería saber a qué atenerse, fué a buscarlas y trajo las dos carabinas, en las que, a la luz de un fósforo, pudo ver el sello de la policía de la provincia.

Dió un gruñido de satisfacción porque aquello era un famoso argumento para probar ciertas cosas; alzó al herido a su coche, ató de uno de los fierros el cabestro del caballo que montaba, y que no había para qué abandonar, y echó a andar hacia las casas, interrogando a su impensado compañero, que desgraciadamente parecía ignorarlo todo.

Algo pudo sacarle, sin embargo: también él había oído hablar de Darma.

—¿Qué Darma? — preguntó Rojas.

—Ese que va a ser gobernador, si ganan los liberales.

—¿Los liberales? — interrogó don Pedro, cada vez más intrigado por aquellas noticias.

—Sí, señor, los liberales.

—¡Pero si Darma no es liberal!

—Si ha de ser, señor, y lo está escondiendo.

Don Pedro no habló más, porque vió en esas sim-

ples palabras del paisano la razón de la conducta equívoca de su yerno.

Hasta entonces Darma figuraba en las listas de la Concentración, y hasta se habló de su candidatura para diputado provincial, que no aceptó, porque sin duda, tenía más vastos proyectos, y alimentaba el deseo de pasarse al partido liberal, en que tan fácil parecía medrar.

Pronto llegó don Pedro a la estancia con su prisionero, que se quejaba de atroces dolores.

—¡Bien hecho, por bruto! — le decía él, a manera de consuelo.

Halló a su hija aguardándolo, desde que sintió el ruído del coche.

Cuando ella y los peones que se acercaron, vieron al herido, don Pedro se echó a reir, con una risa maligna, que le hacía temblar el abdomen:

—Pídanle que les cuente el caso, si es que le han quedado ganas de contarlo.

Y como el pobre diablo, casi desmayado, contestara con gemidos, Rojas proclamó a voces:

—¡Hazañas liberales, amigos! Me han querido atajar el resuello, porque sólo matándonos pueden impedir que les ganemos las elecciones.

Y contó el lance, callando la parte que en ello debía de tener su yerno.

Esa noche llamó a su hija, y a puertas cerradas, con semblante fosco y voz triste, le dijo:

—¿Sabés cómo se hizo el casamiento de tu hermana Evangelina?

María Teresa, sorprendida por la pregunta y la cara nublada de su padre, se dispuso a escucharle con interés.

—¿Cómo?

—Lo hice yo, y me pesa más que un crimen. Hace tiempo debí vender la estancia: se vencía una hipoteca; necesitaba dinero y nadie me lo prestaba. Un día, en un banco a donde volvía lleno de vergüeza a mendigar un préstamo, me abordó un hombre... ¿Sabés quién era?

—¡Darma! — dijo ella, que empezó a comprender la historia.

Don Pedro asintió con un gesto, y prosiguió:

—Me preguntó si no lo recordaba, y le dije que no, pues no tenía ganas de tratar con quien había echado de mi casa poco menos que a latigazos. Pero toda la ciudad estaba llena de la fama de su inexplicable riqueza, y con ese miserable instinto que en los momentos de apuros nos hace ver un salvador probable en todo rico, finjí reconocerlo de pronto y le estreché la mano con calor, deseoso de lograr una sonrisa. Pareció alegrarse de mi buena memoria. Me habló de un negocio, de campos, en que acababa de ganarse un platal, y me declaró que no hallaba qué hacer con el dinero. Seguramente conocía mis apuros y quería invitarme a que le pidiera un favor, y no me hice rogar; cuando uno está ahorcándose, todo es bueno para hacer pie. Me hice el zonzo, y le hablé claro. El me habló más claro todavía: me ayudaría, si yo lo ayudaba en otra empresa. Pensé que sería cuestión política, pero se refirió a Evangelina.

María Teresa, que escuchaba de pie, atrajo una silla y se sentó; una extrema inquietud se pintaba en su rostro pálido.

Rojas prosiguió:

—Me dijo que estaba enamorado de ella y me pidió que lo ayudara. No me pareció mal cadidato, porque lo veía a través de mi interés; pero le contesté lo de siempre, que si ella aceptaba... Me tomó el brazo cam-

pechanamente, me llevó a almorzar a su casa, un palacete donde vivía como un sultán, lleno de criados y creo que de mujeres, y al final me rogó que convenciera a mi hija... ¿Te acordás? un día lo expulsé de aquí como a un perro...

Don Pedro se calló; miró a la joven, palidísima, los ojos cerrados, echada hacia atrás la cabeza, sobre el respaldo de la silla.

—¿Estás enferma?

—No; cuente, cuente, — contestó ella, reponiéndose; — estoy cabeceando de sueño, pero quiero saber esa historia.

—Bueno, pues, esa noche hablé con Evangelina... Estoy viendo los ojos asustados que me puso. ¿Darma? — me dijo, — ¿quién es Darma? Yo le expliqué: debió comprender mi situación, porque sin más noticias, me contestó que lo iba a pensar. Tres días después una mañana, fuí a casa de Darma a llevarle el sí de Evangelina y... ¡a pedirle la firma!...

María Teresa se sonrió con lástima; don Pedro observó la sonrisa, pero nada dijo y prosiguió su relato.

—Me dió la firma, saqué plata, pagué lo que tenía que pagar, y lo acompañé a lo de tu abuela, en su primera visita de novio. Después, las cosas marcharon solas y no tuve tiempo de arrepentirme, porque el casamiento fué rápido.

—Y ahora — interrogó María Teresa, — ella... ¿es feliz?

Don Pedro sacudió la cabeza.

—Dicen que no... Yo hace un siglo que no la visito; la veo en la casa de tu abuela. A la de ella no voy, porque él me ha engañado como un chino; su firma, esa firma que le pedí a cambio del sí de mi hija, ¡fué por seis meses! Después me la negó; ahora me estoy ahorcando de nuevo, y si no fuera que la política me

ayuda, ya la estancia estaría hecha polvo.

María Teresa no había oído nunca a su padre hablar con aquella emoción, los labios trémulos, los ojos preñados de lágrimas, rescatando con una sincera amargura la vergüenza de haber comerciado con su hija.

—Y no es eso lo peor — siguió diciendo: — lo peor es que después de haberme engañado a mí, la está engañando a ella: el miserable, según dicen, y lo creo, anda en amores con Delfina, la viuda de Barnes.

—¿Y él, él? — preguntó ella, levantándose impetuosa.

—¿Quién?

—¿Juan Manuel, lo permite?

—No sé; dicen que nada sabe y es posible... Y aún hay más. Darma es el que ha conchavado para asesinarme a esos dos infelices, porque le estorbo para su política en este departamento.

—¿Pero, no era él de su mismo partido?

—Así lo creía yo, aunque ya decían que estaba entendido con los liberales.

María Teresa se acostó tarde, después de haber curado al herido, a quien se le hizo una cama en un galpón, donde se guardaban los útiles de labranza.

Al atravesar el patio oscuro, porque grandes nubes relampagueantes ocultaban las estrellas, vió a Damián que la seguía. Se le acercó y la palmeó en el hombro.

—¡Damián, Damián, a dormir que es media noche! Tengo que hablarte mañana; ¿me despertarás temprano ?

—Sí, niña; — contestó él, asombrado de que ella lo tuviese en cuenta.

Al clarear el alba ya estaba en pie, desvelado por

la dicha de tener una orden de ella que cumplir.

Para hacer tiempo, fué a ver al herido, y encontró vacía su cama. Nadie lo vió salir, ni los perros ladraron esa noche: pero el pájaro había volado.

Con la noticia de esa fuga, se llegó hasta la ventana del cuarto de María Teresa.

—¡Niña, niña! — gritó por la rendija de las maderas.

Ella advirtió el aviso y fué a abrirle, premiando su obediencia con una sonrisa.

—El herido de anoche se ha ido, niña.

—¿Se ha ido? ¿Solo? ¿A dónde?

—Nadie sabe; pero se ha ido.

—¿Y su caballo?

Damián no se había fijado; corrió al sitio donde esa noche él mismo lo atara y no lo halló.

—Mejor, — dijo María Teresa, vestida ya, y no explicó por qué le complacía aquella fuga.

Y se fué al corral a sacar el jarro de leche que tomaba su padre. Pidió luego a Damián que le ensillara dos caballos, el de ella y el de él, porque deseaba recorrer el campo, para ver un alambrado que debía estar roto.

Damián voló a cumplir su mandato, y cuando vino con los caballos de la rienda, y ella le ordenó que la acompañase, a él le pareció que la tierra daba vueltas, tan turbado se puso.

Arrancó ella al galope, y él la siguió, mas no pudo ver su cara nublada como el cielo, en que se preparaba una borrasca.

Anduvieron así un buen trecho, oyendo, cuando el viento se calmaba, el galopar acompasado de los caballos, y el estampido de truenos lejanos.

De pronto ella lo habló, sin mirarlo:

—Damián, ¿te acordás de Darma?

Damián, vaciló en responder.

—El que fué mi novio, — añadió la joven, para alumbrar la memoria del paisano.

¡Oh! Damián no lo había olvidado, ni lo olvidaría nunca.

—Sí, niña, — contestó.

—Se casó con mi hermana, y la ha engañado... como me engañó a mí, ¿sabías?

El se estremeció ante la evocación de aquel recuerdo y ella aguardó su respuesta mirándolo.

—¿Sabías que me engañó a mí?

—No niña; pero así habrá sido. ¡Cómo había de quererla ese hombre!

—¿Y vos, y vos? — interrogó ella con furia, acercándosele tanto, que un mechón de sus cabellos, agitados por el viento, castigó en la cara al mozo. — ¿Vos, sabés querer?

—Usté lo sabe, niña, — contestó sencillamente Damián, condensando su historia en esas palabras.

—¿Sabés querer por encima de todo?

—Sí, niña.

—¿Hasta la muerte?

El asintió con la cabeza.

Entonces ella quiso hablar, la cara se le descompuso y le temblaron los labios. Se volvió, dió un rebencazo furioso al caballo, se lanzó a la carrera y él castigó el suyo para seguirla.

—¡Niña María, niña María! — gritó, amedrentado por aquella inexplicable disparada.

María Teresa volvió a juntársele, y él quedó deslumbrado por la hoguera de pasión que ardía en sus ojos, y se sintió más débil y dominado. Sin decir palabra se apeó del caballo y fué a reconocer el estado de la montura de la joven, que lo acarició con el látigo.

¡Cuánto la amaba! ¿qué era el mundo entero al lado de ella?

María Teresa comprendió aquel pensamiento, que la envolvía como una llama, y vió llegada la hora que aguardaba.

—¿Hasta la muerte? — le interrogó, inclinándose sobre él para hablarle al oído, porque el viento arrebataba sus palabras.

—¡Oh! hasta más allá de la muerte.

—Si yo te dijera: matá a ese hombre que me ha hecho daño, y voy a ser tuya, ¿lo matarías?

—¡Lo mataría!

—Si mañana te digo: matálo a Darma...

El paisano la miró, desmelenada bajo la tormenta, los ojos fulgurantes como el relámpago, los labios apretados, blanca como una muerta, pero sacudida por una intensa furia, y sintió que se abrasaba en la misma locura vengativa.

—¡Oh, niña! — murmuró con inmensa pena, — yo quisiera que usté me odiara a mí como lo odia a él, porque es señal de que no lo olvida.

—¿Lo matarás? — insistió ella.

—Sí, niña.

Ella saboreó su respuesta, se inclinó sobre Damián y lo besó en la frente; él se quedó trémulo, como si lo hubiera quemado un rayo. Había pasado tantos años en tan silenciosa y humilde adoración, que ahora, que ella se bajaba a él, su pensamiento se enloquecía a la sola idea de que le era permitido tocar con la punta del dedo aquella mano, que blandía el rebenque.

Fué irresistible la tentación y estiró la suya y la asentó audazmente sobre la de ella.

En aquel instante vibró el bosque entero con un trueno formidable, y fué la señal de una lluvia violenta.

Corrieron los dos hacia el camino, refrenando los caballos que querían huir.

El abría la marcha buscando el sendero, y ella lo seguía, indiferente a la tempestad de la naturaleza.

XV

Desechado el proyecto de comprar la estancia de Rojas, Juan Manuel, abandonó en manos de Delfina los asuntos de su padre, y vió de nuevo correr sus horas vacías.

Desde la tarde en que se halló frente al enigma viviente de Evangelina, no había vuelto a lo de mamita Rosa; y hacía ya de eso dos largas semanas.

Clausurada para él aquella alma, que en otro tiempo fué su refugio, se hundieron sus postreras ilusiones. Porque aún comprendiendo que el espiar en sus ojos la luz del antiguo cariño, era ofenderla, tenía que confesarse que ese propósito lo llevó a la casa de la abuela.

¡Qué miserable egoísta fué! Cuando salió de allí, después de haberla visto inaccesible, llevaba el corazón sublevado contra Evangelina, que podía ser feliz lejos de él.

Feliz, así la creía él, y su despecho le hizo buscar manera de serlo también, ocupando en algo su corazón y su pensamiento.

Como una distracción se le ofreció la política, que en aquellos tiempos agitaba la provincia entera.

No se mezcló a ella; pero comenzó a seguir con interés la marcha de los sucesos, y no estando vincula-

do a ninguno de los partidos en lucha, en medio del apasionamiento general, conservó una singular claridad de criterio que le permitió presumir los desenlaces.

El presidente de la república, para desenredar la madeja política de Santa Fe, atropelló su autonomía y mandó un interventor.

Destituyó éste al viejo gobernador Crespo, y anunció que al amparo del gobierno nacional, se realizarían las primeras elecciones libres en la provincia.

Ante esa perspectiva brotaron los partidos para disputarse el triunfo.

Dos, la "Concentración" y el "Partido de la Constitución", continuaban la política de las agrupaciones que habían estado ya en el gobierno. Los otros dos, la "Unión Sudista" y el "Partido Liberal", entraban en liza con programas nuevos, aportando hombres que no habían actuado.

El partido liberal venía a la lucha después de veinte años de abstención, y aunque era popular, como suele serlo toda idea negativa, su carencia de hombres de estado, lo hacía el refugio de cuantas medianías ansiaban destacarse de cualquier modo.

La Unión Sudista, por el contrario, contaba con la más lucida plana mayor. Pero limitada su acción por la idea localista de arrebatar a Santa Fe sus prerrogativas de capital para dárselas a Rosario, se había acarreado la desconfianza del norte de la provincia, sin acabar de ganarse las simpatías del sur. Aquella idea mutilaba su popularidad.

El interventor nacional, hombre meticuloso, vigilaba los preparativos electorales, y prolongaba indefinidamente la campaña. Y como el presidente de la república se manifestara empeñado en que aquellas eleccio-

nes fueran la gloria de su presidencia, los descontentos acudían a él.

Don Francisco Insaurralde, jefe del partido liberal, era de los más asiduos peregrinos.

Cada semana irrumpía en el despacho presidencial, con gesto airado, protestando de que el interventor ayudaba a la Concentración.

Una mañana, Juan Manuel lo vió llegar a su casa.

Venía el tiempo fresco y el jardín comenzaba a alfombrarse con el oro de las hojas secas, que crujieron bajo sus nerviosas muletas.

Entró en el escritorio, los bolsillos del saco rebosantes de papeles.

—¿A qué vendrá? — se preguntó Juan Manuel.

Eran siempre cordiales sus relaciones, mas la falta de asuntos comunes, solía dilatar sus encuentros.

Iba Insaurralde a hacerle confidencias y a catequizarlo.

—Mi amigo, vengo a darle un gusto...

—Como siempre que viene...

—Ya que por su voluntad, no lo elegimos concejal, queremos pedirle otro servicio, que será darle un gusto literario. Usted se ríe de la literatura liberal, y tal vez tiene razón. Sea, usted, pues, el que nos redacte un manifiesto que vamos a lanzar. Así no se reirá nadie.

Insaurralde sacó unos papeles y comenzó a desdoblarlos sobre las rodillas.

—Aquí traigo la prueba de que el interventor es parcial, en favor de la Concentración; y necesitamos redactar un memorial para el presidente, ¿quiere usted hacérmelo, bien plumeado y fuertecito?

Juan Manuel pensó un rato. Acababa de recibir noticias del atentado contra Rojas, ocurrido tres días antes.

—La Concentración, — dijo Insaurralde, rascándo-

se la barba, intranquilo por el silencio del joven;—ha presentado uno lleno de mentiras. Y nosotros queremos que el nuestro sea lleno de verdades. Usted es capaz de hacer algo bueno; lástima que no sea liberal; lo haríamos diputado, y quizás ministro...

—De cualquier cosa hacen chocolate en las casas de huéspedes. Y voy a serle franco: no puedo encargarme de eso.

—¿Por qué?

—Porque no creo en las verdades de ustedes.

—¡Mi amigo!

—Tengo yo un dato más aplastador que todos esos, — dijo Juan Manuel, golpeando con el dedo los papeles que Insaurralde había desplegado sobre las rodillas.

—No puede ser, — contestó el caudillo blandiendo una muleta.

—Oiga con calma.

Agachó Insaurralde la cabeza, y se puso a hacer un barquito con uno de los papeles, mientras el joven le narraba lo sucedido a Rojas.

A medida que iba imponiéndose de ello, el rostro del caudillo se encendía.

—¡Qué infamia! ¡qué infamia! Pero ¿por qué quiere cargarnos eso en cuenta a nosotros?

—Porque ustedes son los únicos que tienen interés en la desaparición de Rojas de ese departamento.

—No; hay otro que tiene más interés; otro que si no fuera por Rojas, sería dueño y señor del departamento.

—Sí, ya sé, — contestó Juan Manuel; — es Darma.

—Pero ése no es liberal.

—¿Y usted me lo dice, usted que anda en tratos con él?

Insaurralde dió un salto, haciendo gemir las patas de la silla.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Yo lo sé todo.

—Déjese de zonceras: ¿cómo sabe eso?

Juan Manuel, que comenzaba a atar cabos de las cosas que sucedían en torno suyo, había logrado descubrir que Delfina, invitándolo a comprar la estancia de Rojas, lo hacía para alejar al caudillo de ese departamento, a fin de que allí sólo imperase Darma.

—¿Cómo sabe eso? — preguntó Insaurralde por tercera vez.

—Lo sé, porque el otro día ví el automóvil de Darma en la puerta de su casa.

—Fué por un negocio.

—Sí, sí, fué a ofrecerle el departamento de Rojas, a cambio de...

Juan Manuel observó que Insaurralde aguardaba con ansiedad el final de la frase; y aunque no sabía a cambio de qué podía Darma haber ofrecido los elementos electorales del departamento, conociendo su audacia supuso que le interesaba algo más importante que una banca de diputado, y dijo resueltamente:

—A cambio de la vicegobernación.

Insaurralde se levantó de golpe, apretando los dientes; tomó las muletas, dió dos o tres zancadas por la habitación, presa de una viva contrariedad, volvió a sentarse, y dijo:

—¿Cómo sabe todo eso? Pero lo sabe mal; yo le voy a contar lo que hay de cierto; guárdelo entre pecho y espalda. Hace una semana, fué a casa y me dijo: "Señor Insaurralde, aunque estoy afiliado a la Concentración, me disgusta esa gente. — Bueno amigo, le contesté, hágase liberal. — El, medio echado en un sillón, balanceó un rato la pierna, y acabó por

declararme: — Yo puedo darles el triunfo. — Me puse a reir, y él me explicó: — Aún ganando las elecciones en todos los departamentos que creen seguros, sólo conseguirían veintiocho electores. No es suficiente; el colegio electoral se compone de sesenta miembros y necesitan treinta y un votos para sacar triunfante su fórmula. Pues bien, yo tengo y les puedo dar esos votos que les faltan. — Hágalo, amigo — le dije — y hará una obra patriótica. — Comprendía su pensamiento; se refería al departamento de Rojas, de que podía adueñarse, entendiéndose con el suegro; pero Darma nunca me ha gustado y no tenía ganas de tratar con él. Me aduló un poco; me recordó que la convención liberal para designar candidatos a gobernador y vice, se reuniría dentro de dos semanas; me dijo que yo debía ser el gobernador, porque era el único hombre de prestigio conocido fuera de la provincia; pero que si él se nos asociaba, bien merecía la vicegobernación.

—¿Y qué le dijo usted? — interrogó Juan Manuel, satisfecho de la confidencia.

—Que no podía ser, que el partido liberal no traficaba en esa forma; y como pareciera amoscarse, le dije que se guardara sus electores donde no se asolearan, porque nosotros no necesitábamos tránsfugas.

—Y a pesar de todo, él ha insistido, y hoy es liberal, — observó Juan Manuel.

—¡No! ¿quién dice? le doy mi palabra de honor, amiguito, que mientras yo sea el jefe del partido no lo admitiremos ni como soldado raso.

Juan Manuel se guardó de comentar la candidez del caudillo, por no mortificarlo.

—¿Entonces no quiere escribirnos el manifiesto? — preguntó Insaurralde levantándose.

—No, don Francisco.

—Bueno, ¡mejor! irá con faltas de gramática, pero cargado hasta la boca con munición gruesa.

Y salió a grandes trancos, gritando su frase habitual:

—¡Qué bien le vendría a este mocito un baño de liberalismo o de creolina!

Dos semanas más tarde, un domingo a la siesta, se reunió la convención liberal, en un gran galpón con techo de zinc, donde actuaba un "café chantant", y que resultó estrecho para la gente de todo pelaje que lo asaltó.

Susurrábase que los convencionales, tocados con varita de oro, habían cambiado de convicciones, por lo que el nombre de Insaurralde iba a ser substituído.

Contábase que, a última hora, una delegación de convencionales había ido a entrevistarse con él para declararle que no lo votaría; decía la misma versión, que el caudillo montó en cólera, enrostrando a los delegados su inútil defección, puesto que todo el mundo conocía su desinterés.

Uno a uno, inquietos y cohibidos, aunque con la conciencia de su importancia, llegaron al proscenio los convencionales, enviados de todos los puntos de la provincia.

Juan Manuel acudió al acto en que se jugaba la candidatura de su amigo. Buscando un lugar fresco, subió a las galerías altas, donde halló a don Narciso Brañas, que se abanicaba furiosamente con un diario. El canónigo lo miró por arriba de los anteojos.

—¿También es usted de los apóstatas?

—No, yo soy de los fieles.

—¡Bravo! — contestó Brañas, estrechándole vigorosamente la mano.

Abajo, rugía la masa popular:

—¡Que hable el cura Brañas!

Cien manos se levantaron hacia él, agitando sombreros o pañuelos.

—¡Que hable!

Bajo los rayos del sol ardía el techo de zinc, y la atmósfera se iba impregnando de un insoportable olor a políticos pobres.

—¡Ufff! — clamó don Narciso sofocado; — estos liberales deben ser como los avestruces, que sólo se bañan cuando llueve...

—¡Que hable Brañas! ¡que hable don Narciso!

Y una voz enronquecida y vinosa apoyó el pedido:

—¡Que hable, canejo, ya que todos estos convencionales son mudos!

Y luego otra voz, que debía ser de algún liberal porteño:

—¡Si estuviera aquí del Valle!

—¡Viva del Valle!

—¡Vivaaa!

—¡Viva Alem!

Siguieron los "vivas" a los muertos, que no podían aprovecharlos, mezclados con algunos a Insaurralde, mientras en el escenario los convencionales adoptaban actitudes de fotografía, penetrados del mayor respeto hacia los sillones acolchados.

Don Narciso, se trepó a una mesa, y echando atrás las aletas de su caperuza de lustrina, soltó al aire su voz estentórea, que cubrió todos los murmullos de la asamblea:

—¡Sí, señores! ¡voy a hablar!...

Una salva de aplausos acogió su anuncio.

—Voy a hablar, porque tengo que deciros algo que nadie os iba a decir, para que se lo trasmitáis a vuestros convencionales, que son vuestros mandatarios, como quien dice vuestros servidores. ¡No soy liberal! Y, si mi mano pudiera hacer al gobernador, no sería

a Insaurralde a quien elegiría para ese cargo; pero si fuese liberal, me la cortaría antes que depositar en la urna un voto que no fuera por él, que es la encarnación viviente del partido liberal, hasta en sus defectos.

Una tempestad de aplausos y de rugidos de satisfacción envolvió estas palabras, y don Narciso, se aplastó sobre una silla, satisfecho, como si hubiera arrojado algo que le estorbaba en el estómago, mientras los convencionales mortificados se revolvían en sus sillones.

La campanilla del presidente reclamó silencio y se hizo tan profundo, que pudo escucharse el ruido del diario con que se abanicaba don Narciso.

Aquella profunda y tentadora atención del público, despertó la elocuencia de algún humilde orador, que hacía rato sofocaba con pena la explosión de sus dos grandes amores:

—¡Viva Alem! ¡viva mi mama!

La campanilla del presidente tuvo que luchar un cuarto de hora con las carcajadas de la asamblea.

Tratábase de discutir los poderes de los convencionales, para lo cual se había designado un miembro informante, elegido entre los más despejados del grupo.

Se alzó resueltamente e hizo una profunda reverencia al público. Era un hombrecillo regordete, ligeramente aborregado, con el pelo crespo que le devoraba la frente carnosa, y de cara entonada como la bandera del partido. Su inverosímil jaquet, revestido para el acto, levantó oleadas de murmullos en la sala.

El orador extrajo un gran pañuelo a cuadros, se sonó estrepitosamente, sacó sus papeles, se caló unas gafas rebeldes, que a cada momento se le corrían hasta la punta de la nariz, y comenzó a leer, acentuando los párrafos con grandes cabezazos, blanqueos de ojos,

arqueos de cejas e interrogadoras miraditas al público.

Demostraba concluyentemente, con graves citas jurídicas, que todos los poderes de los convencionales debían ser reconocidos, a excepción de uno, que por haberse expedido en papel simple, sin la firma del secretario del comité, no venía en forma... "Pues aunque en nuestros tribunales está aceptada por jurisprudencia casi general, la validez de las cartas poderes..."

De nuevo las risas del público turbaron la solemnidad del acto.

El presidente agitó la campanilla; el miembro informante se refugió en su sillón y los convencionales se conmovieron.

Se pusieron a votar, y una hora más tarde, después de numerosas incidencias, cuando ya la atmósfera del teatrillo era irrespirable, se adelantó el presidente hasta las candilejas y proclamó el resultado de la votación.

"La convención elige candidatos del partido liberal, para gobernador de la provincia..."

Diríase que en la sala se oía el latir apresurado de los corazones; tan grandes eran el silencio y la espectativa de los que aguardaban aquel nombre.

—Para gobernador de la provincia al señor Juan Méndez; para vicegobernador, al doctor Julián Darma.

Un frío polar cayó sobre la sala turbulenta. Algunos se frotaron los ojos, creyéndose dormidos.

—¿Pero no es broma? — preguntó uno.

—¿Darma?

—¿Méndez? ¿Quiénes son?

Y cuando toda aquella gente se dió cuenta de que eso que parecía broma era lo único cierto de la comedia, un formidable viva a Insaurralde hizo temblar el teatro entero.

XVI

Aquellas cuatro semanas corridas desde que se halló con Juan Manuel, habían hecho en Evangelina su obra.

Dulcemente, como se refuerza la imagen de un retrato antiguo, le volvían a la memoria los cuadros de su infancia; y sin que la voluntad consintiera, la miseria de su vida presente hacía de ellos un refugio para su corazón cansado.

Mas no eran los recuerdos de los años primeros, que pasó en la estancia, los que más la asediaban. La figura de su madre solía animar aquella época; pero aparecíasele tan lejana que su imaginación se confundía, y ella y mamita Rosa eran una sola persona, que llenaba la segunda etapa de su vida. Hacia ésta se orientaban todos sus afectos.

Llevaba la existencia de siempre; se levantaba temprano, iba a misa algunos días de trabajo, porque la iglesia la atraía con su quietud silenciosa; atendía su casa, recibía a sus amigas, y hasta se mostraba en público, en los paseos, en el teatro, con su marido. ¡Pero qué falsas eran sus alegrías y qué endeble su opulenta felicidad!

Su espíritu, atado a aquellas memorias, empezaba a llenarse de insinuantes nostalgias.

Luchaba contra ellas, por si era pecado evocar cosas que la entristecían, dejándole en los labios la penetrante dulzura de sus amores de niña.

Al casarse creyó que se desvanecerían para siempre aquellas fantasías; pero sufrió un desengaño, porque si unas veces amanecía con la voluntad templada para el esfuerzo, otras, levantábase quebrantada de cuerpo y alma, ansiosa de quedarse quieta, mirando el jardín, nevado de jazmines y de rosas, ávida de anegarse en la ola disolvente de los recuerdos.

Ahora advertía la honda raíz de aquel cariño que llenó su infancia.

Volvía a verse en casa de mamita Rosa, a la hora en que declinaba la tarde, regando sus plantas, con el corazón anhelante, pues era el momento en que él venía. No llamaba nunca a la puerta; entraba como dueño hasta el segundo patio, y solía acercársele sin ruido, le aprisionaba la cabeza con las manos y la besaba en los ojos.

Tan poderosa era la evocación de aquella escena, que sentía la impresión del beso lejano.

¡Cómo llegó a creer que tales cosas podían ser olvidadas!

Recordaba que una noche, Juan Manuel quedóse a comer. De sobremesa salieron al patio, donde un vientecito del río rizaba el agua de la pileta, y se sentaron juntos en dos sillas hamacas, bajo el palio de un jazmín de lluvia, que desprendía sobre sus cabezas las florecillas delicadas.

La casa se adormecía en el silencio del barrio tranquilo.

Quedaron solos, en el patio sombrío y perfumado.

De pronto rayó el azul del cielo una estrella errante.

Los dos la vieron, y cuando se extinguió, los dos se miraron.

—¿Qué pediste? — preguntó ella, que creía en la realización de las cosas pedidas, mientras brillaba la estrella.

—¡Yo, nada! — contestó él con cierta tristeza; — ¿y tú?

—¡Yo, sí!

—¿Qué?

—No puede decirse.

—¡A mí sí! — le dijo él. — A mí me lo puedes decir todo. ¿Qué pediste?

Ella meditó un segundo, y con la misma naturalidad con que los jazmines exhalaban su perfume, hizo la deliciosa confidencia: "Que el tiempo pasara pronto, para que ella fuera grande antes de que él la olvidara".

Juan Manuel nada respondió.

Una segunda exhalación brilló en el cielo.

—¿Pediste algo esta vez? — preguntó ella entusiasmada.

Y él le contestó:

—Es tan complicado lo que yo pediría, que no tengo tiempo ni de pensarlo. ¿Y tú, pediste algo?

—¡Sí! He pedido que me cuentes por qué estás triste.

El hizo un ademán de protesta, pero fué sincero y dijo:

—Es cierto, estoy triste; pero si te explicara, no comprenderías.

Añadió luego, sin mirarla:

—Si yo me fuera lejos, si pasara mucho tiempo sin verte, si llegaras a creer que yo te había olvidado, si la vida nos separase de tal manera que no pudiéramos

nunca más ser lo que somos, Evangelina, ¿me olvidarías?

Y Evangelina, sin penetrar el sentido de la pregunta, contestó mirando las estrellas que parecían servirla de testigos:

—¡No, no, no!

Ahora, a los años, la vida implacable, le descubría el sentido de lo que entonces no comprendió.

¿Tenía derecho de faltar a su palabra? "Si llegaras a creer que yo te había olvidado, ¿me olvidarías?..."

Para vencer esa impetuosa corriente de recuerdos, huía de su casa, buscando impresiones que la tornaran a la realidad.

Recorría las tiendas, visitaba sus amigas, veía a sus pobres, y cuando regresaba, a la noche, pesábale no haber ido a casa de mamita Rosa.

—Mañana, — se decía.

Al día siguiente no iba, porque tenía un miedo horrible de encontrarse otra vez con él.

La abuela, resentida, le envió un mensaje; ella le prometió visitarla, y fué, pero se volvió de la esquina de su casa, imaginando que él estaba allí y que en sus ojos azorados iba a descubrir su batalla.

En ese tiempo contáronle más miserias de su marido, lo cual, al alejarla de él, la acercaba al otro.

¡Qué horrible tormenta se alzó en su alma leal! ¿Podía ella, sin tentar a Dios, vivir así, puesto el pensamiento rebelde en un hombre que no era su marido?

"¡Ay! del solo!" habíale dicho mamita Rosa. Hubiera acudido a ella, buscando la luz que guiara su conciencia afligida, pero temió contristar demasiado aquel corazón, trabajado ya por tantos dolores; y cavilando acerca de quién recibiría su confesión, se acordó del padre Palau, un jesuíta, antiguo profesor de

Juan Manuel, que la conocía desde niña.

Recordó que un domingo, Juan Manuel, volviendo del colegio a donde fuera a visitarlo, le dijo:

—Evangelina, ¿sabes lo que me ha dicho el padre Palau?

—¿Algo de mí?

—Sí; que cuando cumplas diez y seis años, tenemos que casarnos.

Ella hizo el cálculo: faltaban tres años.

—¿Y Clara Rosa? — le preguntó. — ¿No sabe el padre que tu novia es mejor que yo?

—Dice que tú eres mejor.

Evangelina hizo un mohín, y volvió a preguntar, llenos los ojos de luz:

—Y Juan Manuel, ¿qué dice?

—Que tiene razón, — respondió el joven.

Resuelta Evangelina a confiar su historia a aquel amigo, una mañana se fué al colegio de los jesuítas. Habría preferido hablar de sus penas en la iglesia, en la intimidad del confesionario; pero sabía que el padre Palau, recargado de cátedras y de trabajos, no confesaba, y que para verlo, tenía que ir a la sala de visitas.

Entró en la portería, que perduraba a través de los años, sin otra diferencia que el haber sustituído la antigua campanita de la puerta por un timbre eléctrico, cómodo y vulgar.

Cuando el hermano portero abrió la ventanilla, le pareció extraña su propia voz:

—¿Puedo ver al padre Palau?

—Mala hora para verlo, está en clase, — contestó el hermano, que se quedó mirándola.

—¡Ah! — dijo al fin — ¿es usted la señora de Darma, que venía al colegio con...?

—Con Juan Manuel, — agregó ella, agradecida por aquel recuerdo.

—Sí; Juan Manuel, — repitió el hermano, — Juan Manuel Barnes.

El padre Palau, que salía de clase, pasó por el claustro; corrió el lego trás él, y Evangelina le oyó decir:

—Que me aguarde en la sala de recibo; voy a dejar estos papeles.

Nada había cambiado tampoco allí; en el testero de la primera salita, un gran cuadro de Santa Teresa; en la contigua, un retrato del obispo, con grueso marco dorado; y en ambas el mismo cielorraso de lienzo, el piso de mosaico a triangulitos blancos y negros, que en invierno transía de frío; las sillas, unas sillas de caoba forradas de crin, regalo de mamita Rosa, alineadas a lo largo de los muros enjalbegados; la mesa redonda de un pie, en el centro, cargada de libros, vidas de santos; todo igual, conservando la amable fisonomía de las cosas viejas.

Evangelina sintió una alegría infantil al ver colgados en la pared multitud de retratos de antiguos alumnos.

Allí debía estar el de Juan Manuel. Y en efecto, lo encontró en el mismo sitio, y una indefinible sensación dolorosa le apretó el corazón.

¡Cuántas veces lo había mirado con arrobamiento, pensando que ella algún día sería de él!

El padre Palau, entró repentinamente.

La impresión que producía, justificaba su popularidad. De edad mediana, alto, fino, hermoso como Byron, con quien tenía un lejano parecido, amplia la frente, que empezaba a descubrir una prematura calvicie, los ojos pardos, iluminados por la intensa llama de la clara inteligencia, las maneras aristocráticas, el pulcro vestir, todo revelaba al hombre superior, que ha-

bía renunciado, por un santo ideal, al gran papel que pudo hacer en el mundo.

Alegróse al ver a Evangelina, y la saludó, dándole la mano.

—¡Evangelina!... ¡dichosos los ojos que la ven!

—¡Padre! — exclamó ella enternecida por aquella cordialidad.

—¿Qué me la trae? — interrogó él, indicándole el sofá, y sentándose él en un sillón.

Evangelina vaciló un momento, sin saber cómo abordar el asunto.

—¿Usted no confiesa, padre?

—Rara vez, hija; ¿por qué? ¿quería confesarse?

—Quería hablarle, como en confesión.

El la miró, buscando en sus ojos tristes, como no se los había conocido, las huellas de los años pasados sin verla.

—¿Me quiere hablar? ¿puede hacerlo aquí o quiere ir al confesionario?

—Como usted guste, padre.

—No es confesión, ¿verdad?

—No, pero...

—¿Son cosas que deben guardarse?

—Sí, padre.

—¿Suyas?

Evangelina asintió con la cabeza.

—¿Tristezas?

Los dulces ojos tristes respondieron por ella.

—¿Tiene vergüenza de hablar viéndome? ¡Hemos sido tan amigos! ¿Tiene vergüenza?

—No, padre.

—Bueno, hable, hable.

Pero en el momento de hablar le faltó la voz, se cubrió la cara con las manos y exhaló un sollozo.

— ¡Hija mía! — le dijo el padre, con tan hondo

acento de cariño, que Evangelina se sintió confortada, segura de que en aquella alma grande y santa hallaría la paz.

Reaccionó por un esfuerzo de su voluntad, y habló:

—Padre, ¿se acuerda de Juan Manuel?

El rostro del padre se alteró, pensando que le hubiera sucedido alguna desgracia.

—¡No, no! — se apresuró a decir ella; — está bien, está perfectamente.

—¿Ha vuelto de Europa?

—Sí, hace tiempo.

—¡Ah! no ha venido a visitarme. ¿Usted lo ve con frecuencia?

—¡No, nunca!

—Cómo, ¿por qué? ¿hay resentimientos en la famimilia? ¿Se casó él?

—No, padre; me casé yo, usted lo sabe; y no lo veo... porque quizás no está bien que lo vea. ¿Se acuerda? Hemos venido muchas veces aquí los dos; usted nos miraba y sonreía; y yo aunque era una chica, penetraba su pensamiento. Usted comprendía que él me quería; ¿pero sabía, padre, cómo lo quería yo?

—Sí, sí, — dijo el padre adivinando la lucha de aquel corazón.

—Yo lo quería, — siguió diciendo — con una pasión que estaba por encima de todo, por encima del tiempo, por encima de los celos. Yo creía que en el cielo estaba escrito que aunque la vida de él pareciera seguir otro rumbo, algún día yo sería su esposa... Y ya vé, padre, no ha sucedido así, y no toda la culpa es de él.

—¿Nacen de ahí sus tristezas?

—Sí, padre. Usted conoce un poco mi alma...

Esperó la respuesta: él asintió con la cabeza.

—Me he criado viéndolo todos los días, y sintiéndo-

me querida por él. No sé si es una fábula eso de que los seres nacen los unos para los otros, pero yo entonces creía que era cierto y que había nacido para él. Sólo cuando se fué a Europa presentí mi destino y lloré sin consuelo. Siempre he sido así; me avergonzaba de que me tuvieran lástima. Algo me anunciaba lo que sucedería; sólo que no fué él, quien hizo imposible lo que fué mi sueño.

—Y su confianza en el destino, ¿qué se hizo?

—Poco a poco fué perdiéndose. Pasaron tres años: de cuando en cuando recibía una postal o una cartita breve; pero al fin dejó de escribirme; llegué a creer que se había casado y que no se animaba a darme la noticia; y no sentí celos, sino una gran indiferencia, como si mi corazón hubiera muerto. Y un día...

Reflexionó un rato.

—Padre, eso ya no es sólo mío; algo de lo que voy a decir pertenece a otros.

—¿Se relaciona con su historia?

—Sí, padre.

—Bueno, cuente, hija.

—Fué mi padre el que tuvo la primera idea de casarme con el que hoy es mi marido; me consultó y yo acepté, creyendo inmolarme como buena hija, por él, que necesitaba un yerno rico, para arreglar sus asuntos. Esto me lo dije, engañándome a mí misma, porque en el fondo, algunas veces pensé que el despecho se había apoderado de mí. Se hablaba en esos días de la próxima vuelta de Juan Manuel, y aunque yo sabía que regresaba desengañado y libre, a toda costa quise mostrarle que lo pasado entre nosotros era cosa de niños. No lo había olvidado; más parecíame que era rencor y no cariño lo que abrigaba; rencor por haber preferido a otra, que al fin no lo quiso como lo hubiera querido yo. Y resolví casarme antes que él llegara, para

demostrarle que no era el único hombre a quien podía amar; y cerrando los ojos, me casé, más apurada yo que mi novio. ¡Qué mala fuí, padre! ¡Qué mala contra él y contra mí!

Se calló un momento, y oyó al padre Palau que decía:

—¡Cómo nos ciega y nos ensordece el orgullo!

Evangelina volvió a hablar:

—Fué como si hubiera despertado de un sueño y comencé la expiación de ese pecado de orgullo. Vi mi vida futura con terrible claridad y me resigné a ella, porque sentía dentro de mí fuerzas suficientes para cumplir mi tarea con fidelidad, si no con amor. He pasado varios meses sufriendo, tranquila ya, pero sufriendo.

Se calló de nuevo.

—No hablemos de mi marido, padre, — dijo con la voz quebrada por una dolorosa vergüenza.

—¡Sí, sí! — respondió el jesuíta sin mirarla, — no hable de él.

Conocía bastante bien la existencia de Darma, y comprendía la extrema repugnancia con que ella hubiera entrado en detalles.

—Yo creí, — prosiguió Evangelina, — que ciertas cosas que voluntariamente había alejado de mí, no volverían a turbarme. Conservaba un poco de miedo a los ojos de mamita Rosa que me perseguían; pero fuera de eso, estaba tranquila, dejando correr mi vida por donde Dios quisiera. No sentí nada cuando supe su regreso. Hacía tiempo que no iba a su casa, porque... se dicen tantas cosas de su madrastra y de... ¿sabe, padre?

El hizo señas de que sí.

—Por aquel lado no temía encontrarme con él; pero un día lo hallé en casa de mamita Rosa, y yo que

lo conozco desde niña, comprendí que estaba triste, que sufría en silencio, que no me había olvidado, que quería hablarme. Lo dejé con la palabra en la boca, porque sentí fundirse mi indiferencia, y vi que no tendría ánimo para hacerlo sufrir con una palabra dura. Desde entonces no lo he visto, porque vivo huyendo de los sitios en que puedo encontrarlo; y vivo huyendo de mí misma, para no sentir el remordimiento de haber destrozado mi vida y la suya por un capricho. Debe de haberse embotado mi conciencia: en vez de estar llena de dolor y de vergüenza, viendo que me ama un hombre que no es mi marido, y que yo, si Dios no me ayuda, voy camino de quererlo como antes, cuando pienso en ello, el alma se me llena de una turbia dulzura. ¡Padre! ¿puede ser pecado esto? ¿Qué debo hacer?

El padre Palau fijó un momento en el suelo sus ojos llenos de sombra, recogiendo sus ideas antes de responder, y contestó con calma:

—En el sentimiento que la agita ¿no hay algo... sensual?

Evangelina enrojeció súbitamente, y respondió vibrante de sinceridad.

—¡No padre!

—¿Está segura?

—¡Oh, sí!

—Bueno, entonces... yo no veo nada ilícito, ni me atrevería a aconsejarle que luchara contra él. ¿Con qué objeto habría de hacerlo? ¿no conoce las palabras de la "Imitación": "no todo sentimiento que parece malo a primera vista debe ser rechazado"? Usted tiembla ante el amor traído por los recuerdos de su infancia: ¿por qué? El amor es una fuerza encendida por Dios en nosotros. En las almas bajas, es como el agua que se estanca y se corrompe; en las almas superiores, es como el fuego purificador que se eleva al

cielo. Ya pueden llover tristezas sobre un alma a quien Dios ha dado un grande y puro amor para su defensa. Porque el amor es así, como un resorte que nos levanta cuando el desaliento nos abate; como una luz que nos guía, cuando vivimos desorientados en la niebla del mundo. Usted ha dicho bien; yo conozco su alma y quizás la conozco más que usted misma, que se juzga mal. En su resolución hubo despecho, pero hubo más abnegación por causas ajenas. A pesar del tiempo que hace que no la veo, yo veía venir estas cosas; ¿por qué no me habló antes?... Ya el reproche es inoportuno, pero no el consuelo. Si Dios ha permitido que su vida se derrame por un cauce donde sólo corren fangosas miserias, El sabe por qué ha sido, y El velará por usted, y le dará las fuerzas en la medida necesaria. "Bástele o cada día su propio trabajo", dice la Escritura. Refúgiese en la oración y la confianza, y reanime su fuerza en la humildad. — "Yo soy — ha dicho el Señor — el que levanto con entera salud a los llorosos; y traigo a mí a los que conocen su enfermedad".

—¿Y a él? — interrogó Evangelina que escuchaba ansiosa aquellas santas palabras; — a él ¿debo dejarle conocer lo que pasa en mí?

El padre Palau pensó un momento:

—¿Qué teme usted? ¿qué sucedería si él lo supiera?

—Yo no sé; quizás sufriría mucho, — dijo ella ruborizándose.

—Eso no es nada. El dolor es también un don de Dios; que lo que más aleja al hombre de los animales es el saber sufrir. "¡Ay, de los que pierden los sufrimientos!"

Evangelina bajó la cabeza.

—Yo — dijo, — yo sabría sufrir; pero él...

—Si él comprendiera, si no hubiera peligro de que

interpretara mal su sentimiento y si él tuviera la voluntad templada como usted, no vería tampoco ningún mal en dejarle saber la verdad. Pero ¿la comprenderá él?

—No sé, — contestó Evangelina con tristeza, recordando que Juan Manuel no había adivinado el delicioso misterio de su corazón de niña.

—Entonces, eso lo verá usted.

Cortóles la palabra la imperiosa voz de una campana.

—Han terminado las clases; van a salir los niños, — dijo el padre Palau.

El jesuíta se levantó para cerrar la puerta, oyendo en el claustro el rumor de los alumnos que llegaban; Evangelina creyó que con aquel ademán quería dar por terminada la conferencia y se puso de pie.

—Bueno, hija, — díjole él, — vaya tranquila; Dios conduce por el camino derecho a los que con humildad se lo piden. Hágase ciega en manos de Dios y déjese llevar.

Salió Evangelina trastornada por una inmensa alegría. Atravesó la plaza bañada por una luz desconocida, que la tornaba más luminosa y pintoresca.

Al doblar una esquina, se encontró con su marido, que pasaba en automóvil, y la hizo subir para llevarla al chalet. Estaba tan satisfecho, que sintió necesidad de explicarse.

—Esta tarde me elegirán candidato a vicegobernador.

—¿Quiénes?

—Los liberales. Y tenemos el triunfo seguro.

Ella hizo un gesto.

—¿No eras concentracionista?

—No. He comprado a tu padre la estancia. Es terco y no me la hubiera vendido a mí; pero la ha vendi-

do a otro que era mi intermediario. Fué la única manera que hallé de desalojarlo del departamento. Después, como es tu padre, hemos transado; se le deja a él la senaduría que pretende, y aún cede todos los votos de que dispone para los electores.

Se frotó las manos y añadió:

—¿No comprendes? es un triunfo, un triunfo mío contra todos.

Evangelina pareció compartir la alegría de su marido; pero en el fondo se preguntaba cómo podían los hombres llenar sus corazones con tales vanidades.

Al llegar al chalet le abrió él la portezuela del coche, la ayudó a bajar, y volvió a subir.

—¿Te vas? — le preguntó ella sorprendida.

—Sí; tengo que almorzar en otra parte.

—¿Con Delfina? — insinuó ella, alterada la voz.

El se quedó callado. ¿Sabía algo Evangelina? La miró en los ojos serenos, que no se bajaron.

—Sí — respondió en tono de broma, pero molestado en realidad, — allí nos hemos reunido los políticos, para confeccionar ese guisado; y hay que darle la última mano.

Evangelina se volvió con desdén, y entró en su casa.

Se le oprimió el corazón con un lejano presentimiento.

—¡Dios mío! — clamó llena de angustia; — ¿qué sucederá cuando los ojos de Juan Manuel vean lo que pasa?

Mas sonaban aún en sus oídos las palabras del padre Palau: "Bástele a cada día su propio trabajo. ¿Para qué entristecernos por cosas que quizás no vendrán nunca?"

Y en su corazón, resignado a seguir las sendas que Dios le marcara, entró la paz.

XVII

El viejo reloj de péndulo que mamita Rosa tenía sobre la cómoda, en su dormitorio, dió las tres, y la despertó de su siesta.

¿Qué había soñado, que le pesaba en el corazón como una losa? Algo sobre su nieta, ciertamente, porque era ella lo que más la preocupaba.

Un mes hacía que no venía a su casa; y a la abuela angustiábala el presentimiento de cosas que no veía; quizás dolores que no podía consolar.

Abrió la ventana, que daba a la calle, y con la luz entró el olor de los naranjos floridos de la huerta de los domínicos, cuyo convento quedaba al frente.

Tendió una alfombrita sobre el estrado que formaba el hueco de la ventana, en el grueso paredón, y mientras Domitila, traía un braserito para cebarle mate, sentóse, calóse los anteojos, y se puso a desdoblar su diario, que solía leer en voz alta; apasionándose con los comentarios políticos, que se hacían carne en su espíritu simple.

Pero desganada esta vez, dejó caer el diario, quedándose quietecita y cavilosa, con los ojos bañados en una luz profunda de recuerdos.

Un torbellino ardiente y ruidoso la arrancó de su en-

sueño. Era Evangelina, que se le echó en los brazos, apretándola fuerte, como para indemnizarla con vehementes caricias de una ausencia que no debía explicar.

—¡Jesús, hija! — díjole ella, tomando una pulgarada de rapé, — si me hubiera muerto no lo habrías sabido.

—¡Mamita! ¡si no he podido venir!

—Claro, la política, los enjuagues en que anda tu marido, te habrán robado el tiempo.

La joven comprendió el reproche y para que no le averiguaran la razón de su ausencia, se puso a urdir un cuento.

Estaba alegre, con una alegría que de cuando en cuando le llenaba los ojos de lágrimas, y habría deseado hacerle alguna confidencia, porque sentía rebalsar en su corazón la dulce paz que le dejara el padre Palau.

Pero tuvo miedo de que la sencilla viejita no comprendiese bien su secreto, y rebatiera con una sola palabra la humilde sentencia que la consolaba: "no todo sentimiento que parece malo debe huirse".

Mamita Rosa no dejó de notar esa alegría, pero no adivinó el motivo, atribuyéndola a intimidades de la casa, en que no le gustaba entrar.

Panchita, que también sesteaba, se levantó en aquel momento, y mamita Rosa, advirtiendo que rebullía en su cuarto, le gritó:

—¡Aquí está la hija pródiga! ha vuelto y hay que halagarla para que no olvide la casa; traeme un casquito del dulce de naranjas que hice ayer.

Cayó al rato la tía con la golosina. Los años la habían acartonado sin envejecerla mucho; era alta y magra, y de suaves y castas maneras; pero había tal inocencia en los ojos y tal santidad en la expresión de la cara, que Evangelina la temía, a pesar de amarla tiernamente, conociendo cuánto distaba su alma apasio-

nada y turbulenta del alma de Panchita.

Más que la abuela, ignoraba ésta las cosas del mundo, pero las adivinaba sin comprenderlas, y Evangelina temblaba de que pudiera descubrir su secreto.

Por eso, después de envolverla en una oleada de mimos, díjole que para no olvidar la casa tenía que recorrerla de nuevo.

Mamita Rosa la dejó ir, y se quedó leyendo su diario; y Panchita salió a concluir su jornada en las callejas de los arrabales, en los hospitales, en los barrios pobres y aún en los opulentos, pues en todas partes había miserias confiadas a su cuidado.

En la puerta de la sala, adonde no entraba desde que se casó, Evangelina se detuvo, temiendo romper el sortilegio que envolvía las cosas familiares.

Flotaba en el ambiente un olor a telas guardadas, que se le agarró al corazón con mórbida dulzura. Conocía todos los detalles, y habría podido pintar cuantos muebles existían allí; el sofá de nogal tapizado de damasco, con perillas doradas; los dos sillones, amplios y majestuosos; las sillas delicadas; a los pies del sofá, una gruesa alfombra, con una gran león amarillo, soñoliento, bajo minúsculas palmeras azules, que, cuando niña, le pobló la cabeza de imaginaciones.

Sobre la mesa redonda del centro, con tapa de mármol y pie de ébano, estaba lo que en un tiempo Evangelina creyó ser la muestra de la opulencia de mamita Rosa, un Niño Dios delicioso, dormidito en una cuna de seda, rodeado de flores, y aprisionado, con multitud de alhajas antiguas, bajo un fanal de vidrio.

En un rincón había un piano, que nadie tocaba y sobre el cual, decían, pesaba la maldición de su antigua dueña, la desdichada abuela de Juan Manuel; lo que

no impidió que mamita Rosa, años antes, lo hiciera afinar para su nieta.

Evangelina recordó esa historia, y se sonrió incrédula; mas no pudo evitar un vago temor al acercarse al mueble, dormido bajo una leve capa de polvo.

Alzó la tapa, que crujió al abrirse, y tocó al azar una nota, cuyo sonido la sobresaltó.

¡Cuántas canciones de amor, que escandalizaban a Panchita, había cantado allí!

Al lado, en una librera, regalo de Juan Manuel, estaban sus papeles de música. Dominó su aprensión y buscó las piezas que más había amado.

Halló la romanza de Cheminade, cuyo sentido le explicara un día Juan Manuel, y se puso a tararearla acompañándose a la sordina, como si temiera despertar el espíritu romántico de su pobre dueña.

"¡Toi, rien que toi, toujours toi!"

Los ojos se le humedecieron, y la voz se le ahogó.

Buscó más entre sus piezas, y encontró una, que Juan Manuel le mandó de Europa.

—"La Quimera", — se dijo, repasando los versos.

Volvió la página y leyó conmovida la dedicatoria escrita por Juan Manuel:

"Evangelina, mañana es tu día. Yo sé que para tu espíritu artístico y luminoso, esto será un buen regalo. Observarás que a pesar del tiempo y de las penas, que como una ceniza han caído sobre mi corazón, todavía vive en mí el recuerdo de la dulce chiquilla que llenó de sueños mis veinte años.

"Cierro los ojos y te veo como entonces, volviendo del colegio, los libros bajo el brazo, el uniforme azul de vivos rojos, los cabellos cortados en melenita, los ojos chispeantes, la boquita fresca".

¡Qué a destiempo llegaron aquellas palabras!

No cantó muchas veces, la canción, porque aconte-

ció su noviazgo y poco después su casamiento.

Pero ahora, comprendió la desesperada súplica que encerraba.

Aturdida por la emoción, se sentó delante del piano y entonó los versos:

Tu amor fué para mí como una estrella
Que iluminó el sendero de mi vida,
Y como el corazón no creyó en ella
Entre las sombras se quedó dormida;
Tu amor fué para mí como una estrella

Tu amor fué para mí como una rosa
Que sin dejarse ver, me envió en el viento
Su alma perfumada y misteriosa:
Tu amor fué para mí como un aliento
Tu amor fué para mí como una rosa.

Tu amor fué para mí una serenata
Que en sueños me encantó; la aurora vino,
Y errante y distraída mi alma ingrata
Perdió hasta su recuerdo en el camino;
Tu amor fué para mí una serenata.

¡Oh, mi dulce quimera! ¡quién pudiera
Borrar el tiempo y desandar lo andado
Y volver a empezar la primavera
Con la sabiduría del pasado!
¡Oh, mi dulce quimera!

La ola de aquella armonía inundó la casa.

Al concluir la canción, Evangelina cerró el piano, apoyó sobre él la frente, y se echó a llorar, porque el amargo torrente que hacía tiempo se embalsaba en su alma, llegaba hasta el borde ya.

Una mano la tocó ligeramente en el hombro; creyó

que sería mamita Rosa, y se avergonzó de que la sorprendiera así; pero alzó la cara y se halló delante de Juan Manuel, que al entrar, oyendo las primeras notas de aquella música bien conocida de él, se aproximó, para saborear la queja de su propio corazón en los labios de ella.

Evangelina no hizo el menor movimiento; lo miró no más, con los ojos elocuentes, turbios de llanto, sin miedo ya de él, con una inmensa necesidad de ser sincera, aunque debiera morir allí mismo, de vergüenza.

—¡Evangelina! — le dijo él — ¿llorabas?

Y hallando el mismo ademán con que antes disipaba sus penas de niña, le alzó la cara llorosa con la mano trémula.

Evangelina tembló toda entera, sintió que un huracán pasaba sobre ella, plegándole las fuerzas, que la iban a traicionar, y huyó al dormitorio de mamita Rosa, anunciando con una falsa alegría, que disimulaba su agitación:

—¡Aquí está Juan Manuel!

Un pensamiento que hacía rato rondaba a la abuela, pareció fijarse en la mirada dolorosísima con que envolvió a ambos.

—¡Hijitos míos! — les dijo, como si fuera a hablar.

Empero se calló, y los dos comprendieron que no se había animado a seguir. Juan Manuel la abrazó, pálido como un muerto.

Salieron al patio, pues ya la sombra se insinuaba en las piezas enormes, y se sentaron en sillitas bajas, como antaño, a la vera de la gran pileta, donde nadaban seis patitos nuevos, deliciosos con su plumón amarillo.

—¿Quieren mate de leche? — preguntó la abuela.

Evangelina estuvo a punto de decir que no. Pero Juan Manuel había aceptado, y Domitila venía ya con un braserito chisporroteante.

Mamita Rosa, volcó la yerba vieja del mate, y comenzó a narrar una historia.

—Oyendo el piano, me he acordado de mi pobre hermana, que fué su dueña. Mi hermana Carlota era en su tiempo una de las niñas más bonitas de Santa Fe. Rondábanla muchos buenos mozos, y como entonces se usaba dar serenatas, más de una vez la serenata concluyó a tiros, porque se encontraron dos guitarreros ante la puerta de nuestra casa.

Carlota no aceptaba los festejos de ninguno de ellos; muy jovencita aún se había enamorado de José León, un primo lejano, criado por mi padre, y que, mozo ya, le servía de dependiente en su casa de comercio. El estaba tan apasionado como ella; pero mi padre no veía con buenos ojos aquellos amores de su hija con un hombre sin fortuna, y los dos, para hablarse, tenían que venir a mi casa, esta misma casa, en que yo viví desde que me casé, y que he procurado conservar invariable en medio de las transformaciones de todo el barrio. Mi madre nada decía, pero nosotros, sabíamos que era sumisa a la voluntad de mi padre.

Un día, José León me dijo que se marchaba a Buenos Aires, donde estaba su familia, y que sólo volvería cuando su tío no le tuviera en menos. De ese viaje, que en aquellos tiempos era como ausentarse a Europa, Carlota no me habló; tenía la mala costumbre de esconder sus pensamientos, y era muy difícil obtener una confidencia sobre las cosas que sólo a ella pertenecían.

Se perdió de mi casa como si tuviera agravios conmigo; pero, a los años del suceso, vino a darme la más inesperada de las noticias.

—¡Me caso dentro de ocho días!

Conocía yo sus muchos festejantes, mas no hubiera creído que eligiera al que eligió, a un español muy

rico, malquerido en nuestra casa, porque con su comercio estaba arruinando a mi padre.

La boda se hizo en la semana, y la noticia cayó como una bomba en Santa Fe.

Era un carácter especial el suyo, no bien comprendido de nadie; alegre, con una alegría ruidosa, entre sus amigas; a solas cambiaba su modo y se tornaba seria, casi triste. Tocaba el piano admirablemente, y, lo que era raro y hacía creer que la ida de José León la había afectado más de lo que decía, tomó la costumbre de levantarse algunas veces de noche, mientras los demás dormían para encerrarse en la sala, y ponerse a tocar a la sordina, con tal expresión que más que tristeza daba miedo.

Juan Manuel escuchaba inmóvil, con un pliegue en la frente, contemplando cómo avanzaba la sombra en el patio.

—Dos años después del casamiento, — siguió diciendo la abuela, — estalló la guerra del Paraguay. Supimos que en uno de los primeros cuerpos del ejército que se enviaron, iba José León.

Mandado por su jefe, llegó a Santa Fe, donde estuvo dos o tres días reclutando gente. Ignoro qué otras cosas hizo; pero una de aquellas noches, a altas horas, oí una voz que me llamaba a una ventana de la calle y me desperté con susto. Yo había enviudado hacía poco, y vivía sola con dos sirvientas y mis hijas. Creí haber soñado o quizás tuve miedo, pero no abrí y al rato sentí el ruido de un coche que se alejaba, y como todo quedara en silencio me dormí en seguida. Hacia el alba oí el llanto de un niño en la misma ventana; llamé a una de las sirvientas, abrimos y encontramos una carta, y abajo en la vereda, una criatura abandonada, que lloraba desesperadamente. Salió la criada a recogerla, y entre tanto yo leía la carta.

Era de Carlota, para contarme que se iba, y pedirme que no tratara de averiguar con qué rumbo, porque no volvería nunca; y que la perdonase y me encargara de su hija, de diez meses entonces.

—¡Mi madre! — exclamó Juan Manuel enternecido.

La abuela agachó la frente, bajo el peso de aquellas antiguas tristezas.

Evangelina miraba el cielo, con nubes teñidas de púrpura hacia el poniente, y parecía no escuchar. Los seis patitos nadaban sin ruido en la pileta, arrugando levemente el agua obscura.

La abuela siguió contando:

—Sólo yo sentí de veras a mi pobre hermana. Mi madre había muerto y mi padre juró matar a su hija, si alguna vez caía en sus manos. El marido anunció también una venganza que haría memoria en aquel pueblo lleno de su afrenta. Y yo, conociendo a los dos, comprendí que no hablaban en vano y que mi pobre hermana no debía confiar en su perdón.

Me dejaron la niña, porque eso los aliviaba de un cuidado. Hicieron algunas averiguaciones inútiles, y poco a poco volvieron a entrar en la vida de siempre.

Después se supo que José León había muerto en la guerra, y se creyó que Carlota, abandonada en tierra extraña, volvería a su familia, y renacieron contra ella todos los rencores que parecían apagados.

Carlota volvió; una tarde al obscurecer llamó a mi puerta, como una desconocida: cuando la hice entrar me abrazó llorando. Había padecido mucho y quería morir; pero venía a pedir perdón a los suyos. Me contó los motivos que la habían llevado a aquel extremo, que deploraba con toda el alma.

Yo no justifiqué su culpa; pero la ví desgraciada, cuanto se puede serlo en este mundo, y arrepentida; ví que la pasión la había cegado, y que sin duda eso

ante Dios disminuía su pecado; y ví que nosotros no podíamos ser más justicieros que Dios, y sin decir a nadie que en mi casa estaba, fuí a su marido y a mi padre a implorar el perdón.

Se reunió la familia a deliberar, y yo aguardé con la muerte en el alma el fallo de aquel tribunal extraordinario.

Resolvieron no perdonarla; dijeron que preferían que anduviera rodando por el mundo, muriéndose en la miseria y quizás en nuevos pecados, a tener cerca a la que había afrentado su nombre.

Yo le dí la noticia, pero no me sometí. La oculté en mi casa, asilándola en ese cuartito del rincón del patio, que hasta entonces sirvió para guardar cosas inútiles. Tenía una criada de una fidelidad entrañable, y a ella limité mi servicio mientras vivió mi hermana conmigo.

Fueron cinco años de encierro, en que tuvo tiempo de expiar el capricho que acarreó su desgracia. Salía de noche, cuando yo cerraba mi puerta; daba unas vueltas por el patio, miraba a su hijita dormida, y volvía al cuchitril.

Mi padre murió sin perdonarla: y como dejó bienes, temí que el marido codicioso, por gozar de ellos, si aparecía mi hermana la hiciera encerrar en una casa de locas y extremé los cuidados para que no descubriera su existencia. En mi casa fué extinguiéndose como una luz. Primero murió en ella la inteligencia; el último año le dió en no salir de su cuarto ni para ver a su hija, a la que comenzó a odiar de un modo horrible; y por fin, se volvió del todo idiota. Algunos días antes de su muerte, Dios que en su vida la había hecho purgar su culpa permitió que le volviera la razón para prepararse a morir. La asistió un padre dominico. En sus postreros momentos quiso ver a su ma-

rido para pedirle perdón. Yo fuí en su busca; vivía una vida de escándalo, derrochando en los vicios su fortuna. Cuando le conté lo que le había ocultado durante cinco años, le entró una cólera terrible, y aún ante la muerte, que borra todas las malas pasiones, persistió su encono.

Mi hermana murió al caer la tarde, una tarde como ésta, y aunque no fué buena siempre, Dios, que no es implacable como los hombres, la habrá perdonado.

Calló la abuela. Evangelina, como si no atendiera, seguía con la mirada perdida en las lejanías del cielo, hacia donde el crepúsculo diluía sus últimas luces rosadas.

Llamaron a la puerta de calle; salió la sirvienta y volvió anunciando una visita.

Levantóse mamita Rosa y se fué a la sala, y Juan Manuel y Evangelina quedáronse en el patio.

Sonaron en la torre las campanadas del Angelus, y Evangelina, que iba a irse, volvió a sentarse, oyendo a Juan Manuel que hablaba:

—¡A esta hora murió! ¿Por qué no la perdonaron? ¿Qué sabemos de las fuerzas que determinan los actos ajenos, cuando ignoramos muchas veces las que obran en nosotros?

Las lentas campanadas de la oración llenaban la tarde.

Alzóse un vientecito suave que trasmitió un prolongado estremecimiento a las ramas de los árboles, cuyas hojas doraba ya el otoño. Un puñado de ellas se desprendió dulcemente, y una tras otra cayeron remolineando con un ruidito seco, que pareció agrandar el silencio de la casa.

Los dos estaban bajo el toldo del jazmín que desgranaba sus florecitas.

Una rodó sobre la cabeza de Evangelina y quedóse

le prendida en los cabellos, y él por un impulso irresistible, tomó la flor delicadamente para que no cayera al suelo.

Evangelina no tuvo tiempo de prevenir su acción; pero al ver la desesperada humildad de aquel corazón que se contentaba con tan poco, miró a su amigo con intensa gratitud.

Y Juan Manuel, alentado por aquella mirada cariñosa y leal que llegaba a él buscando su pensamiento, la habló:

—¿Por qué te casaste, Evangelina?

Ella demoró la respuesta, como si eligiera las palabras.

—Y tú, ¿por qué te fuiste?

Sintió él la dolorosa justicia del reproche, y no contestó.

Y volvió el silencio a llenar la casa. En el dormitorio sentíase el batir acompasado del reloj de la abuela, que, como un carpintero, parecía estar clavando aquellos fugaces minutos en la eternidad.

En la cocina, la sirvienta reanimaba el fuego para la cena, y el humo azul del hogar se agitaba como un penacho, cuajado de chispas.

Junto a ellos, los seis patitos nadaban siempre en la pileta y cuando se quedaban quietos, formando un solo montón de plumas, el agua en cuyo fondo despertaban las estrellas, reflejaba el perfil negro y temblo-roso del naranjo.

Evangelina sentía que el alma se le asomaba a los labios. ¡Qué dulzura, confesárselo todo y contarle que aún le amaba!

Buscó de nuevo sus ojos en la sombra, y los halló fieles, mirándola a ella.

Fué a hablar, pero una desconfianza la detuvo; ¿y

si él no la comprendiera, como no la había comprendido nunca?

—Me voy, Juan Manuel, porque es tarde — le dijo; le dió la mano, y salió.

Cuando mamita Rosa vino, halló al joven en el comedor, cuyo quinqué había encendido él mismo, para ocupar sus nervios agitados, pálido aún por la impresión de aquella mano que durante un segundo había guardado en la suya.

La abuela lo miró con ojos interrogadores.

—Juan Manuel, ¿por qué no te casas?

—¿Con quién, mamita? — contestó él sonriendo; — ¿quién me va a querer a mí, que soy aburrido y triste?

—Yo te buscaré novia.

—Bueno, mamita, si es así...

—La tengo ya.

—¿Quién es?

—¿Conoces a María Teresa, mi nieta mayor?

—Sí, mamita; pero debe de tener novio.

—No, no tiene; ¿sabes que se vienen a vivir conmigo? Pedro ha vendido la estancia.

Una vaga sensación de miedo oprimió el corazón del joven.

Se despidió de la dulce viejita, y, cuando llegó al umbral volvió la cara, y la vió en la galería con la mano levantada como si lo bendijera.

XVIII

Antes que mamita Rosa, Delfina había adivinado el secreto de Juan Manuel.

Y segura de que Evangelina, en la soledad de su hogar, se abatiría como un junco bajo aquella tormenta de amor, sintióse justificada porque su culpa y la de Darma no sería ya sino una represalia, y espió con ansiedad en los ojos de Juan Manuel la luz anunciadora del triunfo.

Darma que la visitaba casi diariamente, parecía ignorarlo todo, y ella no quiso contárselo, mientras el drama silencioso no tuviera un desenlace útil a sus planes.

No le fué difícil mantener ciego a su amante, absorbido por la política.

Ella misma, con arte exquisito, viendo en los sucesos manera de halagar su inagotable ambición, intervenía eficazmente.

La desorientación de los más avezados caudillos, lo favorecía. Sin experiencia, pero asimismo sin prejuicios, y, habituada a sondear las intenciones, empezó a ver claro. Convencida de que el partido liberal triunfaría, decidió a Darma a afiliarse en él, y combinó una intriga para levantar su personalidad, haciéndolo due-

ño de un departamento que pertenecía a los concentracionistas.

Para alejar a Rojas del departamento en que tenia su estancia y sus obrajes, quiso que Juan Manuel se quedara con ellos; mas fracasó su proyecto y comenzó a urdir otro plan; y logró hacer vender la estancia a un intermediario del mismo Darma.

Conocida la estratagema, Darma, que apareció como su autor, ganó un enorme prestigio, y surgió entre los convencionales su candidatura a la vicegobernación. El día de la designación de electores, se vió la importancia de los tres votos aportados por él, pues gracias a ellos, el partido liberal consiguió mayoría absoluta en la Asamblea que elegiría al futuro gobernador.

Una siesta Delfina aguardaba en el escritorio la visita de Darma. Allí solía esperarlo siempre, porque era la pieza más independiente de la casa.

Cogió al azar un libro, arrimó un sillón y se sentó cerca de la ventana. Seis meses antes aún no conocía a Darma. ¿Quién lo llevó a su casa? ¿De quién fué la primera mirada culpable? No lo recordaba.

Y ahora sólo le importaba que él la amase; ya sabría cómo llevarlo a todos los triunfos, pensando y perseverando por él.

Miró la huerta en que parecía temblar el alma dorada del otoño. Por encima de los árboles asomaban las flechas del chalet de Darma. A pesar de todo, a pesar de la mortal pesadumbre que adivinaba en la dueña de aquella casa, cuando quería ser sincera consigo misma, se confesaba envidiosa de ella, que sabía levantar su espíritu sobre las miserias del mundo con tan rara virtud.

¿No caería nunca como había caído ella? ¡Qué alegría le habría causado el saberlo! Vagó su mirada un rato por el paisaje conocido, buscando en las realida-

des exteriores la fuerza que perdía cada vez que se encerraba en sí misma, cuando oyó la campanilla de la calle.

Era Darma, seguramente. Se levantó para cerrar las celosías, haciendo en la pieza un crepúsculo más íntimo, y lo aguardó de pie.

Cuando entró Darma, sentóse ella ante el escritorio y, sin hablarle, se puso a ordenar unos recortes de diarios. Desde que politiqueaba, leía con avidez los periódicos y cortaba cuanto valía la pena de recordarse. Releyendo artículos atrasados de fecha, solía encontrar puntos de vista nuevos, que le daban soluciones en que no había pensado.

—¿Me ha llamado? — le preguntó Darma.

Por un refinamiento de su pasión, se trataban de usted.

—Sí; ¿le molesta?

Darma miró el techo. Sentíanse los pasos menudos de Margarita.

—¿Cómo va esa política?

—En la misma huella.

—¿Y su influencia? ¿Aumenta?

El sonrió satisfecho, y en la boca inteligente de Delfina hubo un fugaz pliegue de ironía.

—¿Mi influencia? Aplastadora; Méndez será mío; ya sólo ve con mis ojos.

—¿Y usted?

Darma se irguió, creyendo que iba en la sencilla pregunta una alusión al protectorado de ella. Delfina comprendió su malestar, y se apresuró a completar la frase.

—¿Qué política sigue? ¿Cómo está con los otros partidos? Piense que hace dos días que no nos vemos y las cosas van tan ligero que en dos días puede haber noticias interesantes para mí.

El sonrió halagado, y habló con fervor:

—Con los otros partidos estoy mal, y no tengo por qué preocuparme de andar bien. Tenemos mayoría, y eso les quema. El más enconado es la Concentración, aunque el más temible es la Unión Sudista; pero están en su derecho. ¿Para qué hacerles el amor?

Delfina, con un cortapapel de marfil le hacía un ademán negativo, que lo molestó un poco.

—¿Qué dice?

—Que no soy de su opinión.

—¿Por qué?

—Porque para usted, que es liberal de circunstancias, la gran política debe ser convertir en aliados a los enemigos. Habrá veintinueve diputados y senadores hostiles. ¿Ha pensado en eso?

Darma se quedó en silencio, un silencio importante de político que no desea hablar demasiado. Delfina golpeaba con el cortapapel el cristal de la mesa.

De pronto se paró y se fué hacia él, que al verla acercársele dijo, contestándole a la pregunta:

—¿Veintinueve legisladores hostiles?... ¡bah! en dos meses de pesebre los domaré de abajo, como doman los gringos.

Ella no se sonrió siquiera ante aquella metáfora criolla, reminiscencia de los orígenes confusos de su amigo. Le puso una mano sobre el hombro, y lo miró como si quisiera sugestionarlo.

—¿No querría ser gobernador?

El vaciló un instante: iba a mentir; pero recordando que las cosas más estupendas dichas por aquella mujer, tenían su motivo y su realidad, le tomó la mano que se abandonó en las suyas, y le dijo:

—Eso no es posible.

—Diga que no es fácil, — observó ella.

—¡No es posible!

—¿Por qué? ¿Es usted menos que Méndez? ¿Quién es Méndez?

El sonrió; pero respondió con desaliento:

—Delfina, usted no sabe que las resoluciones de nuestro partido son irrevocables. Méndez será gobernador porque ha sido proclamado candidato.

—¡Uff! ¿Lo quieren tanto los liberales?

—Están trinando contra él. ¿No ha visto un reportaje suyo en "La Prensa", en que dice...?

—¡Sí, sí! ¿Y a pesar de eso no renunciarían a votarlo?...

—No, por nada del mundo; la disciplina partidista ante todo; el programa, los principios...

Lo dijo con tono campanudo.

Delfina volvió a sentarse porque se oyeron pasos.

—Esas son las fábulas con que ustedes han llenado la cabeza de los pobres diablos de sus votantes; pero eso no es verdad.

—Si se tratara de hacer cambiar de rumbo a dos o tres electores, — dijo él, — yo también creo que no sería imposible; pero no es eso...

—Es cierto, no es eso... Sin embargo, con sinceridad ¿cuántos partidarios decididos tiene usted en el colegio electoral? ¿Cinco, seis?...

Darma calculó un momento.

—Tengo ocho del norte, y tres de Rosario, once.

—¿Decididos?

—¡Oh, ya lo creo!

—¿Capaces de votar por usted en lugar de Méndez?

—Sí.

—¿Y los otros?

—Entre ellos hay once también de Insaurralde, quizás doce; y el resto son liberales fanáticos, "que se rompen, pero no se doblan", como dicen ellos. Ya ve, es imposible.

Delfina se incorporó, la mirada brillante de entusiasmo.

—Lo que me ha dicho ¿es verdad?

—¡Sí!

—¿De veras cuenta usted con sus electores?

—¡Sí!

—Bueno, usted será el gobernador.

Darma dió un salto en el sillón. Delfina se le acercó de nuevo, y él, blanco de emoción, la escuchó.

—¿Va a oirme como un niño? ¿Va a obedecerme aunque le parezca un absurdo? ¡Usted sabe que yo no lo engaño nunca!

—¡Sí, sí!

—Atienda, pues. A las nueve y media de la noche hay un tren para Rosario; tómelo y vaya a verse con el jefe de la Unión Sudista.

—¿El doctor Nicanor del Castillo?

—El doctor Nicador del Castillo.

—No lo conozco.

—Hágase presentar a él, o mejor, preséntese usted mismo, para que nadie sepa su entrevista; cuéntele que tiene once electores, que si él lo ayuda puede usted salir elegido, que va a pedirle los quince votos que en el colegio electoral tendrá la Unión Sudista; con los suyos sreán veintiséis.

—Se necesitan treinta y uno.

—Los tendrá; tendrá más, porque se le juntarán los dispersos, algunos de Insaurralde y otros de la Concentración. ¿No comprende usted la fuerza que tendrían veinteséis electores resueltos y unidos frente a los otros fraccionados?

—Usted sueña, Delfina: ¿qué puede importarle a del Castillo el que en vez de Méndez sea yo el gobernador? ¿no resulta lo mismo?

El cortapapel de marfil se rompió en la mano ner-

viosa de Delfina, que no pudo contener un gesto de impaciencia.

—¡Oh, Darma! ¡perdóneme! Del Castillo ve más lejos y más claro que todos ustedes, y créame, la combinación será de su agrado...

—Pero ¿por qué?

—Porque el hacer triunfar por intrigas de los mismos liberales a quien no es liberal de veras, ni lo será nunca, es la muerte de ese partido que pretende ser partido de principios y que va ganando la república entera con ese género de propaganda. Y además, hay algo concreto que usted puede ofrecerle...

—¿La vicegobernación?

—No, no la aceptaría; sería demasiado visible el pacto; los liberales no votarían gustosos a un sudista.

—Y los sudistas ¿por qué habrían de votar a un liberal? — exclamó airado Darma, que, a pesar de interesarle lo contrario, quería hallar objeciones.

—Porque son más inteligentes y saben que por muchos caminos se va a Roma...

—¿Y qué sería lo concreto que podría ofrecerle?

—¡La capital!

—¿La capital?

—Sí; ofrézcale trasladarla a Rosario cuarenta y ocho horas después de subir al gobierno, y del Castillo lo apoyará. ¿No vendría a ser de ese modo una victoria de él, la que los liberales creen de ellos? Ofrézcale un ministerio; ofrézcale los tres ministerios; ofrézcale cuanto le pida, pero sea usted el gobernador...

Darma se levantó. La voz de Delfina le zumbaba en los oídos. Al salir, halló a Margarita, en cuyo saludo hubo algo hostil, que él no observó. Tambaleándose, con la embriaguez de aquel sueño, que la palabra vehemente de Delfina le hacía tocar como una realidad, llegó hasta su automóvil,

En el escritorio entró la tarde perfumada y luminosa por el balcón, cuyas celosías Delfina abrió de golpe. También ella estaba vibrante, pero su entusiasmo le subía del corazón como un humo que la cegaba. Por él quería saberlo todo, y poderlo todo, para que él se lo debiera todo y le dejara en cambio su amor.

Pensó en su curioso papel, guiándolo hacia aquella aventura; pensó en que los ojos del país entero contemplaban ansiosos los sucesos que iban desenvolviéndose en la provincia, sin sospechar que era ella la mano que torcería el rumbo de las cosas.

Pero en la fiebre de su orgullo halagado, tuvo un instante de desaliento. ¿Cuál sería, en verdad su premio? Acababa de ver a Darma ponerse rojo de vergüenza, al solo pensamiento de deberle a ella la grandeza a que iba llegando. Y cuando por ella hubiera él realizado aquel inaccesible sueño ambicioso, ¿no tendría más motivos de huirle que de acercársele, porque sería ella la conciencia exasperante de su nulidad?

Vió en la alfombra los dos pedazos de la hoja de marfil que había roto, y los recogió; y como sintiera que abrían la puerta, se puso a arreglarlos para disimular su turbación.

Entró Margarita y la miró curiosamente, y fué a hablar, pero se contuvo. Delfina no se atrevió a interrogarla. Permanecieron calladas un rato, la niña yendo y viniendo por la pieza, sin objeto, como deseosa de preguntar algo, hasta que Delfina arrojando con fastidio el cortapapel, le dijo:

—¿Vas a salir?

—No, mamá.

—¿Querías hablarme?

—¡Sí!

—¿Qué?

—Quería contarte que voy a romper con Arturo.

—¿Por qué?

—¿Debo decirte la verdad?

—¡Es claro!

—Bueno, te digo que no sé por qué.

—¡Mentira!

—¡No sé, no sé! Yo lo quiero, y lo hubiera querido; pero ahora me parece que eso no está bien; la gente se ríe de mí.

—¿Cómo? — interrogó Delfina enrojeciéndo súbitamente.

—¡Sí! ¡se ríe, se ríe!

—Pero ¿por qué se ríe?

—Eso quería preguntarte yo, ¿por qué se ríe?

—¡Yo qué sé! — respondió la otra con gesto airado.

Margarita la miró: había cambiado de expresión, los ojos fulgurantes de ira, los labios trémulos, huído el color del rostro.

—¡Mamá! ¿qué te pasa?

—¿Por qué se te ocurre que puedo saber yo lo que piensa la gente?

—Porque me parece...

—¿Qué?

—Que hablan de tí.

—¿Y qué pueden decir?

—Yo no sé; pero hablan. Hablan de tus relaciones con Darma; hablan de que andas politiqueando; hablan de...

—Bueno. ¡basta! ¿Sabes qué es eso?

—¿Qué?

—Ociosidad de lengua. ¡Envidia!

—¡No, no! — contestó con violencia Margarita, que cambió el habitual tratamiento de "mamá". — ¡No, Delfina! ¡es que es cierto!

—No sé lo qué es cierto.

—Que te has metido en política.

—¿Y si así fuera?

—Y que es para ayudar a Darma...

—¡Mientes!

—Hace un momento, no te contenías y tu voz se oía en toda la casa. ¿Por qué cuando él viene, lo reciben con tanto misterio y sólo se te avisa a tí?

—¿Estás loca?

—No, Delfina, no estoy loca; y necesitaría estar ciega para no advertirlo, ciega como Juan Manuel, que vive en las nubes.

—Ojalá vivieras tú en las nubes y no te metieras en comentarios que no corresponden a tu edad. ¿Qué tienen que decir las gentes de lo que yo hago?... ¡Uff! pueblo chico, infierno grande... ¿Sabes que tengo el proyecto de irme?

—¿A dónde?

—A Rosario.

—¿Cuándo?

—Lo más pronto que pueda.

Margarita se le encaró sarcásticamente.

—¿Cuándo él sea gobernador?

Delfina se alzó lívida, los ojos llameantes, la boca crispada; y la niña, que no le conocía aquella terrible expresión, retrocedió llena de miedo; y como buscando auxilio miró el retrato de su padre y al ver su imagen severa y triste, sintió una inmensa pena, y salió escapada, pensando que él, desde el cielo contemplaba su casa lleno de amargura.

XIX

Aquella misma tarde, Margarita se lo refirió todo a Juan Manuel, y él experimentó una obscura alegría, porque si Darma se acercaba a Delfina, Evangelina abandonada podía acercarse a él.

—¡Qué miseria! — pensó. Y huyó de la casa donde el espíritu de su padre presidía todas las cosas; y corrió a esconder aquel sentimiento malsano entre la gente bulliciosa, dejando sin respuesta las palabras y los ojos interrogadores de su hermana.

En la plaza, tropezó con don Narciso Brañas.

En cuanto el joven se le puso a tiro, el canónigo le arrojó la pregunta cálida con que toda aquella tarde, anduvo inflamando los ámbitos de la ciudad.

—Y usted ¿qué sabe? ¿no se mueve? ¿no se indigna? ¿no toma un fusil para defender a su pueblo?

Juan Manuel estrechó con aire distraído los tres dedos que el canónigo le alargó, sin soltar el histórico garrote, y se encogió de hombros.

—¿Qué pasa?

—¡Cómo! ¿no sabe qué pasa? ¿vive en la luna? ¡qué mozos éstos! Amigo mío, nos llevan la capital a Rosario.

—¿Quién?

—¿Quién ha de ser? Méndez, arreglado con la Unión Sudista.

—¿Y quién dice eso? — interrogó Juan Manuel interesado en el relato, porque comenzaba a atar cabos con cosas que sabía.

—Los diarios.

—¿Y Méndez se anima?

—Vaya si se anima. Ahí me las den todas, dirá. Los que no nos animamos a nada somos nosotros, es decir ustedes los santafesinos, cuya ciudad natar va a ser despojada de sus prerrogativas de capital de la provincia.

Se calló ante el silencio displicente de Juan Manuel; mas de pronto sus ojuelos chispearon detrás de los cristales incrustados en la cara mofletuda y congestionada.

—¡Ah! Usted no cree que Méndez se anime a tanto. Es que se siente en peligro de no llegar al gobierno. No me dirá que ignora lo que está revolviendo Darma por quitarle votos en el Colegio Electoral y suplantarlo.

—No sé nada, — respondió Juan Manuel, delatando al oír aquel nombre, tal angustia, que el canónigo no pudo menos de advertirlo, y cambió de tono.

La angustia que advirtió en el rostro del joven refrenó su palabra. Cambió de conversación.

—Lo veo triste, desde hace tiempo. ¿Sufre? ¿Estará enamorado? Nosotros, los pobres curas, hemos escogido la mejor parte, y estamos libres de esas tristezas. ¿No sabe las hermosas palabras de Paolo, en el Dante?

Amor ch'a nullo amato amar perdona
Mi presse di costui piacer si forte,
Che, como vedi, ancor no m'abandona...

Juan Manuel sonrió dulcemente, y no respondió.

Sentíase lleno de una turbia felicidad, porque Evan-

gelina, traicionada por su marido, podía amarle; y, sin embargo, una voz profunda le hablaba de su padre ultrajado.

¿Podía él dejar que aquellas cosas sucedieran bajo el techo en que vivía?

Ocurriósele una idea, castigar a Darma, haciendo abortar el plan que le sugirió Delfina. Para ello utilizaría su influencia ante Insaurralde.

Desde que se supo definitivamente el color político de cada uno de los sesenta miembros del Colegio Electoral, Juan Manuel vió la posibilidad de hacer elegir gobernador a Insaurralde, porque muchos de los electores liberales eran paisanos ladinos, amigos de él, capaces de hacer a un lado al candidato de su partido, para votar a un hombre que llenaba mejor su gusto.

Para ello el plan debía tener por base los quince electores sudistas, pero atrayendo a del Castillo con otras concesiones que no importaran el traslado de la capital.

Había en el colegio electoral once "insaurraldistas", y en caso de lucha, el jefe liberal, vinculado aún a los partidos, podría obtener votos independientes y concentracionistas.

Juan Manuel sabía que Insaurralde estaba profundamente agraviado, y creyó que no sería imposible decidirlo a correr la aventura.

Esa noche fué a su casa. Desde el patio oyó su voz airada, que resonaba furiosamente en el escritorio, y vió sus manotones en el aire.

—¡Son unos vendidos, que van a hacer trizas el programa liberal!

Cuando Juan Manuel entró, Insaurralde le apretó afectuosamente las dos manos.

—¡A los años, amigo, dichosos los ojos!

Era el escritorio de Insaurralde el sitio donde se

había sancochado la política liberal de la provincia, y tenía el inevitable decorado del caso: un gran retrato de Alem en el testero de la pieza; algunas fotografías, con dedicatorias grandilocuentes, a más de un escritorio cargado de papeles y de un juego Chesterfield, magullado por las rústicas asentaderas de todos los liberales santafesinos.

En los dos mullidos sillones, sentábanse aquella noche dos graves personajes, que escuchaban la palabra del jefe sin soltar la lengua.

Insaurralde los presentó, y como casi en seguida, con cierto aparato de misterio, ambos se despidieran, Juan Manuel quedó a solas con él, según deseaba.

Acercó uno de los sillones y dijo, con un gesto a lo Sherlock Holmes:

—La conferencia ha sido larga, ¿eh?

—Sí — respondió Insaurralde; — me han dado una lata. ¿Usted los vió entrar?

—No.

—¿Cómo lo sabe, entonces?

—Por esto, — contestó Juan Manuel, tocando el cuero del sillón. — Me lo ha dejado calentito, con dos horas lo menos de calor natural.

Insaurralde se echó a reir, con su risa de hombre de buen humor.

—Y ha sido agitada, y usted ha vociferado contra Méndez y Darma.

—Y eso ¿quién se lo ha dicho? — interrogó Insaurralde; — ¿también el sillón?

—No; yo que lo he oído desde el patio.

—Es verdad, he hablado de ellos porque son unos desleales.

—Usted tiene la culpa; ¿por qué ha hecho triunfar a los electores liberales que los llevarán al gobierno?

—Porque son los candidatos elegidos por la conven-

ción del partido y la disciplina partidista...

—¡Bravo! Todos ustedes viven emborrachados con la disciplina partidista. De modo que si a los convencionales, por motivos íntimos que pueden adivinarse, en lugar de proclamar a Méndez, se les hubiera ocurrido proclamar al doctor del Castillo en persona, ¿usted lo habría consentido?

Insaurralde se rascó la nariz.

—No.

—¿Por qué?

—Porque sería conspirar contra el partido, poner su suerte en manos de un adversario.

—¿Y qué diferencia halla usted entre un enemigo franco y un enemigo embozado?

Insaurralde miró fijamente a Juan Manuel, y olvidando lo que minutos antes había dicho a los dos graves personajes que le escuchaban, explicó:

—No confunda, amiguito; yo sé que Méndez es mi enemigo, no porque le haya hecho ningún daño, sino justamente por lo contrario, por haberlo yo sacado de la obscuridad en que vivía; pero, no debo atacarlo como liberal.

—Y si usted llegara a advertir que más que adversario suyo, lo es del partido.

—En la guerra como en la guerra...

—¿Qué haría? — insistió Juan Manuel.

—No le dejaría llegar a la raya.

—¿De qué manera? El tiene la mayoría de los electores.

Insaurralde vaciló un momento, y susurró misteriosamente:

—Está equivocado, amiguito. La mayoría la tengo yo.

Juan Manuel se sonrió escépticamente.

—¿A qué llama usted mayoría?

—Tengo veintidós votos — proclamó Insaurralde.

El joven enumeró algunos departamentos y dijo:

—¿Cuenta usted con ésos?

—Sí.

—Bueno, pues, no cuente. Son de Darma, y él, gracias a los electores de allí resultará gobernador.

Y ante la consternación de Insaurralde, relató la trama que una palabra de Margarita le había revelado; y cuando vió al caudillo llameante de indignación, repitiendo: — "Yo sabré impedirlo, esté seguro", le hizo esta pregunta:

—¿Y qué puede hacer usted, don Francisco?

—Deshacerlo, aniquilarlo, ¡tengo la mayoría!

—Tiene sólo once votos.

—Es bastante para lo que debo hacer.

—¿Qué es?

—Apoyar a Méndez, en contra de Darma.

—Para ese viaje no necesitaba alforjas — le observó Juan Manuel, y su palabra irónica hostigó a su interlocutor. — Méndez es un caballo troyano... ¿conoce la historia de ese animal?

Insaurralde, que no estaba para reminiscencias clásicas, contestó bruscamente que no, y se quedó en silencio frotándose la pera, tordilla de canas.

—Sin embargo, — insinuó Juan Manuel, viendo que el otro no hablaba, — la solución es fácil.

No obtuvo respuesta; los dedos nerviosos jugaban siempre con el revuelto mechón de pelos.

—Si estuviera yo en su pellejo, don Francisco...

—¿Qué haría?

—Usted es el único hombre de prestigio dentro de su partido, ¿no es cierto?

—Así dicen.

—Escúcheme, entonces, con paciencia.

—Hable.

—Si a usted lo eligieran gobernador los electores sudistas y concentrados, ¿con qué programa gobernaría? ¿con el de ellos o con el suyo?

Insaurralde temió una emboscada, y mirando fijamente a su amigo, le preguntó con dureza:

—¿Qué quiere decir?

—¿Dejaría de ser liberal y se haría sudista o concentrado?

—No, pero...

—No hay peros, don Francisco. Para salir de la encrucijada en que ustedes mismos se han metido, hace falta un hombre de energía.

—Lo creo, — dijo Insaurralde agachando la cabeza.

—Y ese hombre podría ser usted. Debe dejarse de andar haciendo fintas, y tirarse a fondo, y lanzar su candidatura a gobernador, aunque tenga que apoyarse en los electores enemigos.

La estocada fué directa. Insaurralde se alzó intensamente pálido, dió dos o tres vueltas por la habitación, torturando las muletas que crujían a cada tranco, y se volvió de golpe hacia Juan Manuel, que se puso a contar las tablas enceradas del piso, con miedo de haber ido demasiado lejos.

—¿Por quién me toma usted?

Juan Manuel lo miró sin pestañear y le dijo:

—Por un hombre que no sólo tiene palabras sonoras, sino también puños firmes para poner las cosas en su quicio.

—¿Pero cómo se le ocurre que pueda hacer eso? Si hubiera querido, yo sería el gobernador...

—Lo sé; pero ya está viendo que hay un tiempo para ser modesto y otro para ser ambicioso.

—¡Qué barbaridad! ¡Pactar con la Unión!

—Y si eso fuera cierto ¿qué tendría? Ustedes suelen asustarse más del nombre de las cosas que de las

cosas mismas. El hecho de que el enemigo lo apoye con sus votos, no le quita a usted ni su liberalismo ni su programa.

—Es verdad.

—Entonces es al enemigo al que hay que preguntarle si le conviene o no apoyarlo.

Insaurralde se había vuelto a sentar, y a su vez miraba el suelo, mientras los dedos tamborileaban sobre el brazo del sillón.

—Piense en eso.

—Déjese de sueños — contestó el caudillo; — a lo hecho pecho.

Discutieron un rato más, y al día siguiente, Juan Manuel, seguro de que Insaurralde entraría en el complot, si del Castillo prefería su candidatura a la de Darma, tomó el tren de Rosario.

En una salita reservada del Club Social, aquella misma noche, tuvo su primera conferencia con el doctor del Castillo. Sospechó que Darma había hablado ya con él.

El jefe sudista, de codos sobre la mesa, lo escuchaba acariciándose la barba rubia, con un gesto de hombre aburrido.

Juan Manuel describió su plan, trazando dibujos en el cristal de la mesa, ante los ojos agudos y mortificantes, cierto de que aquella mirada iba hasta el fondo de su pensamiento, antes de que lo expusiera. Por eso lo esbozaba ligeramente, y pasaba a otra cosa.

Si la Unión Sudista ayudaba a Insaurralde, se cambiaría la fórmula de gobierno, produciéndose un cisma en el partido liberal y su inquietante prestigio se desvanecería.

—¿Es un pacto lo que nos propone Insaurralde?

—No, señor; Insaurralde no propone nada.

—¿Y quién lo propone?

—Hasta ahora nadie propone, ni deja de proponer; yo le confío mis vistas. Si las cree acertadas, yo puedo llevar su palabra, buscar los elementos y hacer la campaña.

—Pero Insaurralde...

—No sabe nada de esto.

—¿Cree que aceptará?

—Es posible.

—¿No le ha hablado nunca?

—Nunca.

Los ojos de del Castillo se achicaban con un pliegue malicioso de duda. Juan Manuel comprendió que no le creía; pero nada dijo, y se puso a hablar con calor, imaginándose que lo que estorbaba su plan eran las promesas de Darma.

Del Castillo le dejó hablar, golpeando con una cucharita la taza de café que tenía delante, y fué aquel ademán nervioso lo único que delató su tentación de aceptar el plan, para vencer al partido liberal, antes que se aprovechara de su triunfo reciente.

Se levantó, y con las manos en los bolsillos, sin mirar a Juan Manuel, que aguardó en silencio, comenzó a pasearse. Afuera, en el "hall", se oía el hervidero de la concurrencia. Dos o tres veces abrieron la puerta y ojos curiosos miraron la escena, provocando un gesto brusco de del Castillo, que acabó por echar la llave con violencia.

—¿Y el vicegobernador, sería sudista?

—No, ni a ustedes les conviene; — contestó Juan Manuel. — Se puede pactar por una idea, pero no por una posición.

—Lo sé, — dijo al rato del Castillo; — pero, ¿y el ministerio? ¿sería todo liberal?

Y al decir eso, mostraba en una leve sonrisa la du-

da de que pudiera Insaurralde espigar tres ministros capaces dentro de sus partidarios.

—¿Quiénes? Cualquiera puede ser gobernador, pero no ministro...

—El ministerio se haría después de elegido a Insaurralde...

—¿Por qué? ¿para dejarle hacer las cosas más a su gusto?

—No, señor; para hacerlas más al nuestro.

Del Castillo se detuvo en su caminata, y reflexionó.

—Levantado por los enemigos, con el cisma en la casa, sin gente capaz de alumbrarle el camino, Insaurralde no tendrá más remedio que volverse a nosotros, ¿eso quiere decir usted?

—Sí, — contestó Juan Manuel.

—Perfectamente, — gruñó del Castillo, consultando el reloj. — Mañana le contestaré.

Juan Manuel se levantó.

Eran las doce de la noche cuando salió del club, lleno de gente. La calle, azotada por un viento frío, estaba solitaria y oscura.

En el hotel, en el largo corredor alfombrado, se encontró con Darma, que pasó sin verlo.

Era la primera vez que lo hallaba, desde que conoció sus amores con Delfina, y la cólera le encendió el corazón. Se volvió con ganas de seguirlo, pero lo contuvo el recuerdo de Evangelina.

Cuando llegó a su cuarto y se detuvo para entrar, abrióse la puerta del lado y una mujer salió y le dijo:

—¿A qué hora volverás?

Juan Manuel la miró, no creyendo a sus ojos ni a sus oídos, porque era Evangelina la que hablaba, confundiéndole con Darma.

La vió hermosa, como le parecía no haberla visto nunca, en traje de teatro, animado el semblante y lu-

minosos los ojos, en cuyo fondo irradiaba no obstante, la luz serena de su tristeza.

Y al verla enrojecer y turbarse, el corazón le tembló de un modo extraño y doloroso.

—¡Oh, Juan Manuel! — le dijo ella; — Te he confundido con él.

—Evangelina, — le dijo, con voz más conmovida que la de ella, — ¿desde cuándo estás aquí?

—Desde ayer. ¿No sabías que parábamos aquí?

—No, — contestó él con un gesto.

Ella dió un paso atrás, y él la miró con intensa dulzura.

—¿Te deja siempre sola? — díjole; y la vió estremecerse, porque en esa pregunta sencilla él le quiso expresar cuán distinta hubiera sido con él su vida.

Ella respondió cualquier cosa, alterada por una emoción que la llenó de miedo; le dió las buenas noches, y al notar que Juan Manuel abría la puerta del lado, le preguntó sorprendida:

—¿Es tu pieza?

—Sí, — respondió Juan Manuel, y ante sus ojos suplicantes y llenos de confianza, apagóse el tumultuoso latir de su sangre.

Y las horas que pasó aquella noche, sintiendo que Evangelina, sola aún, velaba en la pieza contigua, le parecieron impregnadas de intimidad, porque en aquellos minutos sus dos pensamientos hacían la misma jornada.

XX

En cuanto don Pedro y su hija se instalaron en casa de mamita Rosa, Panchita emprendió la conversión de ambos.

Pronto, empero, hubo de renunciar a la mitad de su obra, porque a Rojas la política, los malos negocios, y sobre todo las malas costumbres, lo hacían inconvertible. Dos o tres arañazos del viudo, y Panchita no volvió a insistir en sus sermones, limitándose a edificarlo de lejos, con el ejemplo de su hija.

El corazón apostólico de la buena mujer encontró en ella un vasto campo que labrar. María Teresa apenas sabía rezar; se había pasado años sin oir misa; y por buena que fuese, aquel alejamiento de las prácticas religiosas debía haber dejado un sedimento de incredulidad, difícil de remover.

No obstante, la joven se le entregó con una docilidad extraña, que a mamita Rosa no le pareció del todo sincera.

Y Panchita se devanaba los sesos, buscando la razón de aquello.

Al partir de la estancia, Damián los siguió, y entró en casa de mamita Rosa, donde vivía prestando pequeños servicios, limpiando de yuyos la huerta, regan-

do las plantas, taciturno y humilde.

Algunas veces las dos mujeres, cuando tenían que llevar paquetes o iban a barrios apartados, se hacían acompañar por él; y Panchita aprovechaba la ocasión para deslizarle una buena palabra.

Un día, entraron en un rancho de gente desconocida y pronto vieron que allí hacía mucha falta su caridad. Sólo habitaban en él una anciana que se mataba trabajando, y su hija, una joven tullida desde años atrás.

Vivía clavada en un sillón, y no se habría dicho que estaba enferma. La cara era de extraordinaria perfección; los cabellos negros bien peinados, los ojos intensamente azules, y tímidos; y la boca en que aleteaba una sonrisa, marcaba su fisonomía con un rasgo inolvidable.

Tenía una hija de tres o cuatro años.

María Teresa, adivina una historia, y se pone a interrogarla:

—¿Usted es casada?

—No, niña.

—¿Y entonces?

La muchacha hace un gesto resignado y dice suavemente:

—¡Qué quiere!

—¿Hace mucho que es tullida?

—Mucho.

—¿Antes de nacer su hijita?

—¡Oh, mucho antes!

María Teresa intrigada prosigue: —¿Cómo fué—Y a medida que avanza el relato, a pesar de la cara espantada de Panchita, su interés crece, escucha con ansiedad, como si por primera vez en aquella mísera historia de amor de pobre, hubiera encontrado el eco de su propia vergüenza.

Llegó un momento en que no pudo contenerse, y se arrojó en los brazos de la enferma, la besó y le dijo:

—¡Pobre hermana mía!

Un grupo de vecinas espiaba la escena; Panchita escandalizada y sin saber qué pensar de aquellos extremos, la llamó inútilmente; María Teresa quería saberlo todo, y sólo accedió a irse cuando la enferma hubo concluído el relato.

—Yo volveré a visitarla, — le dijo.

Desde niña, la enferma había vivido en un sillón. Como era aquello una gran desgracia, su padre, que la adoraba, la hizo examinar por infinidad de médicos, que no hacían sino verla para declararla incurable. Tenía diez y siete años, cuando un día la llevaron a otro médico, que llegó al rancho precedido de mucha fama, a pesar de su juventud.

La vió, y pareció interesarse por el caso, y volvió con frecuencia, con tanta frecuencia, que los padres no sabían cómo alabar su celo.

Poco a poco se fué ganando el corazón y la confianza de la enferma, que pudo creer, con el candor inagotable de su alma aislada, que podían ser ciertas las declaraciones que él llegó a hacerle; y lo amó con pasión desenfrenada y él fué su dueño, hasta que vino el desengaño. El se aburrió y no volvió más. Y ella, que había desafiado las burlas de todo el barrio, viéndose marcada para siempre con el sello infamante de una maternidad, que en ella era más vergonzosa que en ninguna, desesperada porque ya no iba a poder ocultarlo de sus pobres viejos, que vivían mirándose en ella, lo odió con la misma fuerza con que lo había amado. Y un día, que logró atraerlo y quedarse sola con él, lo mató en sus brazos, de una puñalada en la garganta.

Su hija nació en el asilo, donde la recluyeron. Tuvo la suerte de que un buen abogado se hiciera cargo de

su defensa y fué condenada por corto tiempo; y como estaba enferma se le dejó cumplir parte de su condena en su propio rancho, acompañando a su madre que vivía sola, porque su padre murió a poco del crimen.

Aquella noche María Teresa soñó con los ojos dulces y la mansa, indefinible sonrisa de la enferma. ¿Dónde encontró ella, apacible como una ovejita, la terrible fuerza de vengarse?

Cuando se levantó al día siguiente, estaba pálida. Profundas ojeras agrandaban sus ojos leonados, que huían de la luz. Mamita Rosa la miró con sorpresa, al darle la bendición.

—¿Estás enferma, hijita?

Ella dijo que no, que durante la noche le había dolido la cabeza, pero que ya estaba bien.

La abuela suspiró. Tenía miedo de aquella nieta; sospechaba que todas las obras buenas las hacía maquinalmente, alejado el corazón de ellas, mientras su pensamiento corría por quién sabe qué cauces.

Habría deseado para la niña un novio bueno, aunque veía a Panchita empeñada en infundirle vocación de monja; y se propuso que Juan Manuel se enamorase de su prima.

Creyó conseguirlo: Juan Manuel iba con más frecuencia a la casa, y gustaba de estarse largos ratos con la joven, atraído por aquella naturaleza enigmática, y, más que todo, por los rasgos fugitivos de la hermana, que solía sorprender en ella.

Los dos se daban cuenta del ingenuo proyecto de la abuela, y la dejaban hacer; pero sabían que sus vidas eran como dos ríos que nada podía acercar.

También Evangelina frecuentaba más la casa, y aunque no hallaba a don Pedro, enredado en complicados negocios, ni a María Teresa, que acompañaba a Pan-

chita en sus correrías, se quedaba con mamita Rosa y alguna vez con Juan Manuel.

Y así iban corriendo los días, ella templada como un resorte, pronta a reaccionar contra lo que pudiese desviarla del camino recto; y él muy triste, pero sostenido y guiado por aquella mirada que descendía hasta él, como la luz de un faro.

Era el otoño fresco, y las tertulias se hacían en el cuarto de mamita Rosa.

Una tarde, al anochecer, reunidos la abuela, las dos hermanas y Juan Manuel, entró don Pedro, y dirigiéndose a Evangelina, la besó en los cabellos y le dijo, sonriendo irónicamente:

—¿Con que tu marido será el gobernador?

—¿De dónde saca eso? Usted sabe que yo no sé nada de las cosas de él.

—¡Ah! ¿No sabes que ahora tampoco es liberal, que anda en enjuagues con la Unión Sudista, y que según van las cosas, gracias a su maldita estrella, va a salirse con la suya?

Repentinamente se puso colorado y tembloroso de ira, y habló con violencia, encarándose con su hija, que no comprendía su actitud.

—¿Sabes que es hábil? ¿Quién le ha aconsejado esta nueva apostasía?

Evangelina movió la cabeza, ignorante de todo.

—Habilidad de mujer, dicen algunos. ¿Tampoco sabes qué mano anda allí?

Evangelina posó en Juan Manuel una profunda y dolorosa mirada. El joven se acercó a don Pedro.

—¿Y usted cree en esas cosas? — dijo.

Don Pedro no respondió, y siguió interpelando a su hija.

—Dicen que anda una mujer en el lío, — insistió, tomándola del brazo.

Pero los ojos serenos y limpios de Evangelina, le demostraron que ella lo ignoraba todo; la besó de nuevo y salió de la pieza, llevándose a Juan Manuel y seguido por María Teresa, ansiosa de oir.

—¿Sabe quién es la mujer? — preguntó don Pedro al joven, deteniéndolo en medio del patio oscuro. — Yo creía que Evangelina sospechaba; parece que no. ¿Y usted?

—¿Quién?

—¡Increíble que lo ignore! Es Delfina, la que según cuentan, ha ido a del Castillo, y ha conseguido el apoyo que Darma necesitaba y que ni él ni otros pudieron conseguir. ¿No lo sabía?

Y luego agregó, comprendiendo que eso ocurría justamente porque él lo ignoraba:

—Es cierto que si lo hubiera sabido, ella no estaría ya en su casa, ¿no?

María Teresa se acercó más y preguntó:

—¿Pero es verdad todo eso?

—¡Sí! — gritó Rojas, sin notar quién hacía la pregunta; y comenzó a precisar detalles, a contar todo lo que el público murmuraba, que como suele suceder, era más de lo que había acontecido.

Juan Manuel se avergonzaba ahora de su pasividad.

Cuando quiso irse, don Pedro lo acompañó perorando, indignado de aquellos manejos que le dolían por el fracaso de ciertas combinaciones políticas de su propio partido.

En su casa, Juan Manuel viendo luz en el escritorio, comprendió que Darma estaba allí, y entró de golpe.

Vió a Delfina y a Darma, sentados la una ante la mesa, el otro en el sofá.

Una lámpara velada por una pantalla verde, dejaba en la penumbra los rincones.

El estaba en plena luz; ella en la sombra. Parecían preocupados, y era que sus planes tropezaban con un invisible estorbo.

Juan Manuel se detuvo sorprendido: no esperaba aquella actitud, y casi desarmado, fué a hablar de otras cosas; pero la súbita palidez de Delfina, fué clara como una confesión y de nuevo ardió en cólera.

Cruzó los brazos, tan pálido él como ella, y dirigiéndose a Darma, dijo:

—Lo buscaba, y he venido aquí, seguro de encontrarlo.

Darma lo miró impasible, disimulando o no comprendiendo aún.

—¿Para qué?

—Para decirle que ésta es mi casa, porque es la casa de mi padre, y que debe usted salir inmediatamente y no volver a pisar en ella.

A las primeras palabras, Darma se puso de pie; y con una calma exasperante saludó a Delfina, y salió seguido por Juan Manuel.

—No pido explicaciones... — le dijo Darma.

—No se las voy a dar — replicó el otro con violencia. — Cuando echo a un sirviente lo echo así, — y le señaló la puerta de calle.

Darma se encogió de hombros; después se inclinó ligeramente, calculando el efecto de su saludo ceremonioso, y se fué; y Juan Manuel volvió al escritorio, donde lo aguardaba Delfina, los ojos llameantes, tratando de mostrarse serena.

—¿Qué es eso? ¿Qué víbora te ha mordido?

Juan Manuel la miró con desprecio:

—¿Es verdad lo que dice el público? ¿Es tu amante?

—¿Tengo que darte cuenta, acaso? — interrogó Delfina sarcásticamente.

—Si no vivieras en la casa de mi padre, no me mezclaría en tales miserias...

Delfina soltó una carcajada.

—¡La casa de tu padre! ¡Si es mía! ¿No sabías que me ha tocado a mí?

—Porque llevas su nombre, por eso te ha tocado.

—¡Por lo que sea! Mientras él vivió, nada tuvo que reprocharme. Murió y era justo que pagara con algo la abnegación con que cuidé sus vejeces.

Juan Manuel, que se paseaba furioso de un lado al otro se acercó al escritorio, con ganas de abofetearla; pero vió sus ojos malignos fijos en él, y un escalofrío le corrió por el cuerpo, adivinando lo que iba a decirle.

—¿Desde cuándo te has vuelto moralista?

No respondió; habría deseado huir; pero no tuvo fuerzas y se sentó en el sofá.

—¿Es Evangelina la que te ha convertido?

—¿Por qué Evangelina? — (¡Oh, la inútil pregunta! —pensó.) — ¿Por qué Evangelina? — repitió levantándose bruscamente, y acercándosele con los puños cerrados y los labios trémulos.

—Ni tú ni ella — contestó Defina, con cinismo — pueden hablar de mí. Todo esto lo sabías y no te indignabas; te era cómodo que Darma anduviera distraído para mejor enamorarle la mujer. Y ahora, hastiado de su amor, te has acordado de que yo llevo el nombre de tu padre. ¿Quién es aquí el que puede increpar a quién?

Juan Manuel retrocedió de nuevo aplastado por aquella injuria, que caía sobre lo que más amaba en el mundo, y se sintió impotente para replicar, porque él mismo había llenado su vida de sombras sospechosas.

Delfina adivinó lo certero del golpe, y al verle así, pronto a sollozar como un niño, hundida la cabeza en-

tre las manos, se llenó de desprecio y salió de la pieza.

Aquella noche, Juan Manuel y Margarita fueron a pedir albergue a la casa hospitalaria de la abuela, a quien se le refirió todo, menos que se tramitaba un duelo entre Juan Manuel y Darma.

Al día siguiente, el joven se levantó cuando el alba inundó el gran cuarto, en que había dormido, vacío y deshabitado hacía años.

La quietud en que amanecía el viejo caserón, lo impregnó de misteriosas nostalgias. Pero las mismas imágenes de otros tiempos que se levantaron en su memoria, le recordaron la escena del día anterior. Vió el nombre de Evangelina envuelto en la torpe calumnia, y la sangre se agitó dolorosamente en sus venas.

Mas pensó que se le brindaba ocasión de redimir su culpa. Iría al duelo y mataría a Darma, o se haría matar.

Se vistió nerviosamente y salió al patio, anegado en la luz de la mañana.

La casa entera parecía dormir, pero advirtió que en la cocina andaba alguien, y al acercarse, vió a María Teresa haciendo fuego. Damián, en un rincón del patio, rajaba leña, y de cuando en cuando le llevaba una brazada de astillas, que ella arrojaba debajo del fogón.

—Buenos días primo. No tenía sueño; me he levantado antes que Domitila y quiero que encuentre ya algo hecho.

Juan Manuel la escuchaba desde la puerta, por donde el humo salía en oleadas. Ella se le acercó: en el círculo violado de sus ojos y en su palidez, veíase el rastro del insomnio.

—¿Tampoco usted ha dormido?

Pero ella, sin responderle, le preguntó:

—¿Se bate hoy con Darma?

—Sí.

Una luz ardió en sus ojos; le apretó las manos y le dijo:

—¿Lo va a matar?

—¡No, no! Me matará él a mí.

—¿Qué arma usarán?

La que elijan.

—¿Qué sabe tirar usted?

—¡Nada!

María Teresa se quedó pensativa, apoyada en el marco, oyendo el ruido del hacha de Damián, que seguía partiendo leña.

—Si él lo mata, yo lo vengaré.

El joven sonrió de nuevo, con desencanto.

—¿Se acordará usted de mí?

María Teresa dijo que sí.

—¿Y hará que los otros, que mamita Rosa, que Evangelina...?

Ella lo envolvió en una mirada curiosa.

—¿Usted la quiere, verdad?

Y como él fuera a protestar, le tomó las manos y le habló con vehemencia:

—¡No lo niegue, Juan Manuel! ¿Por qué ha de negarlo?

—¿Quién se lo ha dicho? — interrogó él, sintiendo alivio al confiar, por fin, su secreto.

—Nadie. Yo adivino las cosas. ¿Ha pensado que si lo mata, Evangelina quedará libre?

Habló en voz baja; no obstante, Juan Manuel quedó aterrado, como si todo el mundo hubiese oído las palabras de ella. Comprendía que era ése el pensamiento que le rondó durante la noche, y que no había sido otro el motivo de la repentina energía hallada en su alma débil, para vengar a su padre.

—No, no, — dijo sacundiendo la cabeza.

En la puerta de la calle sonaron unos aldabonazos.

—Tan de mañana, ¿quién será? ¿Quiere ver, Juan Manuel?

Corrió presintiendo que lo buscaban, y el corazón le tembló de alegría cuando se encontró con Evangelina, arrebozada en un manto.

Entró azorada, como si alguien la persiguese, y cerró la puerta.

Quedaron los dos solos en el zaguán, que no alumbraba bien el día pálido.

—¡Juan Manuel! — balbuceó ella, entrecortada, — quería hablarte a solas...

—He dormido aquí y ya no volveré a mi casa, — respondió él.

—¿Te sorprende verme? ¿No comprendes por qué he venido?

—¿Por qué?

—¿Habrá un duelo?

Juan Manuel vaciló en contestarle, viéndola tan angustiada.

—Yo lo sé todo, — prosiguió ella, serenándose un poco; — sé por qué ha sido, y sé lo que has hecho con él. Yo no debería venir a hablarte, pero una voluntad que no es la mía me ha traído. No me preguntes nada; contéstame solamente: ¿de veras habrá un duelo?

—Sí.

—¡Ay! me lo temía — exclamó con un inmenso dolor; — yo no puedo hablar, no debo hacer lo que hago; pero...

Se detuvo. El la miraba, pensando en otras cosas que en las que ella decía. ¿Iba a irse del mundo sin haber gustado la única felicidad que para él podía haber? ¡Oh, la insensata locura!

Evangelina posó en él sus ojos límpidos, y él se estremeció de horror.

Ella seguía hablándole:

—¿Se odian tanto los hombres, que así buscan darse la muerte?

Juan Manuel sacudió la cabeza: odio no, dolor de ver su vida aplastada por él, y su nombre ultrajado. Además, quería morir.

Evangelina no pudo ocultar que su cuerpo temblaba; juntó las manos y dijo suplicante:

—Juan Manuel, si yo te pidiera una cosa... ¿la harías?

El comprendió qué podía pedirle; tuvo el no en los labios; pensó que su vida se hundiría sin remedio para el mundo, si no acataba aquella formalidad del duelo; pero sólo un momento duró su vacilación; vió aquellos ojos fijos en los suyos, llenos de ansiedad y de amor, y saboreó la inefable dulzura de hacer algo costoso por ella y de compartir con ella un secreto.

—¿Lo harías? — repitió Evangelina.

—Sí, — dijo él: — ya sé que me vas a pedir. ¿Por qué me lo pides?

Los ojos tristes se llenaron de luz.

—¡Oh, Juan Manuel! no me lo preguntes, ni pienses en esto... ¿No irás al duelo, verdad?

—¡Ya no!

—Y harás otra cosa — murmuró la joven: — ¡no dirás a nadie que he estado aquí!

Juan Manuel sintió lo que valía la nueva intimidad de sus almas, y le besó la mano que ella le ofreció como un premio.

—¿Qué podrías pedirme que yo no lo hiciera? — se atrevió a decirle, y la palidez de ella ardió en una llamarada de pudor.

Cuando se fué, rápida y silenciosa, como había venido, dejando trocado su propósito. Juan Manuel creyó haber soñado.

Nada dijo de aquella visita; y habló sin encono a los padrinos de Darma:

—Díganle que no doy explicaciones ni me bato; que hace mucho tiempo soy el único juez de mis actos, y pienso que he obrado bien al echarlo de mi casa; y que lo único que siento es haber tardado tanto en cumplir con el más imperioso de mis deberes.

La noticia de que Juan Manuel se negaba a batirse, cundió más rápida que la del duelo, causando un profundo estupor. Dos o tres amigos fueron a protestar. Sólo don Narciso Brañas llegó aplaudiendo su actitud.

—¡Bravo! Heredero al fin de su padre, que era un valiente. Una vez le mandaron los padrinos y no los quiso recibir; lo que no impidió que al día siguiente, en mitad de la plaza, se agarrara a palos con su enemigo y le rompiera dos costillas.

Juan Manuel no salió por la mañana. Sabía que las calles estaban llenas de curiosos, venidos de todos los puntos de la provincia para asistir a la reunión del Colegio Electoral del día siguiente.

Estaba desencantado de la política; porque después de haber comprometido los votos de la Unión Sudista para Insaurralde, se encontraba con que el grupo de electores de éste se había plegado a los "darmistas".

Darma lograba así la mayoría y saldría elegido gobernador.

Cuando María Teresa supo que Juan Manuel se negaba a batirse, fué a cuarto, y le habló:

—¿Es verdad que no se bate?

—Ahora ya no.

—¿Por qué?

—No quiero matarlo; quiero que sea gobernador —contestó Juan Manuel.

—¿Pero es cierto eso? ¿Será gobernador?

—Sí.

—¡Ah! ¿pero es irresistible ese hombre?

—Así parece, — contestó Juan Manuel, distraído. Y no vió el gesto airado de su prima.

Al anochecer, lleno de tristeza, pensando que Evangelina, arrepentida de haberse dejado sondear el alma no volvería a casa de la abuela, recordó que antes, cuando no hallaba cómo aliviarse de sus secretos, visitaba al padre Palau.

Experimentó una inmensa necesidad de hablar con él, que conoció de niña a Evangelina, y se fué a verlo.

En la calle, dos o tres conocidos lo miraron con curiosidad; un amigo lo dejó con el saludo, otro torció la cara, y él llegó a la vieja portería del colegio, saboreando el orgulloso deleite de hallarse solo contra todos.

Cuando terminó la visita era de noche ya; vió en la plaza un tropel de gente que corría; oyó silbatos de auxilio, y tuvo la sensación de algo muy grave, hasta que le dieron la noticia formidable que la sacudió como un huracán.

—¡Han asesinado a Darma!

Corrió con todos; pero al pasar cerca de la casa de mamita Rosa, tropezó con don Narciso, que lo detuvo por un brazo, y se puso a mirar su cara trastornada.

—Juan Manuel ¿a dónde va?

—¿Cómo ha ocurrido? — preguntó el joven con los labios blancos de emoción.

—¿No lo sabía?

Juan Manuel comprendió que sospechaban de él.

Pero don Narciso vió la sinceridad en los ojos espantados de su amigo, y lo acompañó hasta la casa de la abuela.

En la puerta hallaron a María Teresa, que espiaba la calle, desde el zaguán obscuro. Y ni Juan Manuel,

ni nadie vió el mar agitado de aquella alma vengativa, ni la luz siniestra de una llamarada triunfal, que brilló en sus ojos magníficos, al recibir la noticia:

—¡Han asesinado a Darma!

XXI

Cuando Rojas habló en la estancia de trasladarse a la ciudad con toda la familia, María Teresa pensó que allí vivía su antiguo amante y allí podría verlo y saber si aún se acordaba de ella.

Y una vez lo vió en la calle; su corazón pareció no sentir el peso de los años que habían corrido, y latió como en los días en que él se acercaba a su ventana. Pero él pasó distraído por su lado, mirándola sin conocerla, por lo que comprendió que el amor, que había sido para ella la vida entera, para él no fué más que un episodio olvidado ya.

Un día fué a casa de mamita Rosa, a ver a Rojas; lo recibieron en la sala, y la abuela, atenta y sociable, aunque no simpatizaba con él, le hizo compañía hasta que salió su hijo; y María Teresa, con punzante ansiedad, se quedó en la pieza contigua, escuchando la conversación. Hablaron de todo, y aunque él sabía que ella estaba en la ciudad, ni una sola vez la nombró, como si no la hubiera conocido.

Así renació su rencor; y pensó en Damián, que sabría odiar lo que ella odiase.

El paisano salía poco; la ciudad lo mareaba; pero cuando Darma fué de visita, lo reconoció, porque tenía

su figura como remachada en el corazón. Aquella noche se halló a solas con María Teresa, que le palmeó el hombro cariñosamente.

Pero ya no eran los tiempos en que lo hacían feliz tan humildes caricias. Ahora su alma exasperada ardía en un infierno de celos, acordándose de cuando acompañaba a Darma y se retiraba sumiso como un perro, hasta el naranjal.

Torturado por tales visiones soñaba con la hora de que ella le habló un día en el monte, día de tormenta en que se humilló hasta besarlo, para encadenarlo por la carne más de lo que estaba por el alma.

Zumbaban en sus oídos las palabras que oyó entonces: "Si yo te dijera: matá a ese hombre y voy a ser tuya..." Y temía que María Teresa dejara de odiarlo, pues su vida entera pendía de la trágica esperanza.

Algunas veces se le acercaba, seductora como un sueño, hablándole de cosas que él no comprendía; otras se mostraba implacable y dura con él, que era siempre el mismo, aunque más torvo y callado a medida que el tiempo enardecía su pasión. Y su oscuro pensamiento se iluminaba con la idea de que se iba aproximando la hora.

Y la hora llegó.

Un día, al alba, María Teresa, que apenas durmió, logró salir de su aposento sin despertar a Panchita que tenía un sueño de pájaro, y se fué hasta el cuartujo de Damián. Empujó la puerta y se le acercó, y como en la estancia, en la noche del casamiento de Darma, le puso la mano en el hombro:

—¡Damián, Damián!

El abrió los ojos y no pareció sorprenderse de verla a su lado, porque hacía una eternidad que la esperaba.

—¡Niña María Teresa! — exclamó sencillamente.

—Un día en el monte yo te hice una promesa... ¿te acordás?

—Sí, niña; ¿cómo quiere que me olvide?

—Te dije que sería tuya...

—Sí, niña.

—Que sería tu novia...

—Sí, niña.

—Que sería tu mujer; que sería lo que me pidieras que fuese, si hacías lo que yo te mandara hacer...

—Sí, me acuerdo; y me besó... ¡me besó!

Cerró los ojos y ella lo besó de nuevo.

—¿Vas a matarlo si te lo pido?

—¡Oh, niña, cómo lo odia! Casi es mejor que si lo quisiera, — murmuró el paisano, ansiando ser odiado con aquel frenesí tan semejante al amor.

—¿Vas a matarlo? — repitió ella.

—¿Cuándo? — preguntó él, sometido a esa voluntad que doblegaba la suya como el viento dobla una caña.

—¡Hoy!

—Sí, niña.

María Teresa, le puso en la mano una daga, sustraída a Mario

El vió en los ojos de la muchacha el mismo relámpago acerado que en la daga, y quiso salir, creyendo que era llegada la ocasión.

Pero María Teresa lo detuvo, y como se sintiera ruido en la casa, ella corrió a la cocina a hacer fuego, y él se puso a partir leña.

Más tarde, cuando se supo que Juan Manuel no se batía, María Teresa habló a Damián:

—¡Tiene que ser hoy!... ¡hoy!

El no contestó, entró en su cuarto, cuya puerta cerró; tanteó el filo y la punta de la daga, que era pequeña y podía ocultarse en el bolsillo del saco, y no

hallándola a su gusto, se puso a asentarla en el cuero de un rebenque.

Cuando salió a realizar su obra, las calles estaban llenas de gente y en todas partes se hablaba de Darma. Vagó dos largas horas, indagando dónde podría hallarlo. A eso de las doce reconoció su automóvil en uno que pasaba estrepitosamente. Los puños se le crisparon de impotencia y regresó avergonzado por no haber cumplido el mandato de su ama.

Halló a mamita Rosa barriendo las hojas secas que caían de sus plantas en el primer patio. Ella le dirigió la palabra y él rozó apenas el ala de su sombrero y pasó sin contestar.

—Damián, — le gritó la anciana, — te has demorado y ya hemos comido; pero en la cocina te han guardado tu parte.

El paisano se encogió de hombros; se fué a la cocina, y comió en un rincón, sin alzar los ojos.

María Teresa lo vió y cambiaron algunas palabras. Estaba tan pálida, que mamita Rosa le había dicho al sentarse a la mesa:

—¡Jesús, hija! pareces enferma.

—No, mamita, no tengo nada.

La abuela le tocó la frente.

—Tienes fiebre; ¿por qué no te acuestas?

Los ojos ardieron con una llama trágica. No quiso acostarse. Quería ver llegar a Damián con el rostro sellado por el crimen que ella le había mandado cometer. Pensaba que cuando él le dijese: "¡Ya lo maté!" ella tendría que ser de él, su novia, su mujer... ¡lo que él quisiera!

—¡Dios mío, qué hondo he caído! — pensó en un momento de lucidez.

En la mesa, pudo aquietar sus nervios y mostrarse indiferente, como si nada sucediera, y observar a los

otros, a Juan Manuel, amargado por disgustos que eran sombras al lado de los suyos, a Margarita, ignorante aún de esas angustias, a Panchita, alterada un tanto su habitual fisonomía plácida, por lo que estaba pasando en la familia.

En ninguna cara descubría el pliegue maligno de su propia frente y de su boca.

¿Cómo podían vivir libres de aquella terrible pasión que a ella la encadenaba? Le parecía imposible que hubiera en el mundo quien amando o habiendo amado no sufriera lo que ella, que así mandaba matar al hombre que amaba.

¡Ah! se imaginaba verlo caer ensangrentado, y habría querido estar allí para alzarlo y decirle al oído, cuando se estuviera muriendo:

—"¿Ves? yo te quería, y te quería tanto, que te he mandado matar para que no fueras de nadie, ya que no eras mío".

Viendo a Damián salir de nuevo, comprendió que cuando volviera, ya habría cumplido su orden, y se espantó de sí misma, y pensó que aún era tiempo de impedir el crímen, avisando a la policía, y quiso hacerlo. Pero al encerrarse en su cuarto para vestirse, recordó cómo habían ocurrido aquellas cosas.

No era un capricho, era una fría resolución, que hacía años alimentaba en el corazón ulcerado por el amor y la vergüenza.

Evocó punto por punto su pobre novela, y la sangre le azotó el rostro. ¡Oh, no sería ella la que lo salvaría, puesto que ella había resuelto su muerte!

Arrojó con rabia el vestido; abrió la ventana que daba a la calle, para atisbar lo que sucediera, y se sentó en el hueco, rígida, los labios apretados, crispados los dedos en un pañuelo empapado en agua de Colonia.

Así pasó un rato en que el tiempo le pareció dormi-

do como el agua de un lago, hasta que se levantó mamita Rosa de su siesta, y la llamaron para la merienda de la tarde.

La necesidad de no inspirar sospechas le devolvió su terrible voluntad, y nadie observó su batalla...

Damián había salido en plena siesta; las calles concurridas y bulliciosas hubieran hecho pensar en un día de festejos.

El rumbo de sus pensamientos había cambiado y sentía un gran aplomo. No era ya el gaucho ignorante y tímido, sin misión en el mundo. Ahora marchaba con los ojos fijos en el suelo, porque nunca miraba a nadie en la cara, pero su tranco era firme, y no le importaba ya lo que pensaran de él.

¡Qué fácil se le antojaba su misión! Ya una vez se sometió a la imponderable esclavitud de los yerbales, sólo porque María Teresa no quería verle. Ahora que ella le decía: "Seré tu novia, seré tu mujer..." sentíase deslumbrado como si el sol le diese en la cara.

Vagó al azar mucho tiempo, olvidado casi de lo que iba a hacer, a fuerza de pensar en aquellas cosas que le electrizaban la carne y el alma, cuando notó que la gente comenzaba a observarlo.

Y tuvo miedo: primero fué miedo de que lo prendieran y no lo dejaran acabar su obra; luego fué miedo de la obra misma.

Tocaba en el bolsillo interior del saco el bulto de la daga; se le ocurrió que podría perderla, y llevó la mano al arma, y cuando la agarró no pudo soltarla más.

Una fuerza extraña le agarrotó la mano sobre el mango de asta; y tan intolerable se hizo la sensación de su roce, que al llegar a una esquina, abandonó la calle por donde iba, y buscó otra más solitaria, donde pudiera serenar sus nervios.

Había, sin duda, en él algo sospechoso, porque un vi-

gilante lo miró tan fijamente, que durante cuadras y cuadras parecióle sentir que lo seguía.

De pronto le heló la sangre el estallido de una bomba.

En aquellos días de espectativa, todas las novedades se adelantaban al público por boletines.

Vió que la gente corría y corrió también, sin motivo ninguno, con la mano oculta, empuñando la daga.

Pero se detuvo, con la idea extravagante de que la noticia anunciada era la suya, el asesinato de Darma, que él acababa de cometer sin darse cuenta, y experimentó un inmenso pavor.

Logró desprender los dedos de aquel mango infernal, y a la luz del sol que se entraba, rojo como una fragua, se miró la mano y la vió teñida de sangre.

Fué una alucinación; la voz de un borracho que cantaba en un boliche próximo lo tornó a la realidad. Se sentó a descansar un rato para serenarse del todo.

La noche llegaba; en la calle se encendían las luces, y él no había cumplido su palabra. Se levantó y echó a andar de nuevo, hasta que dió en una calle ancha, de casas bajas, con grandes veredas. En los árboles silbaba el áspero viento de otoño. Había allí una gran casa, que le parecía haber mirado cien veces, pero que no reconocía. Luego comprendió que el momento de obrar había llegado, porque era la casa de Darma.

El destino, sin duda, marcaba aquella hora para el crimen. Reconoció los lugares, y penetró en un almacén de la esquina, pidió unas copas, bebió, pagó otras a varios desconocidos, habló un rato; mas advirtió que se volvía indiscreto, saludó bruscamente y fué a situarse de nuevo frente a la casa.

Obedecía a una fuerza superior. Iba a matar porque esa hora estaba en su vida destinada al crimen, desde el día en que nació; y ¡cosa extraña! no pensaba ya en

María Teresa, como si nada tuviera que ver ella en lo que la fatalidad había señalado como su labor de ese día.

Aguardó con paciencia: la calle continuaba solitaria; en la casa se encendieron algunas luces, pero los grandes árboles de la acera sombreaban el lugar dónde él se hallaba.

Habría pasado media hora, cuando un automóvil se detuvo frente a la verja, y bajó Darma. No bien hubo despedido al chofer, Damián se le acercó, y lo habló.

Más tarde, rememorando la escena, se acordó de que su voz firme y clara le pareció de otra persona.

—Doctor — dijo, a tiempo que Darma subía al umbral.

El interpelado se volvió. En esa época, todos los políticos, ávidos de popularidad, se dejaban abordar sin desconfianza en plena calle, por personas desconocidas, partidarios o catecúmenos, que les ofrecían su voto o su persona.

—¿Quién eres? — preguntó Darma al paisano, acercándosele y dándole la mano, con estudiada afabilidad.

—¿No me conoce ya?

—¡Oh, he visto tantos! ¿Eres liberal?

—Sí, señor; y aquí tengo mi libreta.

Y al decir esto, metió la mano al bolsillo, sacó la daga, y sin que Darma se moviera una pulgada, se la enterró en el pecho, hacia el lado izquierdo.

Darma se hizo atrás profiriendo un grito. Damián se quedó aturdido, pareciéndole qne no podía irse sin recobrar su daga, la daga que "ella" le había dado.

Pero cuando oyó que de la casa salía alguien, echó a correr, dobló la esquina y se detuvo una cuadra más lejos. Sentíase disgustado de la facilidad con que todo había ocurrido. ¿Y eso era matar? ¿Y por eso ella iba a ser de él?

A la imaginación se le presentaba María Teresa como algo lejano, sin relación con él, no alcanzando a comprender qué podía haber de común entre su amor y el asesinato de aquel hombre.

Las pitadas de auxilio que un minuto después alborotaron al barrio y el tropel de gente y de coches que acudían, lo sacaron de sus cavilaciones. Comenzó a tener miedo. Un sudor frío le bañó el cuerpo; los dientes le castañeteaban. Se horrorizó, pensando en sus manos llenas de sangre, y tal impresión lo molestó tanto, que hallándose en una calle muy sola, por donde podía ir hasta el río, echó a correr en busca de agua para lavarse. El alboroto, a corta distancia, se hacía enorme. En todas las puertas había mujeres que se asomaban a preguntar qué ocurría.

Llegó hasta el río, bajó a saltos por un senderito labrado en la barranca, y se lavó prolijamente, refregándose las manos con la greda.

A lo lejos se divisaban las luces de los barcos, multiplicadas por el trémulo reflejo del agua obscura. Allí donde él estaba, casi al pie de las tapias del convento franciscano, no había nadie, ni buques ni gente. Mas sintiendo voces de hombres que bajaban a la orilla, se imaginó que venían en su busca, y se agazapó en una grieta.

Pudo contar los minutos que duró su agonía, porque con espantosa lucidez sintió correr el tiempo implacable, en aquella noche sin luna y sin estrellas, poblada de rumores medrosos, que eran el viento silbando en los cables de los buques, el ladrido de los perros de toda la ciudad, y el chapoteo misterioso e interminable del agua que batía la barranca.

XXII

.

Tocaban a oración cuando Evangelina llegó a la iglesia desierta. La sola cosa viviente en aquella oscudad era la lamparita del Santísimo, que latía como un corazón, a un lado del altar.

Evangelina envidió aquella humilde vida, que ardía sólo para Dios. Hubiera deseado ser como ella; mas comprendía que no había nacido para cosas tan altas. Su alma acongojada por todos los dolores que el mundo puede dar, permanecía aún apegada a él. Justamente venía a la casa de Dios a pedirle un poco de claridad que iluminara su senda.

Hacía un año ya de la muerte de Darma. A raíz del suceso abandonó ella su chalet para irse a vivir en la vieja casa de la abuela, donde moraban su padre, su hermana y Margarita. Juan Manuel pasaba lo más del tiempo en el campo, cuidando sus intereses, y en las raras ocasiones que venía a la ciudad paraba en un hotel.

Ya no existía el áspero deber, cuyo sendero estrecho había seguido ella sin desvío y sin queja. Y, sin embargo, aunque ahora podían amarse, dejaron correr

el año sin verse apenas, evitando cuanto pudiera arrojar la más leve sombra en aquel amor silencioso que surgía a la luz.

Pero en esos últimos días, él se instaló en la ciudad, huyendo del campo, que se tornaba triste por el invierno próximo, y acercándose a ella.

En la casa de mamita Rosa renació la vida familiar de otra época. Al caer la tarde llegaba Juan Manuel, que tenía ya una silla reservada en la rueda familiar, entre su hermana y la abuela. En la mesa sentábase al lado de Evangelina, y aunque eran pocas las palabras en que le decía algo para ella sola, de todos los gestos de él alzábase una inefable confesión, que ella comprendía.

Después de cenar, como el tiempo era frío, se hacía la tertulia en el comedor. Sentada la abuela en el sofá de cerda, tenía siempre a su lado a Margarita, que se deleitaba con sus cuentos añejos. Don Pedro salía, Panchita dedicaba aquella hora a leer en su cuarto un capitulito del padre Granada o del padre Lapuente, con que muchas veces convidaba a María Teresa; y Evangelina y Juan Manuel podían hablar a solas.

Así fué como una noche, sin esfuerzo, continuando conversaciones que poco a poco se acercaban al tema, él le confió su amor.

La vió tan profundamente conmovida, que la felicidad irradió en su corazón como una aurora, y aguardó temblando la respuesta.

Evangelina salió de la pieza, y cuando volvió al rato, traía los ojos brillantes de lágrimas.

Desde entonces se tornó más esquiva, por lo que un día, temeroso de haberse engañado, él le dijo con pena:

—¿Ya no me quieres, Evangelina?

Ella movió la cabeza, y acariciándolo con su serena mirada triste, le preguntó a su vez:

—¿No es demasiado tarde?

—¿Por qué?

—¿Podré yo ser ahora lo que hubiera sido antes?

¡Ah! ¡lo que hubiera sido antes! Juan Manuel sintió pasar sobre su cabeza la tormentosa visión de todas las penas que por culpa suya habían sufrido los dos.

—¡Evangelina!

Estaban solos en la sala; en la pieza contigua se oía la voz de la abuela que rezaba.

Evangelina, oyendo su nombre dicho por él con un tono de dulce reproche, sintió haber dudado.

—¿No es demasiado tarde? — repitió.

Estaba de pie, y un rayo de sol doraba sus cabellos obscuros, y en sus ojos, y en su boca infantil, y en su cara encendida había tanta juventud, que él sólo pensó en el luminoso porvenir que se encarnaba en ella.

—¡No, no es tarde! Aún no tienes veinte años; y te quiero... ¡oh, Dios mío, te quiero!

Escuchó Evangelina su palabra vehemente, y nada respondió, porque temblaba; mas Juan Manuel saboreó en la exquisita discreción de aquel silencio la más elocuente confesión de amor.

—Esta noche vendré, ¿tendrás tiempo de pensar en lo que me has de responder?

Y salió con el corazón aligerado por la dicha.

Ella corrió al cuarto de la abuela, que sentada en su sillita baja, rezaba el rosario, y la abrazó y la besó con una ternura delirante.

—¿Quieres que recemos juntas, hijita?

Evangelina estuvo a punto de acceder, mas pensó que en la soledad de la iglesia encontraría inspiración para la respuesta que había de dar.

—No, mamita; tengo que ir a la Merced.

Ahora, en la intimidad de la suave penumbra, frente

al altar de la Virgen de los Milagros, donde hiciera su primera comunión, se hincó sobre un reclinatorio, y se puso a llorar, porque era menos fuerte para la dicha que para el dolor.

Estuvo orando con el corazón más que con los labios, hasta que la sacó de su abstracción un tintineo de llaves que un lego agitaba, anunciando la hora de cerrar la iglesia.

Salió con paso rápido, como se camina cuando se está alegre, pero no pudo dejar de mirar con una leve envidia la lamparita del Santísimo, que ardía en la paz de su humilde rincón.

Cuando llegó a su casa, la sirvienta anunció una visita que la aguardaba en la sala.

Sin saber por qué, pensó en Delfina, a quien no veía desde mucho antes de la muerte de Darma, y que, según se contaba, vivía en Buenos Aires.

Entró, helada ya la flor de su gran alegría, porque aquella mujer no podía ir a su casa para nada bueno, y vió a Delfina que se adelantaba a saludarla.

—¿No me esperaba? — le preguntó con una sonrisa amable, que contradecían los ojos hostiles.

—¡No! — respondió Evangelina simplemente; — no la esperaba, porque me habían dicho que vivía en Buenos Aires.

—Es verdad; vivo allí; pero he venido a hablarla.

—¿A mí?

—Sí; ¿no le resulta agradable mi visita?

—¿Por qué, señora?

—¡Oh, yo lo sé! pero no está en mi mano elegir las ocasiones de ser bien recibida.

—¡Señora!

—Vea, Evangelina; he venido de Buenos Aires a hablarla; pero no es mucho lo que tengo que decirle; discúlpeme, pues, si soy demasiado breve.

Evangelina se había sentado cerca de ella y se mordía los labios, recogiendo su energía, decidida a defenderse, aunque no sospechaba de qué clase de ataque sería.

Delfina hablaba rápidamente, y su voz dura llenaba la sala, como si deseara ser oída por otros.

—¿Es verdad que se casa?

Evangelina sintió la pregunta como una puñalada; se dominó, y contestó sonriendo.

—¿Eso le han dicho?

—Sí, pero no he querido creerlo.

—¿Y por qué no ha querido creerlo?

La seguridad de esta réplica pareció desconcertar a Delfina, que vaciló un momento.

—Porque usted... es demasiado hábil.

Evangelina se quedó pensando qué querría decirle con eso, pero su imaginación excitada saltó a otra cosa.

—Excuso decirle, Delfina, que no la creo con derecho a interpelarme así.

—Sí, ya sé. Usted es demasiado hábil para incurrir en semejante torpeza, que podría costarle cara; es demasiado pronto: la sangre está fresca...

Evangelina se puso de pie, pálida y airada, porque había comprendido.

—Pero, ¿qué es lo que usted dice?

Viéndola así, Delfina sonrió malignamente, y respondió con voz reposada:

—Lo que ha oído, señora: que no debe pensar en casarse. Yo, que en vida de su marido, no le robé nada a usted, amándolo mejor de lo que usted lo amaba, quiero vengarlo ahora...

—¿Vengarlo? ¿cómo? — interrogó Evangelina, en cuyos oídos zumbaba el tono irónico de aquella voz.

—Impidiendo que su muerte aproveche a los que cometieron el crimen...

—¿Pero a quién se refiere? — murmuró la joven aterrada, los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿A quién? ¿no lo sabe? Yo no soy juez de instrucción; pero si en mi mano hubiera estado el proceso, no sería ese pobre peón de su estancia el que se estaría pudriendo en la cárcel, sino ella...

—¿Pero a quién se refiere? — repitió Evangelina con un hilo de voz, sospechando que en las crueles palabras vendría envuelta la terrible verdad, que alguna vez le había azotado la imaginación como un latigazo de fuego.

Delfina se levantó de su asiento y se acercó a Evangelina, que estaba de pie, y no se atrevió a moverse.

—¿Por qué finge ignorar quién es el verdadero asesino de Darma?... ¿Cómo es posible que no sepa que María Teresa fué su novia hace años?

Hubo un momento de silencio, en que la espantosa acusación quedó flotando en el aire de la sala.

Evangelina se dejó caer sobre un sillón, vencida por aquella revelación, que le daba la clave de muchos misterios.

—¿Comprende ahora por qué no puede casarse con él?

Evangelina alzó el rostro espantado, implorando una explicación:

—¿Por qué? — murmuró con su voz doliente y mansa.

—Por que yo, que he de vengar al muerto, — continuó Delfina con una furia implacable; — yo, el día que se case, denunciaré a su hermana, y la sangre que caiga sobre ella, los salpicará a ustedes dos: a usted y a él: ¡a Juan Manuel!

Evangelina, sollozaba convulsivamente, encorvada

hasta el suelo, aguardando que pasara aquella tormenta de odios.

Cuando alzó la cara, ya Delfina se había ido.

Experimentó un inmenso alivio, y le pareció que todo había sido un sueño. En torno suyo los objetos familiares y tranquilos continuaban en su sitio, bañados por la luz de una lámpara de bronce.

Se avergonzó de haber soñado tales cosas, y oyendo pasos quiso huir, pero no tuvo tiempo. María Teresa entró en la sala, y al verla dió un grito ahogado.

Para indemnizarla de lo mal que había pensado de ella, Evangelina se adelantó a abrazarla; pero vió su cara trágica, blanca como un papel, y tuvo la certidumbre de que acababa de saber la verdad. Dominó con esfuerzo un gesto de horror, y ansiosa de soledad, dijo precipitadamente:

—Me duele la cabeza, no voy a comer; prefiero acostarme; — y corrió a su cuarto.

Rememorando los sucesos, asombrábase de no haber penetrado el formidable motivo, que después de la muerte de Darma transformó el carácter de María Teresa, trocando su voluntad impetuosa en una sombría mansedumbre.

Panchita pensaba que las santas semillas de sus devociones, estaban germinando. Mamita Rosa dudaba: aquello no parecía humildad de santo; cosas más terrenas habían hecho el milagro.

En los primeros días después del crimen, María Teresa apenas se dejó ver, y todo su deseo fué hablar con Damián.

Pero su exaltación fué calmándose desde que Damián confesó su culpa, sin agregar una palabra de explicación. Se pensó en una venganza política, lo encerraron en la cárcel, y la curiosidad del público se enfrió.

Pero cuando Evangelina se mudó a casa de mamita Rosa, María Teresa le pidió que la acompañase a visitar al preso, y desde aquel día el único paseo de la joven viuda, fué ir los domingos con su hermana a ver a Damián.

¡Con qué luz se iluminaba la cara del desgraciado, cuando le anunciaban la visita! Salía hasta la reja, se sentaba en su banco, taciturno y callado, mirándolas mucho a una y a otra, confundiéndolas en el mismo cariño.

Sólo Evangelina hablaba, hallando para él frases que le llegaban al corazón, sin hacerlo sufrir. María Teresa permanecía quieta, los ojos en el suelo, pálida, como a punto de desmayarse.

—¿Te hace daño el verlo? — preguntóle un día Evangelina. — Yo podría venir sola.

—¡Oh, no! — contestó ella. — Renunciaría a todas las cosas del mundo menos a ésta. Me hace bien, me hace buena. — Y añadió, escondiendo los ojos, que pudieran decir más de lo que ella quería: — Todos tienen algo para qué vivir; yo no tenía nada; ahora tengo a Damián.

Evangelina revolvía en su memoria esas escenas, y era como si una luz alumbrase el misterio.

Para que nadie fuera a turbar su soledad, cerró por dentro la puerta de su cuarto. Mamita Rosa quiso forzar la consigna y llamó dulcemente, pero la joven se negó a abrirle. Se oyó la voz de la viejita que rezongaba:

—Todos mis nietos son medio locos.

Evangelina se había echado vestida en la cama, fatigada por el horror de aquella historia que estaba reconstruyendo, y se quedó dormida.

La despertó la voz de Juan Manuel. Por un momento no supo dónde estaba; después se acordó que

debía contestarle esa noche, y creyó escuchar de nuevo las palabras embriagadoras.

—"¡No es tarde, y te quiero!"

No era la expresión vulgar del amor: ¡te amo! No. Le había dicho ¡te quiero!, como diciéndole: "quiero que vengas a mí, porque te necesito; te quiero para guardarte y guardarme, y para defendernos de las tristezas que nos acosan estando solos."

¡"Ay del solo!", ¡Qué profunda verdad le había dicho la abuela!

Eran las sendas de sus dos vidas que por fin se cruzaban. Miraba su pasado, teñido por la luz de aquel sueño. ¿Cómo podría decirle que no, ahora que Dios le permitía quererlo?

Se levantó animada por tales visiones; pero se dejó caer de nuevo y se puso a llorar. Las palabras de Delfina apagaron los otros rumores, que cantaban en su alma.

Acostumbraba a plegarse al destino como un junco se dobla al viento, no tardó en someterse.

Pensó en Juan Manuel: ¿tenía ella derecho a sacrificarlo?

Parecióle que sacrificándose los dos, entre su vida y la de él se crearía un vínculo más fuerte que el amor; parecióle que era su dueña, su exclusiva dueña y que podía disponer de su destino... ¡y dispuso!

Se imaginó al padre Palau hablándole del dolor, volviéndole a decir aquella fecunda y consoladora sentencia, que hacía del sufrimiento lo único específicamente humano que hay en el hombre.

No salió aquella noche, aunque hasta tarde oyó la voz de Juan Manuel, que la aguardaba. Resuelta ya a alejarse de él, fué un gozo para ella dilatar siquiera un día la pena que iba a causarle. ¿Comprendería su abnegada locura?

Se durmió y soñó cosas alegres, que a la mañana habían debilitado su impulso.

¿Tenía, en verdad, el derecho de resolver así los conflictos de su corazón? ¿No era orgullo en ella, no era un engaño peligroso, creer que su voluntad habría de acompañarla siempre en aquella ruta?

Huyendo de esas cuestiones y buscando tranquilidad, se vistió para volver a la iglesia. Era temprano aún, el día estaba nublado y una fina garúa envolvía la ciudad.

A tiempo que iba a salir, entró en el cuarto María Teresa. Traía en la frente un hondo pliegue de resolución, que hizo temblar a su hermana.

—¿Vas a salir? — le dijo, cerrando la puerta. — Quería hablarte.

Se sentó en un sillón a los pies de la cama.

Evangelina dejó los guantes y el libro de misa y aguardó ansiosa, de pie, en medio del cuarto.

María Teresa miró la puerta, se levantó, echó la llave, y se volvió a sentar. Parecía costarle el hablar.

Evangelina la miraba recordando con pavor las palabras de Delfina.

Pensó en el desamparo en que había vivido aquella criatura extraordinaria para lo malo y lo bueno, y desconocida hasta de los suyos, y se penetró de una infinita piedad. Por salvarla y guardar el secreto que la deshonraría y dedicarse a ganar con dulzura su corazón hambriento de afectos, estaba dispuesta a todo. Acercó una silla y se sentó a su lado, le tomó la mano, la besó y ella habló, por fin, con cierta rudeza.

—¿Qué has resuelto, Evangelina?

—¿Qué quieres decir? — preguntó Evangelina, sorprendida de aquella adivinación de sus pensamientos.

—¿No me comprendes?

Acercó la cara a la de su hermana, la miró sin pestañear y añadió:

—Lo que te dijo Delfina es verdad...

—¿Cómo sabes lo que ella me dijo?

María Teresa explicó sin inmutarse:

—Cuando la ví, adiviné a qué venía; fué de esas cosas que una comprende sin explicarse cómo. Me quedé en la pieza de al lado, y lo oí todo. Hablaba tan fuerte que tuve miedo de que en la casa entera se oyera su voz. No he dormido, y sufro como un condenado... ¿Qué vas a hacer?

Evangelina temblaba, aterrada por la serenidad de la otra.

—¿Qué voy a hacer? — dijo, apoyando la frente en el pecho de María Teresa, que se estremeció, pero que no supo esquivarse; — ¿quieres dejarme cuidar a mí de este asunto? — Y viendo que no le respondía, le murmuró al oído, con extrema suavidad, para restar importancia a su sacrificio: — No tengas miedo, haré lo que ella me pide, y así no hablará.

María Teresa alzó la cara impetuosamente.

—Lo sospechaba, y por eso he querido verte. Yo no podía con el peso de mi remordimiento, que se habría amortiguado confesando mi crimen a todo el mundo. Pero no tenía valor. Desde anoche he cambiado; hoy me siento fuerte y justiciera, y he venido a contarte cómo fué.

Se había puesto de pie, y su figura se erguía amenazante.

Evangelina se quedó aturdida; penetró en seguida su pensamiento y se arrojó en sus brazos.

—¡No, no, no! ¿Para qué vas a acusarte? ¿quieres inutilizar lo que yo haga?

—Yo no podía con un solo crimen, — continuó María Teresa, apartando de sí a su hermana, — y callán-

dome ahora, cometería otro, más odioso quizás... ¿Sabes que anoche vino Juan Manuel? Te esperó hasta muy tarde. Estaba triste, triste, y aunque él no me contó nada, yo, que hace tiempo conozco su amor y el tuyo, comprendí que venía por una respuesta.

Evangelina, que había apoyado de nuevo la frente sobre el hombro de María Teresa, no contestó; mas su silencio fué una afirmación.

—Yo adiviné lo que ibas a hacer, porque sabía lo que esa mujer te había pedido. No sé cómo no relaté mi historia allí mismo; tal vez tuve miedo, pero ahora no; estoy resuelta. Si por mí te sacrificas y lo sacrificas a él, yo hablaré, y después... — se echó a reir y añadió suavemente: — la vida es estúpida, ¿para qué puedo querer yo la vida? ¡me mataré!

—¡No, no! — clamaba Evangelina apretándose contra ella.

—Y si no lo sacrificas — prosiguió con dulzura; — si me quieres librar del peso de este nuevo crimen; si me das esta única ocasión de hacerme buena, guardaré mi horrible secreto, y así me iré acercando a Dios, que me perdonará.

—¿Y ella, Delfina?

—Ella no hablará.

—¿Y si habla?

—¡Que suceda lo que Dios quiera! Tienes que elegir: o hablo yo hoy mismo y después me mato, o habla ella, que bien puede no hablar, y a quien quizás no crean.

Evangelina se echó a llorar sobre aquel pecho palpitante, que a pesar de todo era generoso y leal.

—¡Bueno, bueno! — murmuró su hermana enternecida, besándola en los cabellos como a una chicuela. —¿Qué vas a hacer?

—Lo que quieras, — contestó Evangelina, entregándosele.

María Teresa dió un grito de alegría, y su cara se transfiguró.

—¿Ves? ¡me haces feliz!

Alguien llamó a la puerta.

—Esta tarde — dijo María Teresa — vendrá Juan Manuel... ¿Qué le dirás?

—Lo que quieras.

—¡Que sí!

—Bueno.

Y aquella tarde en la sala, mientras la abuela contaba historias de su tiempo a Margarita, historias en que María Teresa parecía tener hondo interés, Evangelina y Juan Manuel, junto al piano, conversaban en voz baja.

Llovía, y en el patio la lluvia lavaba las baldosas de mármol con un limpio rumor, y en la calle corría turbia y espumosa, rebosando sobre las aceras de gastados ladrillos.

Veíase por los cristales empañados de la ventana una huerta de naranjos encogidos bajo los hilos de la lluvia.

Evangelina miraba las cosas indistintas, como en sueño, esfumados sus contornos por la niebla que todo lo envolvía. Un techo de tejas acanaladas brillaba a lo lejos, por entre los árboles, como si fuera de plata, y por encima de él, una chimenea teñía la blancura de la atmósfera con su leve humareda denunciadora de una vida oculta allí.

Y en su corazón llovían las palabras de Juan Manuel, que iban lavando el horror de la noche pasada.

De pronto se alzó un viento suave que desgarró las nubes. Hacia el sur, en un trozo de horizonte, limpiábase el cielo cuyo azul parecía más fresco. Por la ca-

lle enlodada pasó un chicuelo descalzo, defendidas las espaldas y la cabeza con una arpillera, silbando una canción alegre.

Y Evangelina amó la vida que renacía en la ciudad, y como él le pidiera por centésima vez aquella respuesta que había estado ya en sus labios y que no era más que una fórmula, para expresar lo que él sabía ya, sentóse al piano, cerrado hacía mucho, rebuscó entre las piezas de música una romanza francesa, con letra de Sully Prudhomme, y en voz baja cantó los versos:

Le meilleur moment des amours
N'est pas quand on a dit je t'aime;
Il est dans le silence même
A demi rompu tous les jours
...
Heure unique où la bouche close
Par sa pudeur seule en dit tant,
Où le cœur s'ouvre en éclatant
Tout bas comme un bouton de rose...

Juan Manuel, comprendió lo que ella quería decirle. Miró a mamita Rosa que sonreía, porque sin traducir las palabras también había entendido; miró la carita estupefacta de Margarita, que comenzaba a maliciar aquello, y buscó la cara triste de María Teresa y la vió radiante, y se inclinó al oído de Evangelina:

—Eras misteriosa como una fuente sellada, y no te adiviné. Ahora que te conozco, ¿serás mía?

—Ahora sí, — contestó ella.

Y él vió brillar en sus ojos la antigua confianza que tanto amó en ella; y vió su propia alma sombría que se llenaba de luz, como el agua quieta de una fuente, que de noche se llena de estrellas.

Santa Fe, 1914.

LS.
W3237fu

2033313

Author West, Hugo (pseud.)

Title Fuente sellada.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU